

fuerza , permaneció con ellos.

A los quarenta y siete dias de sitio , un transfuga vino à avisar à los Romanos que los sitiados se hallaban reducidos à un corto número , rendidos de las fatigas ; y que cerca de amanecer , la guardia vencida del cansancio , solia dormirse , de suerte que en uno de estos instantes sería fácil sorprehender la plaza. Vespasiano , aprovechándose de esta noticia , dió orden à su hijo Tito para que con un buen cuerpo de tropas se acercase sin ruido al muro à la quarta vigilia de la noche. Subió Tito el primero , y en breve le siguiéron muchos Oficiales y soldados , que hallando dormidas las centinelas entraron sin resistencia en la Ciudad , y se hicieron dueños de ella en un momento. Abrieron las puertas al ejército , que no tuvo mas trabajo que el de ir matando y saqueando , y los Romanos no hubieran perdido un solo hombre en la toma de Jotapata , si un Centurion llamado Antonio no se hubiese fiado inconsideradamente de un Judío que pidiéndole quartel , abusó de su seguridad para atravesarle su espada por el cuerpo. Los vencedores pasaron à cuchillo à quantos encontraron en estado de tomar las armas , reservando solamente las mugeres y niños. El número de los prisioneros llegó à mil y doscientos , y el de los muertos durante el sitio y el saqueo de la Ciudad à quarenta mil , segun Josepho. Despues de esto hizo Vespasiano poner fuego à la plaza. La toma de Jotapata la señala el Historiador

dor en el dia primero del mes Panemo, que corresponde en parte à nuestro Julio.

Yo me admiro por honor à Josepho de no verle en parte alguna en el terrible momento de la toma de una Ciudad de que era Gobernador, y de no hallarle hasta despues del suceso oculto en una caberna, donde habia puesto su vida en seguridad. En el primer tumulto de la sorpresa, tuvo gran cuidado de escapar de manos de los enemigos, y habiendo encontrado un pozo profundo que comunicaba por una parte con una gruta ancha y dilatada, se entró en ella, y se mantuvo tranquilo con otros quarenta hombres que allí estaban, bien provistos de todo lo necesario para la vida. Sabiendo Josepho que los Romanos le buscaban, y que deseaban con mucho ardor apoderarse de su persona, salió dos noches consecutivas para intentar si podria escaparse por alguna parte, y refugiarse à alguna de las Ciudades de Galilea; pero reconociendo que era imposible, se vió obligado à volverse à su caberna. Al dia tercero una muger que estaba con ellos se dexó prender de los Romanos, y le descubrió. Al momento envió Vespasiano dos Tribunos à ofrecerle salva la vida si queria rendirse.

*Consiente Josepho en rendirse.*

No se atrevia Josepho à fiarse de la palabra que se le daba, y fué preciso que Vespasiano le enviase otro Tribuno amigo suyo, llamado Nicanor, que le hizo presente que si el General Romano quisiera quitarle la vida, era dueño de hacerlo; pero que estimaba su

vir-

virtud, y que no era otra su intencion que la de salvar à un hombre de valor que no merecia perecer. Como Josepho titubease todavía, los soldados que iban con Nicanor se impacientáron, y amenazaban cerrar la boca de la caberna, y encender un gran fuego à la entrada. En este instante, cuenta Josepho, que se acordó de los sueños en que Dios le habia revelado las calamidades futuras de los Judíos, y la sucesion de los Emperadores Romanos; y à fin de acreditar lo que refiere, se atreve audazmente à darse por hábil, no solamente en la inteligencia de los antiguos oráculos de su nacion, sino tambien en la interpretacion de los sueños, y en la explicacion de los enigmas misteriosos con que Dios suele à veces echar un velo à la verdad de lo que anuncia. Entrando pues, segun él mismo asegura, en un entusiasmo sobrenatural, hizo à Dios en su interior esta oracion: "Gran Dios, ya que habeis determinado castigar à vuestro Pueblo, y que la fortuna se ha pasado al partido de los Romanos, no me queda ya otro ministerio que el de publicar los decretos que sobre lo futuro me habeis revelado. Yo me someto à los Romanos: consiento en vivir, y os pongo por testigo de que no me separo como traidor de mi nacion, sino por obedecer à vuestros mandatos." Despues de esta oracion, en la que Josepho podia y debia haber excluido la fortuna, ofreció à Nicanor el seguirle.

VESPASIANO

*Furor des-  
pechado de los  
que estaban  
con Josepho  
en la caberna.*

Pero no faltó mucho para que el furor de los que estaban encerrados con él en la caberna le impidiesen cumplir su promesa. Eran todos unos hombres desesperados, à quienes parecia mas suave la muerte que conservar la vida por beneficio de los Romanos. Luego que viéron que Josepho estaba dispuesto à rendirse, le cercáron todos, exclamando: "Este es un grande oprobrio de las le-  
»yes de nuestros padres, de aquellas leyes  
»santas establecidas por la autoridad del mis-  
»mo Dios, que dió à los Judíos unas almas  
»superiores al temor de la muerte. Tú amas  
»la vida, y estás resuelto à comprarla à cos-  
»ta de la libertad. Cómo te olvidas tanto de  
»tí mismo? No te acuerdas ya de haber per-  
»suadido con tus exhortaciones à innumera-  
»bles Judíos à preferir la muerte à la ser-  
»vidumbre? Ah! quán injustamente te elogian  
»de valeroso y prudente! Es digno de un  
»hombre prudente el fiarse de sus enemigos?  
»Es digno de un hombre valeroso el pedir-  
»les la vida, aun quando estuviese asegura-  
»do de conseguirla? Si la fortuna de los Ro-  
»manos ha deslumbrado tu juicio, à nosotros  
»toca mantener la gloria de nuestra patria.  
»Nosotros te presentaremos nuestros brazos  
»y espadas. Admitidlo, ò rehusadlo, pues  
»solo te dexamos la eleccion de morir como  
»General de los Judíos, ò como traidor." Al mismo tiempo tiráron de sus espadas, y se mostráron prontos à herirle si se entregaba à los Romanos.

A pesar de una necesidad tan urgente, persistió Josepho en su resolución, y si le damos crédito, no era por el fin de conservar la vida, sino porque pensaba que seria culpable de infidelidad à Dios si moria ántes de cumplir con el ministerio profético que le habia encargado. Hizo pues, un prolixo discurso à estos furiosos, y con razones que él mismo califica de filosóficas, intentó conmovér à aquellos corazones de bronce. Probóles que la muerte de sí mismo era un crimen de infidelidad è ingratitud ácia Dios. "Si un hombre, dice, consume, ò dexa perder el depósito que otro hombre le confió, es injusto, y cómo podrá ser tenido por inocente el que arroja de su cuerpo el depósito que Dios colocó en él?" Mostróles la felicidad del Cielo como recompensa destinada à los que esperan la órden de Dios para restituirle su alma, y por el contrario el infierno como castigo de los malvados, cuyas manos se hayan arrebatado à criminales violencias contra ellos. Pero la felicidad que promete à los buenos está mezclada de ideas pitagóricas, segun la doctrina de los Fariseos, y supone que las almas de los Justos, despues de haber habitado cierto tiempo en lo mas alto de los Cielos, volverán á la tierra para animar unos cuerpos castos y puros. Concluye este largo razonamiento declarándoles que estaba resuelto à no ser traidor de sí mismo, y que si era preciso perecer, queria mas que fuese por el crimen de otro que por el suyo.

Es-

VESPASIANO

Este discurso irritó mas à unos hombres à quienes su ciego furor hacia sordos à toda razon. Dispusiéronse à matar à Josepho, y todos le acometiéron con sus espadas. Pero à pesar de sus esfuerzos un rastro de veneracion à su General, de que no habian podido despojarse, suspendió sus golpes.

*Matanse todos unos á otros, y se liberta Josepho.*

Mas aun no habia pasado el peligro, y no esperando Josepho vencer su rabia pertinaz, tomó un partido temerario, pero único en aquellas circunstancias, dexando el éxito en manos de Dios. "Pues todos, dixo, estamos determinados à morir, à lo ménos evitemos una execucion odiosa, y no impongamos à ninguno la triste necesidad de matarse à sí mismo. Echemos suertes, y el primero à quien toque será muerto por el segundo, y así de los demas hasta el último. Todos moriremos, y nadie bañará sus manos en su propria sangre." Aceptóse la proposicion, y ya fuese por casualidad, añade el Historiador, ò por una providencia especial, las cosas se ordenáron de tal modo que solo quedáron Josepho y otro, à quien persuadió que tuviese confianza en la palabra de los Romanos. Entregóse pues, con él à Nicanor, que acompañado de una partida de soldados, tuvo la paciencia de esperar el fin de tan larga aventura, y lo llevó à presentar à Vespasiano.

*Predicciones imaginadas de Josepho.*

No hay necesidad de prevenir al Lector que toda esta narracion tiene algunos visos de novela, que puede muy bien haberse ador-

ñado por el Autor, y queda dignamente coronada con la prediccion que hizo Josepho à Vespasiano del Imperio. Ya en otra parte hablamos de esto, y ahora añadiremos que Josepho se alaba tambien de otra profecía igualmente verificada con el suceso. Afirma que habia anunciado à los habitantes de Jotapata que el sitio duraria quarenta y siete dias, al cabo de los quales seria tomada la Plaza, y él vendria à ser prisionero de los Romanos. Sin detenernos en refutar una farfantonada que por sí misma se destruye, pasaremos á lo que es constante. Josepho, protegido de Tito, alma generosa que estimaba el mérito aun en un enemigo, fué tratado con mucha atencion por Vespasiano, pero no obstante fué detenido en prisiones.

Durante el sitio de Jotapata tomó Vespasiano otra Ciudad de Galilea, y destruyó un numeroso cuerpo de Samaritanos que se habian atropado desordenadamente.

Jafa, Plaza poco distante de Jotapata, orgullosa con la resistencia que hacian sus vecinos à las armas Romanas, manifestaba una audacia superior à sus fuerzas. Trajano, Comandante de la Legion décima, fué enviado contra ella con dos mil infantes, y mil caballos, y se apoderó fácilmente de la primera cerca de murallas, porque Jafa tenia dos, y los que se retiraron à la segunda, habiendo cerrado las puertas para que los enemigos no entráran mezclados con los ciudadanos, los infelices que quedaron entre las dos cercas,

VESPASIANO

que serian como doce mil; fuéron pasados à cuchillo por los Romanos. Trajano quiso reservar al hijo de su General el honor de la toma de la Plaza, y dió cuenta del estado de las cosas à Vespasiano, quien envió à Tito con un refuerzo de mil hombres de infantería, y quinientos de caballería para dar fin à la empresa. Escalóse la segunda muralla de Jafa, y los vencedores pasáron à cuchillo à todos los que estaban en edad de tomar las armas, quedando prisioneros las mugeres y niños.

*Destrozo de los Samaritanos en el monte Garizim.*

Los Samaritanos se habian juntado con armas en el monte Garizim, y aunque no hacian ninguna hostilidad, era sospechoso à Vespasiano verlos en aquella disposicion; por lo qual envió contra ellos à Cereal, Comandante de la quinta Legión, con tres mil hombres de à pié, y seiscientos caballos. Habiendo llegado este Oficial al pié del monte, no tuvo por conveniente atacar de improviso à unos enemigos que tenian sobre él la ventaja del puesto; pero los cercó, y encerró con trincheras. Estaban entónces à fines del mes Desio, en que concluye la Primavera, y los calores, que ya eran muy grandes, incomodaban en extremo à los Samaritanos en lo alto de una montaña árida, mal provistos de víveres, y donde padecian mucho con la falta del agua. Muchos pereciéron de sed, y otros se pasáron à los Romanos, y informado Cereal por estos desertores del abatimiento en que habian caido los enemigos, pensó que entónces era tiem-



po de acometerlos. Ofrecióles la vida salva si rendian las armas, y no habiendo querido aceptar la proposicion, los acometió, y pasó à cuchillo hasta once mil y seiscientos.

Las dos expediciones que acabamos de referir, preceden pocos dias à la toma de Jotapata, y luego que Vespasiano se hizo dueño de esta Ciudad, juzgó debia dar algun reposo à sus tropas, despues de un sitio tan laborioso, y las colocó en quarteles de refresco, parte en Cesarea, y parte en Escitopolis.

No por esto se mantuvo en total inaccion, pues habiendo sabido que una tropa de ladrones, que habian reparado las ruinas de la Ciudad de Joppe, destruida por Cestio, corrian el mar con crecido número de Barcos ligeros, y que robaban, y talaban las costas, envió un Destacamento de infantería y caballería, para desalojar este nido de piratas. Al acercarse los Romanos, los Ladrones se pusieron en salvo en sus barcas; pero una tempestad que se levantó muy à tiempo, impidió à estos malvados evadirse del castigo que merecian. La rada de Joppe es muy mala, expuesta à los vientos del Norte, y llena de escollos, y así los fugitivos arrojados por el viento contra la tierra, donde los Romanos eran dueños, fuéron estrellados contra las rocas, ò sumergidos, y los que pudieron llegar à tierra cayéron en manos de sus enemigos, que à ninguno diéron quartel. Mas de quatro mil perecieron en esta ocasion: Joppe fué arrasada se-

*Toma y destruccion de Joppe.*

VESPASIANO*Marcha Vespasiano á Tiberiades.*

gunda vez ; y Vespasiano dexó una guarnición en la Ciudadela para tener sujeto à todo el pais de las inmediaciones.

Despues de esta expedicion , mas importante que dificil , Vespasiano , convidado por el Rey Agrippa , vino à Cesarea de Filipo , cerca del nacimiento del Jordan , y pasó en ella veinte dias en fiestas y regocijos. Ademas del interes general que tenia Agrippa en obsequiarle , animaba su zelo un motivo particular , y era que Tiberiades y Taricheas , ámbas Ciudades de consideracion de sus Estados , se resistian à obedecerle , y deseaba que Vespasiano las reduxese á su deber. Como en esto se trataba de disminuir mas y mas las fuerzas de los rebeldes , y el interes de los Romanos estaba unido al de Agrippa , se dexó fácilmente persuadir el General , y hizo venir las tropas acuarteladas en Cesarea de Palestina , y habiéndolas reunido con las que estaban en Escitopolis , marchó desde luego à Tiberiades.

Esta Ciudad , como la mayor parte de las de Galilea , y la Judea , estaban divididas en dos partidos. El de los sediciosos queria la guerra , pero el Pueblo , y los mas cuerdos conocian que su seguridad consistia en la sumision , y en la paz. La llegada de los Romanos hizo à estos mas fuertes ; y aunque los sediciosos comenzáron insultando à un Destacamento , que enviado para reconocerlos , los pacíficos despues de haberse asegurado por medio de Agrippa que no se les haria daño al-

gu-

guno, abrieron las puertas à Vespasiano, quien les cumplió su palabra, los libertó del saqueo, y dexó en pié las murallas.

VESPASIANO

No fué tan facil la conquista de Taricheas, porque todos los sediciosos de Tiberiades, y de los paises inmediatos, se habian encerrado en esta Plaza, que estaba bien fortificada, y tenian sobre el Lago de Genesareth, que bañaba la Ciudad, un gran número de barcas, prontas ya para servirles de asilo en caso de ser vencidos en tierra, y tambien para combatir.

*Toma de Taricheas.*

La audacia de estos aventureros era extremada, y una de sus tropas fué à atacar à los Romanos que estaban formando un campamento à la vista de la Ciudad. Como no se les esperaba, turbáron al principio à los trabajadores, y cegáron parte de los fosos; pero no sostuviéron la vista de las Legiones, y perseguidos con espada en mano, se salváron en las barcas de que hemos hablado.

Otro cuerpo mucho mas numeroso vino à formarse en batalla en la llanura, y habiéndose acercado Tito à ellos con seiscientos caballos escogidos, los encontró en tan buena posicion, y tan orgullosos por su multitud, que pidió un refuerzo, y su padre le envió quatrocientos caballos mas, y dos mil archeros, baxo las órdenes de Trajano, y de otro Oficial. Luego que Tito recibió este socorro, dió sobre los enemigos, marchando à la frente de los suyos, y con el buen orden y disciplina, rompió sin dificultad una tropa tumultu-

tuo-

tuosa , que solo tenia un valor impetuoso , y mal dirigido. Sin embargo , aunque procuró cortarles los pasos, no pudo impedir que aquellos fugitivos se retirasen à la Plaza , pero su derrota los habia desacreditado, y el Pueblo, que deseaba la paz , se atrevió à levantar su voz contra los sediciosos.

La discordia se introduxo en la Ciudad , y prorrumpió en amenazas y clamores , que se oyéron de la parte de afuera de los muros. Comprehendió Tito que aquel era el momento favorable de dar un asalto , y habiendo montado à caballo se presentó por la parte del Lago. Al acercarse los Romanos fué horrible la confusion que se suscitó en Taricheas: huyen los furiosos , ò si no pueden hacerlo, se ponen en defensa ; y los habitantes permanecen tranquilos , persuadidos de que nada tenían que temer de los Romanos , contra los quales jamas habian pensado en sublevarse. No se engañaron en su esperanza , pues Tito desde el momento que entró en la Ciudad separó à los inocentes de los culpados , y habiendo mandado pasar à estos à cuchillo , dexó à los demas en plena libertad , y en el goce de todos sus bienes.

Informado Vespasiano de la toma de Taricheas, vino à la Ciudad muy gozoso de los felices sucesos , y de la gloria que adquiria su hijo. Para hacer la victoria completa determinó limpiar el Lago de los Piratas que le cubrian , y que habiendo escapado muchos en las barcas , daban mas apariencias de aco-

me-

meter, si la ocasion se presentaba, que de huir à la otra orilla. Con efecto, aguardáron à que Vespasiano construyese una flotilla, y luego que les presentó batalla, la aceptáron peleando como desesperados; pero ni uno solo escapó, y todos perecieron, ò sumergidos en las aguas, ò à manos de sus enemigos, y el número de los muertos en estos diversos combates de mar y tierra, ascendió à seis mil y quinientos hombres.

Taricheas habia sido el centro en donde se juntáron todos quantos sediciosos y enemigos de la paz habia en los países inmediatos, y aun quedaban allí de esta especie cerca de quarenta mil hombres, que esperaban gozar del indulto concedido por Tito à los Taricheos. Vespasiano juntó Consejo de Guerra para deliberar sobre el partido que convenia tomarse con una multitud, que ni era posible dexar en la Ciudad, cuya tranquilidad hubiera perturbado, ni ménos enviarla fuera, porque no podia dudarse que unas gentes acostumbradas à la sedicion, al latrocinio, y à la guerra renovarían sus excesos desde el instante que se vieran en libertad. Por otra parte las Leyes de la humanidad, y de la justicia no permitían tratar como à enemigos à los que se habian sometido baxo la palabra de que se les daría quartel. Esta consideracion tan importante, y aun sagrada, no detuvo à los Oficiales que componían el Consejo, los quales à impulsos del odio, y del desprecio que hacían de los Judíos, sostuviéron que nada

VESPASIANO

---

*Hace Vespasiano matar mas de 4000 sediciosos.*

da de quanto se hiciera contra ellos podia ser cruel, ni injusto, y que este era el caso preciso de ceder sin dificultad lo honesto à lo útil. Conformóse Vespasiano con este dictámen, y aun añadió el dolo à la inhumanidad, pues como recelaba que el Pueblo de Taricheas se interesase en la suerte de aquellos infelices, à quienes queria perder, se mandó à todos que salieran por la puerta que conducia à Tiberiades, y los juntáron en el Estadio, \* donde habiéndose transportado Vespasiano, mandó primeramente degollar à los ancianos, y à aquellos que de nada podian servir, cuyo número llegó à mil y doscientos. Escogió seis mil de los mas vigorosos que envió à Neron à la Achaya, para ser empleados en los trabajos del Isthmo, y à los demas, que ascendian à mas de treinta mil, los vendió por esclavos. Esta pérfida y sangrienta execucion convenia muy poco al carácter de Vespasiano, que no ignoraba que la guerra tiene tambien sus leyes como la paz, y que los hombres grandes hacen alarde, no ménos de justicieros, que de valerosos. Esto sucedió, segun Josepho, el dia ocho del mes Gorpieo, tercero del Verano.

La toma de Taricheas llenó de terror à toda la Galilea, cuyas Ciudades y Fortalezas acudiéron à porfia à someterse à los Romanos, pero no obstante tuviéron que forzar

\* Lugar destinado á las carreras y combates de los Atletas.

á Gamala , \* Plaza situada en frente de Taricheas , de la otra parte del Lago. El monte Itabirio , que es el mismo que el Tabor , los detuvo tambien algun tiempo , y solo se apoderáron de él despues de un combate contra una tropa de rebeldes que estaban allí apostados. La Ciudad de Giscala se entregó despues que Juan que la tiranizaba salió de ella para retirarse á Jerusalem , como vamos á referir.

Esta Ciudad fué la última de Galilea que resistió á los Romanos. En su origen no era mas que una aldea , cuyos habitantes ocupados en el cultivo de sus tierras , de ningun modo pensaban en la guerra ; pero habiendo introducido Juan una tropa de ladrones , la fortificó con permiso de Josepho , como ántes diximos , y la mantuvo en la rebelion hasta el fin.

Esto era una temeridad extremada , porque las fuerzas no correspondian de ningun modo á semejante audacia , y Tito al tiempo de llegar á la Plaza con mil caballos pudo haberla forzado fácilmente al primer avance ; pero cansado de derramar sangre , y lamentándose de la suerte de los inocentes que perecerian envueltos con los culpados , se acercó este generoso vencedor á la muralla , y in-

*Tom. VI.* Dd *orig* ten-

\* Esta Ciudad no pertenecia á la Galilea , pues estaba situada á la otra parte del Jordan , y del lago de Genezaretz. Pero tenia amistad y union con los Galileos rebeldes , y Josepho , Gobernador de Galilea , cuenta á Gamala entre las Ciudades de su Departamento.

tentó sanar con sus amonestaciones aquella ciega obstinacion , diciéndoles : "En qué os »fundais para hacer frente vosotros solos á »todo el peso de las armas Romanas , des- »pues que han tomado todas las demas Ciu- »dades de la Galilea ? No teneis ya suficien- »tes lecciones en los exemplos contrarios de »vuestros compatriotas , pues los que terca- »mente nos han resistido se han acarreado los »mas horribles desastres , y los otros que se »han fiado en nuestra clemencia , gozan de sus »bienes , y de su fortuna , baxo de nuestra »proteccion ? Yo os hago las mismas ofertas , »sin querer tomar venganza de vuestra fiere- »za intratable hasta aquí. La esperanza de »conservar la libertad merece perdon ; pero »no la obstinacion en intentar lo imposible."

Este discurso no hizo el menor efecto en aquellos corazones obstinados , porque Juan tuvo la precaucion de alejar de los muros y de las puertas á todos los habitantes , y sus Satelites eran los únicos que ocupaban los baluartes. Conocia no obstante quan insensato é impracticable era el partido de la resistencia , y intentó engañar á Tito con un fraude. Respondióle que aceptaba agradecido sus ofertas , y que obligaria con sus persuasiones , ó con la fuerza á los mas sediciosos á rendirse ; pero pidió un dia de tregua , porque el Sábado que estaban celebrando , no ménos prohibia á los Judíos concluir un tratado , que el manejar las armas. El intento de Juan era aprovecharse de este intervalo para escapar ;



pero lo que le hizo conseguirlo fué, dice Josepho, que Dios queria conservarle para castigo, y para desgracia de Jerusalem. Esta es, añade el Historiador, la verdadera causa de la facilidad con que Tito, no solo dió crédito á las palabras de este embustero, sino tambien la de retirarse á alguna distancia de Giscala, para acercarse á Cydæssa, Pueblo dependiente de los Tirios, cuyos habitantes eran enemigos perpetuos de los de Galilea. Juan pues, huyó por la noche con toda libertad, llevando consigo no solo hombres armados, sino tambien familias enteras, mugeres y niños. Esta compañía no podia hacer mucha diligencia; y así despues de haber seguido con ella algunos estadios, tomó la delantera, y la dexó sin hacer aprecio de los clamores, y lágrimas de los que abandonaba.

Al amanecer del dia siguiente se presentó Tito delante de los muros para la execucion del tratado, y el Pueblo le abrió las puertas con mil aclamaciones de alegría, dándole gracias de que los habia librado de su tirano, cuya fuga le noticiáron. Irritado Tito de haberse dexado sorprehender, destacó en su seguimiento la caballería que le acompañaba; pero Juan iba ya muy adelante para que le alcanzasen, y pudo entrar en Jerusalem. La gente desarmada que no habia podido seguirle, fué presa de los Romanos, que matáron á seis mil de ellos, y conduxéron á la plaza hasta otros tres mil entre mugeres y niños.

Mandó Tito á sus soldados que abriesen una brecha en el muro para entrar por él como en una plaza tomada por asalto; pero en lo demas la trató con la mayor clemencia, y aunque habia en ella un gran número de partidarios de la rebelion, quiso mas bien perdonar indistintamente à todos los habitantes, que dar materia á acusaciones, en que el odio y la preocupacion podian tener mas parte que la razon y la justicia. Pero tuvo cuidado de dexar una guarnicion en Giscala para contener el respeto á los que pensáran en rebelarse. De este modo se concluyó en una campaña la conquista de la Galilea, y viendo Tito que ya no quedaba en ella ningun enemigo, se restituyó al campo de su padre, que habia tomado quarteles de invierno en Cesarea con dos Legiones, y la décima invernaba en Escitopolis.

*Nuevas turbaciones en Jerusalem con la llegada de Juan.*

La facilidad con que la Galilea habia sido sometida era una nueva leccion para los habitantes de Jerusalem, que debió abrirles los ojos, y darles á conocer la suerte que podia esperar su desgraciada Ciudad; pero la ceguedad y furor crecian al paso que el peligro era mayor y mas próxímo. La llegada de Juan de Giscala, y de su tropa dió motivo á muchos á hacer varias reflexiones que les hacian concebir temores bien fundados; pero este hombre audaz se burló de su prudente timidez, y vanagloriándose de lo que debia causarle vergüenza: "No he huido yo de los

»car un puesto desde donde podremos ha-  
 »cerles buena guerra. Es una locura el con-  
 »sumir nuestras fuerzas en la defensa de Gis-  
 »cala, y de otros Lugares semejantes, quando  
 »debemos reservarlas para la defensa de la  
 »Metrópoli de la nacion." Hablaba con mu-  
 cho desprecio de los Romanos, y exáltaba  
 mucho los auxilios que quedaban á los Ju-  
 díos. "Mirad, decia, los trabajos y fatigas  
 »que han sufrido los Romanos delante de las  
 »miserables cabañas de Galilea: en quarenta y  
 »siete dias de sitio se han hecho dueños de  
 »Jotapata, y qué será si vienen á presentar-  
 »se delante de Jerusalem? Aunque tuviesen  
 »alas no podrian levantarse á la altura de  
 »nuestros muros." Estos discursos jactanciosos  
 inflamaban la juventud, inspirándola un loco  
 ardor por la guerra. Los ancianos y hombres  
 juiciosos conocian lo insubstancial de estas ba-  
 ladronadas; pero estaban reducidos á inútiles  
 lamentos, porque Jerusalem ademas de los  
 sediciosos que encerraba en su seno, estaba  
 inundada de la multitud de los que acudian  
 de todas las partes de Palestina. Al paso que  
 los Romanos iban ganando terreno, y ha-  
 cian conquistas, los fomentadores de las tur-  
 bulencias que podian escapar, no tenian otro  
 recurso que la Capital, cuyas puertas esta-  
 ban siempre abiertas á todos los Judíos, y en  
 donde entónces eran recibidos con ansia unos  
 compatriotas que se decian llenos de zelo  
 por la defensa de la Ciudad Santa. El me-  
 nor inconveniente que traia consigo esta mul-  
 ti-

VESPASIANO

*Rapiñas y crueldades de los sediciosos en Jerusalem.*

titud de forasteros, que abrumaban á Jerusalem, eran las bocas inútiles que consumían las provisiones necesarias para los combatientes.

Este mal no se conoció hasta mas adelante; pero las rapiñas, los latrocinios y las muertes mudaron el aspecto de la Ciudad en el de un bosque lleno de ladrones, y los facinerosos que la inundaban ejercian sus crueldades hasta en los hombres mas principales de Jerusalem. Prendieron públicamente á muchas ilustres personas, de las cuales tres eran de la familia Real, y las hicieron degollar en la prision. El pretexto con que colorearon tan odiosa violencia, fué el de que estaban acusados y convencidos de traicion, y inteligencia con los Romanos. Ellos eran los opresores y tiranos de Jerusalem, y querian pasar por vengadores de su libertad.

Unos excesos como estos llenaban al Pueblo de terror; pero al mismo tiempo excitaban una justa indignacion, que solo necesitaba de un caudillo para manifestarse. El Pueblo le halló en la persona de Anano, antiguo Pontífice, que habia sido nombrado en los principios de la guerra por Gobernador de Jerusalem, y de cuyo valor y prudencia hace Josepho los mayores elogios.

*Toman el nombre de Zelotas. Apoderanse del Templo.*

Los Zelotas (que este era el título que se apropiaban estos hombres abominables, que querian convertir en zelo de Religion la audacia de cometer los crímenes mas horribles) los Zelotas, digo, conociéron el peligro, y comprendiendo que una multitud inmensa di-

dirigida por un Xefe hábil y acreditado seria para ellos formidable; se apostaron en el Templo, del qual hicieron su plaza de armas, y ciudadela de su tiranía. De este modo, despues de haber violado todos los derechos humanos, se declararon abiertamente por enemigos del mismo Dios, cuyo Santuario profanaban y atropellaban.

A este sacrilegio añadiéron una nueva impiedad, exáltando por suerte á la dignidad Pontificia á un Fannias, que era verdaderamente de la familia de Aaron; pero hombre rudo, criado en la obscuridad de una aldea, y que apénas sabia lo que era el Sumo Sacerdocio: papel de teatro de que hacian su juguete, y que siendo incapaz de revestirse de ninguna autoridad, se veia forzado á prestarles su nombre para cubrir sus atentados.

Este desprecio de la Religion, de la qual se hacia escarnio, acabó de llevar á lo sumo la indignacion del Pueblo, y los Sacerdotes y Grandes mezclándose en los corrillos, exhortaban á la multitud á tomar las armas contra los opresores de la libertad, y profanadores de las cosas sagradas. Estos discursos eran oidos con ansia; pero la dificultad de la empresa contrarrestaba el deseo de una tan justa venganza, y temian no poder conseguir el desalojar de una fortaleza como el Templo á una tropa numerosa de bandidos, endurecidos en la maldad, resueltos á todo, y á quienes la ninguna esperanza de perdón aumentaba la audacia.

VESPASIANO

---

*Discurso de Anano al Pueblo contra los Zelotas.*

Finalmente, en una Asamblea general se levantó Anano, y volviendo ácia el Templo sus ojos bañados de lágrimas: "O cuán dulce, exclamó, hubiera sido para mí el morir ántes que ver la Casa de Dios manchada con tantos horrores, y el lugar Santo profanado por los piés impuros de los mas perversos de todos los mortales! Mas si yo esperase hallar en el Pueblo que me escucha, algun recurso contra tan grandes males! pero le veo insensible á sus propias calamidades, y únicamente dominado del temor. Os saquean y roban, y lo tolerais; os maltratan, y guardais silencio, y ninguno de vosotros se atreve, ni aun á gemir libremente por la inocente sangre que veis derramar. No, no me quejo de los tiranos, sino de vosotros que los fortificais con vuestra indolencia. A los principios eran pocos en número, y vuestra tranquila seguridad les ha dado medios de aumentarse. Comenzáron por saquear vuestras casas; ninguno se movió á resistirles, y cobrando mayor audacia, han acometido vuestras personas. Habeis visto arrastrados indignamente por las calles, arrojados en prisiones, y cargados de cadenas, no digo á unos hombres ilustres por su nacimiento, y por su mérito, sino á unos ciudadanos contra los quales no hubo acusacion en forma, ni se pronunció sentencia legítima, y estos desgraciados no tuviéron á nadie que reclamase en su favor; y qué debia seguirse de aquí? La

„muer-

»muerte y el suplicio. Esto es lo que suce-  
 »dió, y así como en un rebaño se escogen las  
 »víctimas mas gruesas, nuestros Tiranos in-  
 »moláron con preferencia los primeros hom-  
 »bres de la Nacion. Su audacia, fomentada  
 »por sus prósperos sucesos, insulta hoy al  
 »mismo Dios. Ya veis como profanan indig-  
 »namente su Templo, y desde este sitio, el mas  
 »fuerte y elevado de la Ciudad, y el mas  
 »santo del Universo, os imponen el yugo de  
 »la servidumbre. Qué nuevos excesos aguar-  
 »dais para salir de vuestra inaccion? Ellos  
 »han llenado ya la medida de los crímenes:  
 »sus atentados no pueden ya ser mayores, y  
 »si los que han cometido no bastan para des-  
 »pertaros de vuestro letargo, nada será capaz  
 »de conmooveros.

»Qué motivo os anima á sostener la guer-  
 »ra contra los Romanos? No es el amor de la  
 »libertad aquel propio de almas generosas?  
 »Pues cómo rehusáis obedecer á los Señores  
 »del mundo entero, y consentis en ser escla-  
 »vos de vuestros compatriotas, y en sufrir de  
 »su parte unos insultos que no tendriais que  
 »recelarlos del extranjero?

»Comparad la conducta de los unos y de  
 »los otros. Vuestro Templo es adornado de  
 »ofrendas de los Romanos, y vuestros Tira-  
 »nos le despojan de los monumentos de vues-  
 »tras antiguas victorias. Los Romanos respe-  
 »tan vuestras leyes, y no se atreven á pene-  
 »trar en el lugar santo, y estos hacen del  
 »Templo su plaza de armas, y llevan á él

VESPASIANO

»sus manos manchadas con la sangre de sus  
 »hermanos. Y vosotros os armáis contra los  
 »enemigos exteriores, miéntras que vuestros  
 »verdaderos enemigos viven enmedio de vo-  
 »sotros, y tienen sitiado vuestro Santuario?

»Tomad pues, las armas con valor, y no  
 »temais su número, que es mucho menor que  
 »el vuestro, ni su audacia, enflaquecida por  
 »el remordimiento de sus crímenes, ni la ven-  
 »taja del lugar, cuya proteccion no es para  
 »los impíos, sino para aquellos que le vindi-  
 »can de sus insultos. Y aun quando os expon-  
 »gais á algun peligro, qué suerte es mas ape-  
 »teable que la de morir delante de los pórti-  
 »cos sagrados, combatiendo por vuestras mu-  
 »jeres, por vuestros hijos, por Dios, y por  
 »su Templo? Yo me ofrezco á serviros de cau-  
 »dillo y de soldado: yo os dirigiré con mis  
 »consejos; y yo expondré mi persona en to-  
 »das las ocasiones.»

*Toma el Pue-  
 blo las armas,  
 y entra en el  
 primer recin-  
 to del Tem-  
 plo.*

Inflamado el Pueblo con un discurso tan  
 vehemente, se mostró dispuesto á destruir la  
 tiranía que lo tenia como cautivo. Alistó Ana-  
 no á los que se presentaban á porfia, los ar-  
 mó, los distribuyó en compañías, y se dis-  
 ponia para acometer á los Zelotas. Estos le  
 ganáron por la mano, y hicieron una salida  
 contra el Pueblo. El combate fué muy obsti-  
 nado, animando á unos el mayor número, y  
 á los otros la audacia y el exercicio, hasta  
 que finalmente, sintiéndose los sediciosos oprimidos por la multitud de sus enemigos, que  
 iba creciendo cada instante, y estando próxi-  
 mos



mos á ser vencidos, se viéron obligados á abandonar el primer recinto del Templo, y retirarse al segundo, cuyas puertas cerráron precipitadamente. No quiso Anano llevar mas adelante su victoria, porque ademas de que el asalto hubiera sido muy arriesgado, le detuvo la santidad del lugar en que estaban, y no se atrevió á introducir en lo interior del Templo á unos soldados teñidos de sangre, contentándose con bloquear á los Zelotas, á cuyo fin dexó una guarnicion de seis mil hombres en los pórticos del primer recinto.

Su respeto al Templo le movió á tantear los medios de reconciliarse con los Zelotas, queriendo, si era posible, evitar la dura necesidad de manchar el lugar santo con la sangre de sus compatriotas. Envió pues, á hacerles proposiciones de paz, pero tuvo mala eleccion en el sugeto á quien dió este encargo.

Juan de Giscala, que tenia secretas inteligencias con los Zelotas, seguia en la apariencia el partido del Pueblo; y segun costumbre de los traidores, mostraba mas ardor y mas zelo que aquellos que le tenian sincero. No se apartaba de Anano de dia ni de noche: se introducía audazmente en todas sus juntas, sazonzando esta conducta con adulaciones desmedidas para captar la voluntad de todos los que tenian alguna autoridad. De este modo conseguía instruirse de todo lo que se determinaba, y tenia cuidado de avisarlo á los sitiados. Advirtió Anano que los enemigos descubrian todos sus intentos, y persuadido de

*Traicion de Juan de Giscala. Los Zelotas llaman en su auxilio á los Idu-meos.*

que en esto habia alguna traicion oculta, sospechó en el mismo que realmente era culpado, y á quien descubria su zelo hipócrita. Pero no era facil destruir á Juan de Giscala, que tenia un partido muy poderoso en la Ciudad. Anano le pidió juramento de que guardaria fidelidad inviolable á los intereses del Pueblo, y este malvado, á quien nada costaban los perjuros, le hizo al momento, con lo qual se aquietó Anano; y por una imprudencia inexcusable en un hombre que tenia sobre sí tan grandes negocios, se confió de aquel á quien tantas circunstancias hacian legítimamente sospechoso, eligiéndole para ir á hacer á los Zelotas proposiciones de paz. Introducido Juan en el Templo, en lugar de las proposiciones de paz que se le habian encargado, prefirió los discursos mas propios á soplar el fuego de la guerra, y dixo: "Que Anano, habiendo ganado al Pueblo, habia convidado á Vespasiano para que viniera á apoderarse de la Ciudad: que habia mandado á sus tropas que se purificasen, á fin de que estuviesen en estado de entrar á la mañana siguiente en el Templo: que si proponia un tratado á los Zelotas, era solo con el fin de adormecerlos en una falsa seguridad, y sorprehenderlos. Insistió en probarles que habian pasado ya muy adelante para poder esperar que la reconciliacion con ellos fuese sincera; y concluyó aconsejándoles solicitásen socorros de fuera, sin lo qual su perdicion seria inevitable."

Los Zelotas, siguiendo el consejo de Juan, resolvieron llamar en su auxilio á los Idumeos, Nacion vecina y turbulenta, para quien era lícita toda ocasion de tomar las armas, que marchaba á la guerra como á una fiesta; y que desde que abrazó la Religion Judaica no cedian á los mismos Judíos en el afecto y zelo por el Templo, y la Ciudad Santa. Unas disposiciones tan favorables determinaron á los Zelotas á enviar dos Diputados á los Idumeos con una carta, en que decian: "Que Anano »habia seducido al Pueblo, y queria entregar »la Ciudad á los Romanos. Que estando ellos »resueltos á defender la libertad hasta la muer- »te, se habian separado de un traidor que los »tenia sitiados en el Templo; y que si los Idu- »meos no acudian prontamente á su socorro, »los defensores de la patria iban á caer en »manos de Anano, y de sus enemigos, y Je- »rusalen en poder de los Romanos." Los Di- putados, que eran hombres hábiles y activos, llevaban orden de exponer con mas individualidad el estado de las cosas, y de exhortar á los Idumeos con todo el ardor y viveza de que eran capaces.

Consiguieron fácilmente el objeto de su negociacion. Los Xefes de los Idumeos al oír la carta, y la relacion de los Diputados, se encendiéron en furor. Exhortan á toda la Nacion á tomar las armas, y ántes de cumplirse el término que prescribiéron para esto, vieron junto un ejército de veinte mil hombres, con el qual marcháron á Jerusalem.

Ana-

VESPASIANO

Anano, que en esta ocasion no dió pruebas de mucha vigilancia, no tuvo noticia de los movimientos de los Idumeos hasta que los vió llegar. Mandó que se cerrasen prontamente las puertas de la Ciudad, y que se custodiase la muralla; pero ninguna hostilidad cometió contra los Idumeos, y deseando ganarlos por el medio de la persuasion, hizo que Jesus, uno de los principales Sacerdotes, subiera á una torre, que caia enfrente del ejército Idumeo, para que los exhortase á la paz. Los Idumeos se dispusieron á escuchar al Orador del Pueblo de Jerusalem, y les habló en estos términos.

*Discurso del Sacerdote Jesus á los Idumeos.*

» Si vosotros fueseis semejantes á aquellos  
 » en cuyo auxilio habeis venido, seria menor  
 » mi admiracion. Pero no es la cosa mas es-  
 » traña del mundo que una Nacion entera, que  
 » un hermoso y floreciente ejército tome á su  
 » cargo la defensa de un corto número de mal-  
 » vados dignos de mil muertes? El zelo por la  
 » santidad del Templo os conduce, y aquellos  
 » cuyo partido abrazais, le profanan con su  
 » crueldad y disoluciones, embriagándose en el  
 » lugar santo, y dividiendo en él los despo-  
 » jos sangrientos de sus hermanos asesinados.

» Ellos nos acusan de inteligencia con los  
 » Romanos, y de traicion, y no se necesitaba  
 » un motivo ménos poderoso para empeñaros  
 » á tomar las armas contra un Pueblo enlazado  
 » con el vuestro en la sociedad de un mismo  
 » culto. Pero dónde estan las pruebas del cri-  
 » men que nos imputan? Su interes solo es el  
 » que

»que nos hace culpables : miéntras que nada  
»tuviéron que temer , ninguno de nosotros ha  
»sido traidor , ni hemos venido á serlo hasta  
»despues que ellos no pueden evitar el justo  
»castigo de sus maldades. Si la sospecha de  
»traicion debe recaer sobre alguno , debe ser  
»sobre nuestros acusadores , á cuyos crímenes  
»solo falta este para que lleguen á su colmo.

»Quál será pues , el mas digno uso que po-  
»deis hacer de vuestras armas ? El de emplear-  
»las en favor de la Metropoli de vuestra Re-  
»ligion , y el castigar á estos malvados por  
»haberse atrevido á engañaros , llamándoos  
»por defensores , quando debian temeros co-  
»mo vengadores. Però si respetais la prome-  
»sa que habeis hecho , yo os ofrezco el medio  
»de que dexeis las armas , y entreis en la Ciu-  
»dad como amigos y aliados , para que seais  
»árbitros y Jueces entre los Zelotas y noso-  
»tros. Ya veis quan ventajosa es la condicion  
»que les proponemos , pues tendrán plena li-  
»bertad para responder delante de vosotros  
»sobre los crímenes de que son culpables unos  
»hombres que han degollado inhumanamente  
»á los Xefes de la Nacion sin ninguna forma-  
»lidad de juicio , y sin permitirles defender su  
»inocencia. Si no quereis uniros á nosotros , ni  
»ser Jueces de la discordia , os queda el par-  
»tido de permanecer neutrales sin agravar  
»nuestras desgracias , y sin juntaros á los opre-  
»sores de Jerusalem , y profanadores del Tem-  
»plo. Si no aceptais ninguno de estos tres me-  
»dios , no os admireis de que os cerremos las

»puer-

VESPASIANO

»puertas de una Ciudad , de quien os declarais enemigos.»

Un discurso tan sólido no hizo la menor impresion sobre los Idumeos preocupados. Miraban como una afrenta el no recibirlos en la Ciudad , y mucho mas la proposicion que se les hacia de dexar las armas si querian ser admitidos. Uno de sus Xefes respondió á Jesus con tal altanería y fiereza , que perdida toda esperanza de pacificacion se retiró , penetrado del dolor de ver la Ciudad sitiada á un mismo tiempo por dos partes , y amenazada en lo interior por los Zelotas , y en lo exterior por los Idumeos.

*Entran los Idumeos en Jerusalem , y estragos que hacen en el Pueblo.*

Entretanto este ejército auxiliar se iba disgustando de la inaccion de los que le habian llamado , porque creian los Idumeos encontrar un partido poderoso que los ayudase , y franquease la entrada de Jerusalem , y viendo que los Zelotas no se atrevian á salir del recinto del Templo , se arrepintiéron muchos de haber venido , y solo la vergüenza los impedia el retornar á su pais. Una tempestad que sobrevino durante la noche , aumentó mucho mas su disgusto. El agua , el granizo , los truenos y relámpagos , la tierra que se conmovia debaxo de sus piés , y toda la naturaleza parecia haberse desatado contra ellos , los llenó de terror y espanto , y al mismo tiempo que expuestos á los rigores de la tempestad , padecian mucho por no tener mas abrigo que sus vestidos y broqueles , que ponian sobre sus cabezas. El temor de la ira

Di-

Divina los conturbaba el espíritu, persuadiéndose que Dios desaprobaba su venida.

VESPASIANO

---

Sin embargo, esta circunstancia fué puntualmente la que les facilitó la entrada, pues los Judíos de la Ciudad creyeron tambien que Dios se declaraba por ellos, y en consecuencia de esta idea lisonjera hacian la guardia con ménos vigilancia. Su descuido proporcionó ocasion á algunos de los Zelotas para salir furtivamente del Templo durante la noche, y la mayor fuerza de la tempestad, y llegando á la puerta que estaba frente del ejército de los Idumeos, se la abrieron, y los introduxéron en Jerusalem.

El primer cuidado de los Idumeos fué acudir al Templo, y unirse con los Zelotas para atacar juntos á los que los tenian bloqueados, y en breve se viéron libres de una guardia, de la qual halláron una parte dormida, y la otra se atemorizó á vista de una multitud de nuevos enemigos juntos, de improviso á los antiguos. Las tropas de la Ciudad que acudieron á los gritos de los combatientes, no hicieron mayor resistencia, y así los Idumeos apenas tuvieron otro trabajo que el de ir matando; y como naturalmente eran crueles, y por otra parte estaban irritados de que se les hubiese negado la entrada en la Ciudad, y de haber tenido que tolerar fuera de los muros la violencia de una tempestad horrible, no diéron quartel á nadie, y pasáron á cuchillo á quantos encontraban al paso. La mortandad fué tanto mas horrible,

VESPASIANO

*Muerte del  
Pontífice  
Anano.*

quanto era imposible la fuga en un parage cerrado: todo el primer recinto del Templo quedó inundado de sangre; y luego que amaneció se contáron mas de ocho mil muertos.

Los Idumeos, habiéndose hecho dueños del Templo, se derramaron por toda la Ciudad matando y robando á discrecion, siendo las primeras víctimas de su furor los dos Pontífices Anano y Jesus, y no contentos con haberles quitado la vida, los ultrajaron de mil modos despues de su muerte, y arrojaron sus cadáveres sin darles sepultura.

Josepho deplora amargamente la muerte de Anano, cuyas singulares prendas, y buena conducta hubieran salvado infaliblemente á Jerusalem si hubiese vivido. Anano, dice, amaba la paz, y sabia que no era posible vencer á los Romanos; y con su elocüencia persuasiva hubiera determinado á los Judíos á someterse, al paso que la fuerte resistencia que era capaz de hacer, obligaria á los Romanos á moderar las condiciones del tratado; pero Dios, añade este Historiador, tenia pronunciada la sentencia de condenacion contra una Ciudad contaminada de crímenes: queria que el lugar santo se purificase con el fuego; y para cumplir los designios de su justicia en la Ciudad, y en el Templo, apartaba y quitaba del mundo á los que amaban á uno y otro con un zelo santo y puro.

*Joseph. Antiq. XX. 8.*

Así habla Josepho, ignorando no obstante la verdadera causa de la ira de Dios sobre los Judíos. Anano era incapaz de desar-

mar



mar la venganza divina, pues como hijo del Sumo Pontífice Annas \*, que intervino en la condenacion de nuestro Señor Jesu-Christo, se habia mostrado digno imitador de tal padre con la muerte del Apóstol Santiago el Menor, á quien por la eminencia de su santidad veneraba todo el Pueblo de Jerusalem. Era Anano de la secta de los Saduceos, y por consecuencia no tenia esperanza, ni temor de una vida futura; y el mismo Josepho, que ahora le colma de elogios, en otra parte le acusa de audaz y cruel en sus venganzas.

Los Zelotas y los Idumeos hicieron una horrible carnicería en el Pueblo; pero trataron con una singular inhumanidad á la jóven nobleza, deseando atraerla á su partido. Llenaron de ella las cárceles, y despues exhortaban á cada uno en particular á unirse con ellos; pero Josepho asegura que todos prefirieron sin dificultad la muerte á la sociedad de los enemigos de patria. La rabia de los Zelotas se empleó en hacerles sufrir los mas crueles suplicios, y solo quando sus cuerpos no podian ya sostener los azotes, y torturas,

Ff 2

\* Annas es llamado tambien Anano por Josepho. Pero no es verosimil que haya vivido hasta el tiempo de que hablamos, y mucho ménos que un viejo mas que octogenario tuviese suficiente vigor para desempeñar las funciones de Gobernador de la Ciudad. Estas razones han determinado á Mr. de Tillemont á pensar que el Pontífice Anano, muerto por los Idumeos, es hijo del Sumo Sacerdote Annas, nombrado en el Evangelio, y el mismo de quien Josepho hace mencion en el Libro XX de sus Antigüedades, cap. VIII.

VESPASIANO

---

Jos. de B.

Jud. V. 1.

*Crueldades  
de los Zelotas  
é Idumeos.*

VESPASIANO

*Sentencia y muerte de Zacarias, hijo de Baruch.*

se les concedia la muerte como una gracia. El Historiador calcula en doce mil el número de los que los Zelotas hicieron perecer sucesivamente de este modo, en espacio de pocos dias.

Convenia muy mal á semejantes malvados el querer observar las formalidades de justicia, y no obstante aparentaron hacerlo así con la persona de Zacarias hijo de Baruch, hombre rico, amante de la libertad, enemigo de los malos, y cuyas riquezas y virtud irritaban al mismo tiempo la codicia, y el odio de los Zelotas. Estos erigieron un Tribunal de setenta Jueces escogidos entre los principales del Pueblo, y hicieron comparecer en él á Zacarias, acusándole de haber formado una conspiracion para entregar la Ciudad á los Romanos. No alegaban pruebas, ni indicios algunos; pero decian estar bien seguros del hecho, y pretendian que se les creyera sobre su palabra. Viendo Zacarias que no tenia que esperar justicia alguna, y que estaba resuelta su muerte, habló con una libertad digna de un corazon grande, y trató con desprecio las acusaciones vagas con que le oprimian, haciendo ver en pocas palabras su ridícula debilidad. Despues de lo qual, dirigiendo su discurso contra sus acusadores, les puso á la vista toda la série de sus atentados, lamentándose de las calamidades públicas, y de la horrible confusion en que habian caido todas las cosas. Es facil juzgar qual seria la rabia de los Zelotas al oír es-

tas

tas razones, y sin embargo concluyéron la escena, dexando á los Jueces pronunciar su sentencia; pero no hubo ninguno que no le absolviere, queriendo todos mas bien perecer con el inocente, que hacerse reos de su muerte. Los Zelotas diéron un grito de indignacion, y dos de los mas atrevidos asesinaron á Zacarias en medio del Templo, diciéndole con insolencia: "Tambien te damos nosotros nuestro voto: ahora si que estás mas seguramente absuelto." Despues de haberle muerto arrojaron su cuerpo en el precipicio que bordeaba la montaña, sobre la qual estaba edificado el Templo. Por lo que hace á los Jueces, se contentaron con arrojarlos á cintarazos, complaciéndose de que los testigos de su dominacion tiránica fuesen por toda la Ciudad á divulgar el terror de que estaban poseidos.

Mr. de Tillemont piensa con muchos Interpretres de la Escritura, que el suceso que acabamos de referir, es el que tenia Jesu-Christo á la vista quando habló de Zacarias, hijo de Barachias, muerto por los Judíos entre el Templo y el Altar. En este caso las palabras del hijo de Dios son una profecía verificada puntualmente al pié de la letra. Si se adopta esta opinion, no podrá dudarse que Zacarias era Christiano, y el mismo Mr. de Tillemont advierte que no es preciso suponer que en Jerusalem no habia quedado ni un solo Christiano.

Los Idumeos, á quienes un ciego furor habia hecho cometer tan grandes violencias, pe-

VESPASIANO

*Conocen los Idumeos que han sido engañados por los Zelotas, y se retiran de Jerusalem.*

ro que no estaban como los Zelotas endurecidos en la maldad, se horrorizarón de los excesos de aquellos á quienes se habian asociado. Uno de ellos, que no nombra Josepho, los fortificó en estos sentimientos, y representó á sus Xefes que no podian lavarse de la mancha que habian contraido en haberse ligado con semejantes malvados, sino con una pronta retirada, y una separacion ruidosa. Esto era hacer muy poco para reparar las crueldades, y las injusticias de que se hiciéron culpables. Los Idumeos debian haber abrazado la defensa del Pueblo, cuya opresion habian agravado para libertarle de sus tiranos; pero los hombres se mueven á cometer lo malo con toda la plenitud de su corazon; y quando se trata de lo bueno, quasi siempre lo hacen imperfectamente. Los Idumeos pues, se contentáron con poner en libertad á los que estaban en las prisiones, que serian como unos dos mil, y se restituyéron á su pais.

*Nuevas crueldades de los Zelotas.*

Los Zelotas los viéron marchar con alegría, mirándolos no ya como unos aliados, de cuyo auxilio se privaban, sino como censores, cuya presencia refrenaba su audacia. Hiciéronse mas insolentes y desenfrenados, y acabáron de abatir las cabezas ilustres que les causaban alguna sombra. Diéron muerte á Gorion, hombre distinguido por su nacimiento, graduacion y zelo por la libertad de su patria. Tambien á Niger, Capitan valeroso que se habia distinguido en muchos choques contra los Romanos, y que ni aun pu-  
do

do alcanzar de sus asesinos el obsequio de la sepultura. Entre todos los del Pueblo buscaban cuidadosamente á aquellos de quienes por algun motivo no se atrevian á fiarse, siendo suficiente el menor pretexto para autorizar sus funestas sospechas. El que no les hablaba era un soberbio, el que lo hacia con libertad era enemigo; si alguno por el contrario les hacia la Corte, era un adulator que ocultaba malos designios; y como no hacian distincion entre las faltas leves, y los delitos, la muerte era igualmente pena comun de todos. En una palabra, la única salvaguardia contra sus furores, era la obscuridad del nacimiento, y de la fortuna.

Una tiranía tan cruel, determinó á una multitud de Judíos á desertar de la Ciudad, y ir á buscar su seguridad entre los enemigos; pero la fuga era peligrosa, porque los Zelotas tenian puestos espías en todos los caminos y pasos, y el que tenia la desgracia de caer en sus manos, pagaba con su cabeza, si no rescataba su vida á costa de mucho dinero. El que nada tenia que darles era un traidor, para quien no habia misericordia, y cuya infidelidad solo podia expiarse con la muerte. De este modo contrarestando un temor á otro, preferia el mayor número quedarse en la Ciudad, y morir en el seno de su patria.

Vespasiano permaneció durante el invierno tranquilo espectador de todos los movimientos que con tanta violencia agitaban á los Judíos. Tomó solo las Ciudades de Jamnia, y

de

VESPASIANO

---



---

*Dexa Vespasiano arruinarse á los Judíos con sus furores intestinos.*

de Azoto; pero no dió ningun paso que directamente amenazase á Jerusalem, aunque todos los principales Oficiales de su ejército le exhortaban á aprovecharse de las disensiones suscitadas entre los enemigos, para ir á poner sitio á su Capital. "Dexadlos, decia á los "que le representaban estas razones, dexad- "los que se destruyan los unos á los otros. "Dios gobierna mucho mejor nuestras cosas, "preparándonos, sin que nos mezclemos en ello, "una victoria fácil. Si llegasemos en tales cir- "cunstancias, se reunirán contra nosotros to- "dos los partidos que ahora por la rabia con "que se empeñan en destruirse mutuamente, "disminuyen tanto mas las fuerzas de la na- "cion. Podemos tener la esperanza de vencer "sin sacar la espada, y una conquista, que es "el fruto de la prudencia, y de la buena con- "ducta, me ha parecido siempre preferible "á aquella cuya honra se debe solo á las "armas."

Siguió constantemente este plan, y á pesar de que los Judíos fugitivos de Jerusalem le pedian con las mayores instancias que fuese á salvar las reliquias de un Pueblo desgraciado, y á vengar á los que habian perecido por causa de su afecto á los Romanos, salió á campaña á principios del año sesenta y ocho de Jesu-Christo, último de Nerón, no para marchar á la Capital, sino para subyugar la Perea, alegando que debia comenzar por sujetar las plazas y paises que aun estaban en armas, para quitar todos los

obs-

obstáculos que pudieran impedir, ó retardar el éxito del sitio de Jerusalem.

Pasó pues el Jordan, y se dirigió à Gadara, Capital de la Perea, en donde tenia inteligencias secretas. Habia en esta Ciudad un gran número de ricos habitantes, que teniendo por consecuencia mucho que perder, temian la guerra, y deseaban la paz; y por consiguiente habian enviado Diputados à Vespasiano, ofreciéndole que le abririan las puertas. Mas no pensaban así todos los de Gadara, y los facciosos que habia en esta Ciudad, como en todas las demas de la Judea, habiendo ignorado esta negociacion en los principios, y no pudiendo inutilizarla despues que la supieron, porque los Romanos estaban ya muy cerca, determináron à lo ménos vengarse del autor de ella. Apoderáronse de Doleso, quien por su nacimiento, y por su mérito tenia el primer lugar entre los habitantes, y despues de haberle muerto y ultrajado indignamente su cadáver, escapáron de la Ciudad. Los Gadarenos, que con la fuga de los sediciosos quedáron por árbitros de su suerte, recibieron à Vespasiano con mil aclamaciones de gozo, y derribáron sus muros sin esperar la órden, à fin de darle pruebas de una fidelidad, que no queria quedarse con el menor recurso, por si en algun tiempo fuesen capaces de faltar à su deber. El General para asegurarlos en este estado contra los ataques de los rebeldes, les dexó una guarnicion Romana.

Sometida Gadara, como lo demas de la

*Tom. VI.*

Gg

Pe-

VESPASIANO

*Toma de Gadara.*

Perea no merecía ocupar la atención de Vespasiano, se restituyó à Cesarea, à fin de cuidar desde allí de la direccion general de la guerra, y dexó en el pais al Tribuno Plácido con tres mil hombres de infantería y seiscientos caballos, para perseguir à los bandidos, y acabar de reducir à los que no quedaban todavía sujetos. Este Oficial desempeñó como hombre valeroso la comision de que estaba encargado. Persiguió à los que habian huido de Gadara, y forzó el Lugar de Bethennabris, que habian escogido por asilo, aunque escapáron muchos, que derramándose por aquella tierra la llenáron de consternacion. Una multitud confusa de gentes del campo se congregó con designio de pasar el Jordan, y refugiarse en Jericó; pero el rio iba tan crecido con las lluvias, que no pudieron vadearle, y sobreviniendo entónces Plácido, estrechó contra la orilla del rio à aquella tropa desordenada, sin disciplina, y sin caudillo. Su número era grande, y con todo le derrotáron enteramente tres mil y seiscientos hombres: quince mil Judíos quedáron en el sitio, y muchos mas fuéron rechazados, ò se precipitáron en el Jordan, y el lago Asphaltites quedó todo cubierto de cadáveres que nadaban sobre las aguas, mas pesadas que la comun. Concluyó Plácido la conquista de la Perea con la reduccion de las Ciudades y Castillos que podian ser de alguna importancia, y todo el pais, à excepcion de la fortaleza de Macherunte, reconoció las leyes de los Romanos.



Hallábase Vespasiano en Cesarea quando supo la sublevacion de Vindex contra Neron. Esta novedad fué para él un motivo de apresurarse à finalizar la guerra de los Judíos, creyendo que miéntras el Occidente comenzaba à agitarse con inquietudes, cuyas resultas podian ser largas y funestas, convenia pacificar el Oriente, y impedir si era posible, que una guerra estrangera concuriese con la guerra civil. Por esta causa, habiendo empleado el invierno en asegurar con buenas guarniciones las Plazas que habia conquistado, partió de Cesarea en el principio de la Primavera con todas sus tropas, llevando por objeto el sitio de Jerusalem; pero resuelto ante todas cosas à privar à esta Ciudad obstinadamente rebelde de todos los auxilios, cuya esperanza podia fomentar su orgullo.

Franqueó el paso de Cesarea à Jerusalem, apoderándose de Antipatris, de Lidda, y de la Comarca dependiente de Thamna, y vino à Emaus, lugar célebre en el Evangelio, distante sesenta estadios, ò dos leguas y media de la Capital. Allí formó un campo, y dexó en él la Legion quinta, para comenzar el bloqueo de Jerusalem por la parte del Norte, y luego pasó ácia el Mediodia en la Idumea, cuyos habitantes habian manifestado por la Metropoli de su Religion un zelo tan ciego y impetuoso. Hízose dueño de todo este pais, ya arruinando las fortalezas de los Idumeos, ya fortificando él mismo ciertos puestos ventajosos, donde dexó buenos cuerpos de tropas

---

 VESPASIANO
 

---

Joseph. de  
B. Jud. V.  
4. hasta el  
12.

*Toda la Ju-  
dea se somete  
á los Roma-  
nos, excepto  
Jerusalen y  
tres fortale-  
zas ocupadas  
por los sedi-  
ciosos.*

para contener à toda aquella comarca. A su regreso à Emaus se transportó à la Samaria para asegurar su posesion , y vino à Jericó, en donde se le unió el Destacamento que habia reducido la Perea. La Ciudad de Jericó no hizo ninguna resistencia , porque la mayor parte de los habitantes se habia puesto en fuga al acercarse el ejército Romano , y los que quedáron en ella fuéron derrotados. Vespasiano dexó allí una guarnicion , y lo mismo en Adida , que no estaba distante. De esta suerte Jerusalem se halló cercada por todas partes con las armas de los Romanos.

Ya no faltaba mas que ponerla sitió en forma , y Vespasiano se disponia para ello quando recibió la noticia de la muerte de Nerón. Suspendió entónces su actividad , y ántes de internarse en una empresa , que podia ser larga y difícil , quiso ver que rumbo tomaban los negocios generales del Imperio. Sin embargo para no permanecer en inaccion , ni perder de vista su objeto , acabó de limpiar el pais forzando algunas plazas de las cercanías de Jerusalem , que aun se resistian. De este modo pasó el resto de la campaña , quedando al fin de ella reducida toda la Judea , à excepcion de Jerusalem , y de tres fortalezas ocupadas por los sediciosos , à saber , Herodio , \* Macherunte y Masada.

En

\* Herodes edificó y fortificó dos Castillos con este nombre , uno à sesenta estadios de Jerusalem , y este de que tratamos mas allá del Jordan , en la vecindad de los Arabes.

En el año siguiente ochocientos veinte de Roma, sobrevino una diversion que llamó ácia otra parte toda la atencion de Vespasiano. Las negociaciones para su elevacion al Imperio, y los cuidados de la guerra que le puso en posesion de él, le obligáron à dar alguna tregua à los Judíos, y aun salió de la Judea y se transportó, como ya diximos, à Alexandria; pero dexó todas las cosas en órden, y si los Judíos tuviéron algun tiempo para respirar, no parece que recobrâron cosa alguna de lo que habian perdido.

*Vespasiano se ve obligado á suspender la guerra de Judea.*

El único suceso que debemos referir aquí es la libertad dada à Josepho. Quando Vespasiano fué proclamado Emperador por sus Legiones, y por las de Siria y Egipto, se acordó con mucha complacencia de los pretenso presagios, ù oráculos con que creia habersele anunciado una grandeza superior à sus esperanzas, y aun à sus deseos, y en particular hizo memoria de que Josepho le habia pronosticado el Imperio viviendo todavía Nerón. Avergonzóse de tener en prisiones al que creia haber sido para él el interprete de la voluntad Divina, y habiéndole mandado traer à su presencia, delante de Muciano y de otros Oficiales de su ejército, mandó que le quitasen las cadenas. Tito, lleno siempre de bondad, representó à su padre que era justo libertar à Josepho, no solo de la pena, sino tambien de la ignominia, y que era preciso romper sus cadenas, à fin de que se le reintegrase en su antiguo estado, como si nunca  
las

VEASPASIANO

las hubiera tenido. Vespasiano condescendió à la súplica de su hijo , y por su órden se rompiéron las cadenas del cautivo à golpes de hacha , gozando Josepho desde entónces de grande estimacion en el ejército Romano , y despues le veremos mas de una vez empleado por Tito en combatir con saludables consejos la inflexible dureza de sus compatriotas.

Joseph. de  
B. Jud. V.  
14.

*Envia Vespasiano á Tito á poner sitio á Jerusalem.*

An. Rom.  
821.

Habiéndose concluido la guerra civil entre Vespasiano y Vitelio à favor del primero en una sola campaña , el nuevo Emperador à tiempo de partir de Alexandría para Roma envió à Tito à la Judea, juzgando con razon que debia terminar una guerra tan importante por sí misma, y que podia hacerse mucho mas si se daba tiempo à los Judíos de Jerusalem para interesar en su rebelion , como lo habian intentado , à los de su Nacion , que habitaban al otro lado del Eufrates. Ademas de esto en una fortuna que comenzaba à crecer, y en los principios de un reynado en que son siempre temibles las turbulencias y rebeses, convenia à Vespasiano tener à su hijo à la frente de un ejército poderoso. Por esta causa pues, dió órden à Tito de sitiar, y tomar à Jerusalem , única operacion que restaba en esta guerra , pero sin disputa la mas difícil.

*Descripcion de la Ciudad de Jerusalem.*

Joseph. de  
B. Jud. VI.  
6.

La naturaleza y el arte habian contribuido à hacer de Jerusalem una de las Plazas mas fuertes del mundo entero. Ocupaba dos colinas , sin comprehender la otra en que estaba construido el Templo. Estas dos colinas, de las quales es la famosa Sion , y la otra se

lla-

llamaba Acra, estaban enfrente una de otra; la de Sion al Mediodia, y la de Acra al Septentrion, y las separaba un valle, en el que los edificios de una y otra parte venian à encontrarse. La primera se elevaba mucho mas que la segunda, y formaba la Ciudad alta, y la otra se nombraba la Ciudad baxa; y una y otra estaban rodeadas exteriormente de profundos barrancos, que hacian el acceso impracticable. Uno de ellos se llamaba el valle de los hijos de Hennon, que corriendo de Poniente à Levante por el Mediodia del Monte Sion, iba à unirse con el Cedron al Oriente del Templo, al pié del Monte Olivete.

Acra por su fachada oriental estaba directamente opuesta à otra colina, que era la del Templo, nombrada el Monte Moria. En sus principios le sobrepujaba en altura, por lo qual en tiempo de Antiocho Epifanes sirvió de Ciudadela à los Sirios, que desde ella dominaban el Templo, y cometian todo género de violencias y crueldades contra los Judíos que la Religion congregaba en él. Los Reyes Asmoneos no contentos con haber destruido la fortaleza construida por los Sirios, aplanaron el suelo de la montaña, y llenaron ò cegaron el valle que estaba abaxo por el lado del Oriente; de suerte que à un mismo tiempo quedó el Templo dominando à Acra, y se hizo mas dificil la comunicacion de una à otra colina.

Macc. I.  
I. 35. & Joseph. Ant.  
XXII. 7.

En los últimos tiempos se habia incluido dentro de la Ciudad otra colina que estaba al

Nor-

Norte del Templo , porque su ámbito no podia contener la multitud inmensa de sus habitantes. Fué pues, necesario extenderse, y muchos Judíos fabricáron casas en Bezetha , que era el nombre del nuevo quartel, separado de la fortaleza Antonia , con un foso muy ancho. Toda la circunferencia de la Ciudad la regula Josepho \* en treinta y tres estadios, que es algo mas de quarenta mil pasos.

Tal era la situacion natural de Jerusalem, muy ventajosa por sí misma , y las manos de los hombres habian añadido una triple cerca de altas y gruesas murallas. La primera y la mas antigua rodeaba à Sion con dos especies de brazos , de los quales separando el uno la Ciudad alta de la baxa , iba à dar al ángulo Sud-oeste del Templo , y el otro dando vuelta à la montaña por el Poniente , Mediodia y Levante , despues de varios rodeos que exìgia la irregularidad del terreno , iba à terminar en la fachada oriental del Templo. Las otras dos murallas partiendo de diversos puntos del muro que separaba à Sion de Acra , se extendian por el Norte , desde donde redoblaban ácia el Templo para concluir la una en la fortaleza Antonia , y la otra con un rodeo mucho mas dilatado , venia à dar à la misma fachada oriental del Templo en que se apoyaba la primera.

Es-

\* Si se cree con Mr. de Anville en su *Disertacion sobre el estado de la antigua Jerusalem*, que el estadio que menciona Josepho es mas corto de un quinto que el Olimpico , la circunferencia de Jerusalem queda reducida à 3300 pasos.

Estas murallas estaban guarnecidas de unos torreones que en su hermosura y trabazon de piedras no cedian en nada á los Templos mas bien contruidos. Sobre un quadrado mazizo, que tenia veinte codos en ancho y altura, se elevaban unas habitaciones magníficas, con cámaras altas, cisternas para recoger las aguas llovedizas, que eran muy precisas en un país árido, y escaleras espaciosas. La tercera muralla tenia noventa de estas torres, catorce la del medio, y sesenta la mas antigua, y de una torre á otra habia la distancia de doscientos codos. Quatro de estas torres sobresalian entre las demas por su singular hermosura y elevacion. La primera llamada Psephina \*, contruida en el ángulo de la tercera muralla que miraba al Septentrion, y al Occidente, esto es á la parte en que este mismo muro dexando su direccion al Septentrion, hacia un recodo para dirigirse ácia la Ciudad, y el Templo. Era su figura octogona; tenia setenta codos de altura, y al salir el sol se descubria desde ella por un lado la Arabia, y por el otro todo lo largo de la tierra Santa hasta el mar.

Las otras tres torres habian sido contruidas en el muro antiguo por Herodes, que ademas de su propension á la magnificencia, y su zelo por el adorno de la Ciudad, tenia un

Tom. VI.

Hh

mo-

\* Mr. de Anville en el lugar citado prueba que esta torre está en el mismo emplazamiento que hoy *Castel Pisano*.

VESPASIANO

motivo particular para complacerse en estas obras que dedicaba á la memoria de tres personas á quienes consagró todo su afecto, *Hippico* su amigo de corazón, de *Phasael* su hermano, y de la desgraciada *Mariamne* su esposa, á quien habian costado la vida los furores de su amor. Estas tres torres tenian pues, unos nombres tan charos á Herodes, Hippico, Phasael y Mariamne. La primera ocupaba el ángulo septentrional de Sion ácia el Occidente, en el principio del muro que separaba la Ciudad alta de la baxa. Las otras dos parecian haberse colocado sobre la misma línea del muro, girando por el rumbo de Oriente entre Sion y Acra. No era su altura igual, pues la primera tenia ochenta codos de altura, noventa la segunda, y cinquenta y cinco la tercera, lo que provenia sin duda de la desigualdad del terreno; pero sus cornisas, ó capiteles estaban de nivel, y mirándolas de léjos parecian iguales entre sí, y á todas las demas de la misma muralla.

Tacit. Hist.  
V. II.

Josepho.  
*Breve descripción del Templo.*

Ninguno, por poco instruido que sea, debe figurarse que el Templo de Jerusalem era como nuestras Iglesias, aun las mas grandes. No tanto era un solo edificio, quanto un grande y inmenso cuerpo de edificios dividido en muchos patios y cercados, y rodeado de vastas y magníficas galerías, que le servian de fortificaciones, de suerte que se parecia mas bien á una Ciudadela, que á un lugar consagrado como los nuestros á los exerci-



cicios de la Religión. En el centro estaba el Templo propriamente dicho, aislado por todas partes, y dividido interiormente con un velo que separaba el lugar santo del Sancta Sanctorum. Desde allí hasta las galerías exteriores, todo el espacio estaba ocupado, como hemos dicho, con diversos edificios destinados á usos del culto, y de los que le servían, y separado por varios patios, de los cuales el mayor, que era en el que se entraba luego que se salía de las galerías, reynaba al rededor de los edificios interiores, y se llamaba el Atrio ó Pavimento de los Gentiles, porque entraban en él indistintamente con los Judíos. Todo el cuerpo del edificio formaba un quadro, cuya circunferencia ó ámbito era de seis estadios \*, segun Josepho, esto es, de un quarto de legua, que será de seiscientos pasos, conforme á la medida del estadio que arriba hemos indicado. Los quatro costados del quadro miraban con bastante exáctitud á los quatro puntos cardinales del mundo.

La cima del monte Moria, donde estaba construido el Templo, no ofrecia un terreno bastante extenso y unido para un edificio tan vasto, y fué preciso levantar el suelo, cuyo declive era muy precipitado, con terrazas de trescientos codos de altura.

Ya advertimos que aplanado el terreno de la colina Acra, quedó el Templo mas alto  
Hh 2 que

\* Mr. de Anville la supone mucho mas considerable. Veanse sus pruebas y razones.

que esta parte de la Ciudad: tenia al Oriente el valle de Cedron, y al mediodia girando ácia al Occidente, comunicaba con Sion por medio de un puente construido sobre un torrente profundo. Solo por el Septentrion le dominaba algun tanto la colina Bezetha, y respecto de todo lo demas de la Ciudad, hacia officios de Ciudadela.

Pero la torre Antonia construida en el angulo Nor-oeste del Templo la dominaba enteramente. Dos escaleras comunicaban desde ella, una á la galería del Septentrion, y la otra á la del Occidente. Los Romanos mantenian guarnicion en esta torre, y siendo con ella dueños del Templo, lo eran por consiguiente de la Ciudad, y así el primer cuidado de los rebeldes, como lo hemos visto, fué el desalojarlos de esta fortaleza, lo qual hubiera cortado, y hecho inútiles todos sus movimientos.

*Número prodigioso de los habitantes de Jerusalem.*

La Ciudad de Jerusalem tan fuerte por sí misma, se hallaba prodigiosamente poblada, con especialidad en el tiempo de la Pascua, en que concurrían de todas las partes del Universo un infinito número de adoradores. Ya diximos con Josepho que Cestio se vió rodeado en una de estas Festividades de tres millones de hombres, cuyo número, aunque tan espantoso, no es exâgerado. Queriendo Cestio dar á entender á Neron que hacia muy mal en despreciar á la nacion Judaica, pidió á los Sacerdotes que le diesen una nómina de los habitantes de Jerusalem. Para satisfacerle los

Joseph. de  
B. Jud. VI.

11.

Pon-

Pontífices, contáron las víctimas pascuales, y halláron ser doscientas cinquenta y seis mil y quinientas. Cada cordero pascual se comia á lo ménos entre diez personas, y á veces se solian juntar veinte en una mesa; pero contentándonos con multiplicar el número menor, salen de las doscientas cinquenta y seis mil y quinientas víctimas, dos millones, quinientos y sesenta y cinco mil habitantes. Agreguense á estos los que por causa de alguna impureza legal no podian participar de la Pascua, y los estrangeros que atraia la curiosidad, y se verá que el número de tres millones no es exâgerado.

Pero este inmenso gentío era mas apropósito para causar la ruina de la Ciudad por el hambre, que para defenderla. Lo que hacia su conquista difícil quando se presentó Tito delante de sus muros, era el estar llena de una multitud de hombres osados, que desde mucho tiempo ántes se habian acostumbrado al exercicio de las armas, y á todos los horrores de la guerra, que no temian ni los peligros, ni la muerte, y á quienes una ciega preocupacion por la santidad de la Ciudad, y del Templo, llenaba de una especie de entusiasmo, y de una plena confianza de que no podian ser vencidos: ventajas bien grandes para una heroyca y dilatada resistencia. Pero les faltaba una cosa muy esencial, que era la union y obediencia á un solo Xefe que supiese gobernar sábiamente sus fuerzas, pues estaban divididos en tres bandos, que á la verdad

*Tres facciones diversas en Jerusalem.*

dad se unian así para la guerra contra los Romanos, como para oprimir á sus conciudadanos pacíficos; mas al mismo tiempo se enflaquecían mutuamente con sus intestinas disensiones, y en los combates que se daban con furor dentro de los muros, no podían ménos de presentar muchas ocasiones favorables al enemigo comun. Los Xefes de estos tres bandos eran Eleazaro hijo de Simon, Juan de Giscala, y Simon hijo de Giora.

De estos tres tiranos, pues ya veremos que merecen muy bien este nombre, Eleazaro era el primero en el orden de la antigüedad. Tenia un gran partido en la Ciudad desde el tiempo en que Cestio emprendió el sitio, y se distinguió en perseguir á este General. Los Zelotas mandados por este, se apoderaron del Templo, y sostuviéron el sitio contra el Pontífice Anano. Desde entónces se gobernaron siempre por sus consejos y gozó de la autoridad de Xefe, hasta que vino á asociársele Juan de Giscala.

Joseph. de  
B. Jud. V.  
3. 7. 9.

Este pues, en quien se juntaba la audacia mas desenfrenada con el artificio y la mentira, apénas se introduxo en el partido de los Zelotas, por quienes hizo traicion á los intereses del Pueblo y de los Grandes, puso todo su conato en aspirar á ser Xefe único. Su osadía le conciliaba admiradores, y con sus caricias ganaba partidarios, á los quales procuraba persuadir el desprecio de todas las órdenes que no fuesen suyas. Como los que se unian á Juan eran los mas determi-

mi-

minados y atrevidos, su conspiracion los hizo en breve formidables; y el miedo les dió nuevos asociados. De este modo consiguió Juan formar un partido en otro partido; y en fin, obscureciendo del todo á Eleazaro, le hizo perder su crédito y autoridad entre los Zelotas. Teniendo pues, á sus órdenes las fuerzas de esta poderosa faccion, vino á ser dueño de la Ciudad, y no hubo excesos que no cometiese. Las rapiñas y robos mas violentos, y las disoluciones mas detestables las consideraba como frutos y prerrogativa de su dominacion. El y sus malvados secuaces afeeminados hasta el último extremo, solo mostraban ser hombres en las crueldades con sus conciudadanos; y los infelices habitantes de Jerusalem sufrían mas de parte de sus tiranos domésticos, que lo que hubieran podido temer de los Romanos.

Estaba Juan muy triunfante y vanaglorioso; pero halló un nuevo enemigo en la persona de Simon hijo de Giora, que habiendo tenido como él unos principios muy débiles, vino á hacerse formidable con su su audacia, y con sus crímenes. Arrojado Simon de la Acrabatena \* por el Pontífice Anano, de quien se habia hecho sospechoso por su espíritu inquieto y turbulento, no halló otro recurso que el de refugiarse al castillo de Masada, que ocupaban los secuaces de Judas Galileo, desde donde hacían correrías, y exercían

\* Region de Samaria.

cian crueles latrocinios en todas las inmediaciones; pero le recibieron con desconfianza, porque los malos se temen reciprocamente. Por esta causa, le alojaron con los suyos en lo baxo del castillo, reservándose para sí la parte superior, desde la qual le dominaban. No tardó mucho en manifestar con sus hazañas que era tan resuelto como ellos á lo malo, y se le asociaron para sus detestables empresas; pero Simon tenia miras mas ambiciosas, pues aspiraba á la tiranía, y su designio era servirse de las armas de sus huéspedes para conseguirla. Por lo qual intentó empeñarlos en alguna accion ruidosa, en lugar de contentarse con simples rapiñas en las cercanías. Mas todo fué inútil, porque los ladrones de Masada miraban este fuerte como su asilo, y no querian alejarse de él. No pudiendo Simon persuadirles sus intentos, se apartó de ellos, luego que supo la muerte de Anano, y como era jóven atrevido, y capaz de hacer frente á todos los peligros, y resistir todas las fatigas con el robusto vigor de su cuerpo, ofreciéndose por Xefe á aquella multitud de bandidos que corrian toda la Judéa, ofreciendo libertad á los esclavos, y recompensas á los de condicion libre, aumentó sus tropas de tal suerte, que en poco tiempo compuso un ejército, y se vió á la frente de veinte mil hombres.

Unas fuerzas tan temibles causaron sospechas á los Zelotas, persuadiéndose con fundamento que la idea de Simon era entrar en

Jerusalen, y quitarles la posesion de esta Capital. Saliéronle pues, al encuentro, y en un combate que le diéron lleváron la peor parte. Sin embargo, no se creia Simon con suficientes fuerzas para emprender el ataque de Jerusalen, y se arrojó sobre la Idumea, la taló toda, y despues de haber disipado ya con la fuerza, y ya por traicion de uno de los Xefes de los Idumeos, un ejército de veinte y cinco mil hombres que se le habian opuesto, devastó el pais de un modo horrible, saqueando y quemando los Pueblos, cortando las mieses, y los árboles, de suerte que todo quedó desierto, sin dexar ni aun vestigios de que aquella tierra habia sido habitada, ni cultivada. Despues de esta bárbara expedicion se acercó à Jerusalen, y bloqueó la Ciudad, esperando ocasion de introducirse en ella.

Presentósele el mismo Juan de Giscala con sus furores, que habiendo llegado al extremo que hemos referido, no solo irritó contra sí al Pueblo, sino que indispuso tambien à sus mismos sequaces, en quienes no estaban del todo extinguidos los sentimientos de pudor y humanidad. Su partido se componia de Zelotas rígidos, que eran los primeros y mas antiguos autores de los males que sufría la Ciudad de sus compatriotas los Galileos, que le habian seguido desde Giscala, y de una porcion de Idumeos, que arrojados de su pais por Simon, se habian refugiado en Jerusalen. Estos últimos se separáron de improviso, pasan à cuchillo à los Zelotas que encontráron dis-

persos por los diferentes barrios de la Ciudad, saquean el Palacio donde Juan tenia sus riquezas, fruto de sus latrocinios, y le obligan à encerrarse en el Templo con los que le habian quedado fieles.

Desde allí no dexaba de hacerse temible, y el Pueblo, los Grandes y los Idumeos reunidos, rezelaban no un ataque formal, sino un golpe de desesperacion que hiciese à esta tropa de facinerosos esperar ocasion oportuna de incendiar de noche la Ciudad. Deliberáron entre sí lo que debian hacer, y Dios, dice Josepho, dirigió sus pensamientos à un errado consejo, eligiendo un remedio peor que el mal, pues para destruir à Juan determináron recibir à Simon, y su recurso contra un tirano fué asociarse otro nuevo. El Sumo Pontífice Matías pasó como Diputado à suplicar à Simon entrase en la Ciudad, y un gran número de fugitivos, à quienes las violencias de los Zelotas habian desterrado de la Ciudad, unieron sus ruegos à los suyos. Oyó Simon con mucha arrogancia estas humildes súplicas, y concedió como una gracia lo que llenaba el colmo de sus deseos. Entró pues, en la Ciudad, prometiendo librarla de la tiranía de los Zelotas; pero resuelto à substituirse en su lugar y el Pueblo, recibió con mil aclamaciones de alegría como à su libertador al que iba con el designio de tratar como à enemigos así à los que imploraban su auxilio, como à aquellos contra quienes le llamaban.



Primavera \* del año sesenta y nueve de Jesu-Christo , miéntras que las turbulencias del Imperio Romano daban à los Judíos una especie de tregua , de la qual abusaban para despedazarse mutuamente.

Habiéndose hecho Simon dueño de la Ciudad , dió muchos asaltos al Templo , y sostenido por el Pueblo tenia la superioridad en el número ; pero la ventaja del sitio favorecia à Juan , quien se aprovechó de ella de tal suerte , que inutilizó todos los esfuerzos de su enemigo , y aun añadió à las fortificaciones del Templo quatro nuevas torres , guarneciéndolas con diferentes máquinas de guerra , archeros y honderos , de suerte que las gentes de Simon no podian acercarse sin exponerse à ser oprimidos de una nube de tiros de toda especie. Entibióse el ardor con que daban los asaltos , y perdiéron la esperanza de desalojar à Juan de un puesto tan ventajoso , desde el qual se defendia tan vigorosamente.

Teníanle no obstante en un continuo cuidado , y miéntras que Juan estaba ocupado en precaverse contra ellos , proporcionó ocasion à Eleazaro , à quien habia eclipsado , para hacer un papel importante. Eleazaro , tan ambicioso como Juan , pero con ménos talentos , y ménos auxílios , sufría con impaciencia verse obligado à ceder à un advenedizo que le habia destronado ; mas ocultando sus sentimientos , solo mostraba indignacion contra un

\* El mes Xantico corresponde á nuestro mes de Abril.

tirano cruel y detestable. Ganó con sus discursos à algunos de los Xefes de aquellas facciones, y con ellas se apoderó de la parte interior del Templo, que era mas elevada que todo lo demas de él.

Desde este momento la situacion de Juan fué de las mas singulares, pues colocado entre dos enemigos, de los cuales tenia al uno sobre su cabeza miéntras dominaba al otro, al paso que era muy superior à Simon, se veia muy inferior à Eleazaro. Sin embargo, Juan se sostuvo contra el uno y contra el otro, rechazando à Simon con la superioridad del puesto que ocupaba, y alejando à Eleazaro con los tiros que lanzaban sus máquinas. Los combates eran continuos, sin que llegase el caso de que una victoria decisiva abatiese à ninguno de los tres partidos.

Lo que debe parecer admirable es que todos estos furores de que era teatro el Templo, no impedian el curso regular del culto público. Los Zelotas aunque tan rabiosos, dexaban entrar à los que iban à ofrecer sus sacrificios, tomando solo la precaucion de registrarlos con cuidado; pero tampoco las ceremonias sagradas de los sacrificios impedian las operaciones de la guerra. Las catapultas, y otras máquinas con que Juan habia guarnecido sus torres, disparaban sin cesar, y muchas veces sus tiros mataban al pié del altar à los sacrificadores, y à aquellos por quienes se ofrecia el sacrificio. Los hombres religiosos, dice Josepho, con un amargo dolor, ve-

nidos de las extremidades de la tierra, para satisfacer su piedad visitando este Templo, celebrado y venerado en todo el Universo, hallaban la muerte al pié del altar, y el lugar Santo nadaba en sangre humana, mezclada con la de las víctimas.

Por medio de la continuacion de los sacrificios, de las ofrendas, y de todo el culto, Eleazaro y su tropa gozaba de la abundancia, porque no teniendo ningun respeto à las leyes, ni à las cosas santas, convertian en usos propios las ofrendas y primicias. Juan y Simon vivian de sus rapiñas, arrebatando quantos víveres encontraban en las casas, y almacenes. Su cuidado no se estendia mas allá del dia presente, porque su estupidez violenta era incapaz de prevenir las cosas futuras, y muchas veces en los combates que se daban unos à otros quemaban muchas provisiones de las mas necesarias, como si su intento fuese auxiliár à los Romanos, y abreviar con el hambre la duracion del sitio.

El Pueblo hecho presa de estos crueles tiranos, no tenia mas recurso que el de sus gemidos, y estaba reducido à llamar con sus descos à los Romanos, à fin de que los enemigos exteriores los librasen de los males espantosos que sufrían en lo interior. Todas las cabezas estaban abatidas: no se trataba ya de Consejo público; y cada qual, tristemente ocupado en sí propio, ò esperaba una muerte inevitable, ò muchas veces la apresuraba con las medidas que tomaba para evitarla, pues qual-

VESPASIANO

qualquiera que se hacia sospechoso de pensar en ir à buscar su seguridad en alguna de las Plazas que ocupaban los Romanos, ò simplemente de que deseaba la paz, perdia la vida sin remedio. Los tiranos discordes entre sí con odios irreconciliables, se convenian perfectamente para asesinar à todos aquellos que por sus disposiciones pacíficas merecian vivir.

*Llega Tito con grandes fuerzas para sitiarse á Jerusalem.*

An. Rom.  
821.

Tal era la situacion de las cosas en Jerusalem, quando el vengador destinado por Dios para castigar los crímenes de esta infelíz Ciudad, arrivó para executar su comision. Presentóse Tito delante de los muros de Jerusalem el año setenta de Jesu-Christo, al tiempo que se acercaba la Pascua, cuya solemnidad atraia un infinito número de Judíos, de suerte que vino à ser como un lazo armado por la Justicia Divina, para que cayese en él una gran parte de la Nacion. El ejército de Tito se componia de quatro Legiones, las tres que habian hecho la guerra en Judea, baxo las órdenes de su padre, y la quarta venia de Siria; la qual habiendo sido pocos años ántes derrotada por los Judíos en la expedicion de Cestio, traia ahora un valor inflamado con el deseo de borrar la pasada afrenta. A estas fuerzas Romanas se agregó un número mucho mayor de tropas aliadas y auxiliars, que diéron los Pueblos y los Reyes de las inmediaciones. Tácito hace mencion específica de veinte Cohortes aliadas, y ocho Regimientos de caballería, de los socorros que traxéron los Reyes Agrippa y Soemo, que acompañaban en persona à Tito,

Tacit. Hist.  
V. 1.

to, de los que envió Antiocho de Comagena, y de algunas partidas de Arabes, Nacion siempre enemiga de los Judíos, y codiciosa del saqueo. Un gran número de jóvenes de la Nobleza Romana fuéron tambien de Italia à distinguirse à la vista del hijo del Emperador. Su deseo era obsequiar à un jóven Príncipe, cuya reciente fortuna no habia tenido tiempo de hacerse amigos, y que daba las mas lisonjeras esperanzas à los primeros que mereciesen su favor; y ademas de esto el servicio era tan agradable como útil baxo las órdenes de Tito, cuya bondad, afable trato, y natural cortesanía, sin mezcla alguna de orgullo ni fausto, arrebatava todos los corazones. Animaba con su exemplo à los ejercicios militares que desempeñaba él con mucha gracia. Hacíase compañero del soldado en los trabajos, y en las marchas, sin que sus modales populares obscureciesen la autoridad suprema. Tiberio Alexandro, hombre de juicio, y de experiencia, Prefecto que habia sido de Egipto, y originario de la Judea, como diximos en otra parte, tenia (si hemos de dar crédito à las expresiones de Josepho) algun mando sobre todo el ejército. Como conocia perfectamente à los enemigos que eran sus compatriotas, se contempló que seria mas útil que otro alguno para contribuir con sus consejos à la victoria. Por igual razon Josepho, que siguió à Vespasiano à Alexandría, tuvo orden de volver con Tito à Judea, juzgándole como un instrumento que podia ser útil para atraer à los rebel-

Joseph. de  
B. Jud. VI.  
1. & VII. 9.

VESPASIANO

*Peligro en  
que se ve Ti-  
to.*

beldes con su exemplo, y sus palabras.

Luego que arrivó Tito à treinta estadios de Jerusalem, tomó seiscientos caballos escogidos y se avanzó, para reconocer por sí mismo las fortificaciones de la Plaza, y las disposiciones de sus habitantes. Tenia noticia de sus discordias, y sabia que el Pueblo deseaba la paz, pero que los facciosos le tenian en una especie de cautiverio, y no desesperaba de que con su presencia se excitaria alguna sedicion que pudiese darle la victoria sin sacar la espada. Esta idea, que le habia movido à tomar sobre sí una comision mas propria de un Oficial subalterno, que de un General, estuvo muy léjos de verificarse. Los Judíos, viéndole cerca, y enfrente de la torre Psefina, hicieron contra él una salida, dispersáron su tropa, y le pusieron en un peligro, de que solo escapó à fuerza de prodigios de valor, y segun reflexiona Josepho, por una especial proteccion de Dios. Retiróse à su ejército, y los Judíos entráron en la Ciudad muy ufanos de este feliz principio, que lisonjeó y fomentó su necia presuncion.

A la mañana siguiente se acercó Tito con su ejército à distancia de siete estadios, por la parte del Norte, hasta el parage llamado Scopos, como si dixeramos *Garita*, ò *Atalaya*, porque desde él se descubria plenamente la Ciudad y el Templo. Allí colocó dos Legiones, y la quinta detras, à tres estadios de distancia; y dió orden á la décima de acamparse en el monte Olivete, al Oriente de la Ciudad,

dad, y separado de ella por el valle de Cedron.

La proximidad del peligro obligó al fin à los sediciosos à reflexionar sobre el furor que los empeñaba en su mutua ruina. Reprehendiéronse à sí mismos una desavenencia con que tanto favorecian à sus enemigos, y tomando la resolucion de reunirse, hicieron de acuerdo una salida sobre la Legion décima que trabajaba entónces en sus líneas. Atravesáron el valle con presteza, y su invasion les fué tanto mas ventajosa, quanto era mas inesperada. Los Romanos se persuadian que los Judíos estaban consternados, y llenos de espanto, ò à lo ménos que sus discordias no les permitian concertarse para una empresa comun. Desordenóse pues, la Legion décima, cuya mayor parte habia dexado las armas para tomar los instrumentos necesarios à los trabajos, y corria peligro de quedar enteramente derrotada, si Tito, advertido con presteza de lo que pasaba, no hubiera acudido luego à su socorro con un cuerpo de tropa escogida. Hizo volver à los que huian, y atacando por el costado à los Judíos, despues de haber muerto à muchos, y herido à mayor número de ellos, los rechazó hasta el valle, desde donde ganáron la eminencia que estaba à la parte de la Ciudad, y allí se formáron, haciendo frente à los Romanos que ocupaban la altura opuesta. Creyó Tito haberse concluido el combate, y envió la Legion à continuar sus trabajos comenzados, cu-

VESPASIANO

---

*Salida vigorosa de los Judíos. Salva Tito dos veces en un dia à la Legion décima.*

briéndola no obstante con su tropa.

El movimiento que fué preciso hacer para executar esta orden, le tomaron los Judíos por una fuga, y partiendo al momento, diéron sobre los Romanos con tal furia, que Josepho la compara à la de las bestias mas feroces. La tropa de Tito no pudo resistir el choque, y se puso en fuga, quedando el Príncipe acompañado de muy pocos en lo mas fuerte del peligro. Sus amigos le aconsejaban que pusiera à salvo su persona; pero su valor no le permitió ni aun dar oídos à estos consejos, y no solo se mantuvo firme, sino que revolvió contra los enemigos con tanto brio, que se sorprendiéron, y cuidando únicamente los mas de ellos de evitar su encuentro, se derramáron por todas partes para perseguir á los fugitivos. Entretanto la Legion viendo arribar à sus enemigos victoriosos, se turbó de nuevo, y solo la vergüenza de abandonar à su Príncipe en tan grande peligro la impidió el dispersarse. Los Romanos se fuéron poco à poco recobrando del susto, y reuniendo sus fuerzas consiguieron de nuevo sobre los Judíos la ventaja que unas tropas bien disciplinadas deben tener sobre unos furiosos. Rechazáronlos hasta la Ciudad, y volviéron tranquilamente à fortificar su campo, teniendo Tito en este dia la honra de haber salvado dos veces à la Legion décima.

Jos. de B.  
Jud. VI. 4.  
et 7.

La union y la concordia eran cosas muy opuestas à la inclinacion de los sediciosos para que pudiesen durar largo tiempo, y entre-  
tan-



tanto que los Romanos ocupados en los preparativos del sitio dexaban gozar à la Ciudad de alguna tranquilidad en lo exterior, volvió la sedicion à encenderse en lo interior. Habiendo abierto los secuaces de Eleazaro las puertas del Templo para la celebridad de la Pascua, que cayó en este mismo tiempo, introduxo Juan entre las gentes del Pueblo, que entraban en gran número, algunos de los suyos, armados secretamente debaxo de sus vestidos. De este modo se introduxéron sin que los conociesen, y luego que estuviéron dentro manifestáron sus armas. La confusion fué horrible, y el Pueblo creyendo que iban à acometerle, y que la furia de los asesinos no haria distincion alguna, no tuvo otro recurso que el de estrecharse y amontonarse al rededor del Altar, y del lugar Santo. Los Zelotas, que sabian muy bien que todo esto se dirigia contra ellos, fuéron à ocultarse en unos subterráneos, con lo qual los partidarios de Juan no halláron la menor resistencia, y pasado el primer movimiento de tumulto y desórden, de que fuéron las víctimas los que ménos interes tenian en la discordia, quedáron por dueños del sitio. Satisfecho Juan de su conquista, dexó salir libremente al Pueblo, y exhortó à los Zelotas à unirse con él, reconociéndole por Xefe. Ellos se conformáron, y Eleazaro continuó con el mando de esta tropa, pero baxo las órdenes de Juan. Habiéndose reunido de este modo ámbos partidos, no quedáron en Jerusalem mas que dos,

---

*Reune Juan las tropas de Eleazaro con las suyas, y se hace dueño del Templo.*

VESPASIANO

---

el de Juan acantonado en el Templo, y el de Simon que dominaba en la Ciudad.

En el espacio que los separaba se habian formado un campo de batalla, quemando todos los edificios que ocupaban la parte de Acra mirada por el lado occidental del Templo. Juan tenia seis mil hombres suyos, y dos mil y quatrocientos Zelotas, que viniéron recientemente à fortificar su partido. Simon era mas fuerte en el número de sus gentes, que ascendia à quince mil hombres, de los quales, los diez mil eran Judíos, y los cinco mil Idumeos.

*Dispónese Tito para aproximarse à la Ciudad.*

Entretanto iba Tito disponiendo sus cosas para acercarse à la plaza, y comenzó allanando todo el terreno desde Escopos hasta los muros, en cuya obra hizo trabajar à todo el ejército, y solo apostó al frente un cuerpo de infantería, y caballería à fin de reprimir las salidas de los Judíos. Derribáronse las paredes, y cercas de los jardines y huertas, cortáronse los árboles, llenáronse los barrancos y valles, arrasáronse las alturas que se presentaban por diversas partes, y todo el terreno hasta la Ciudad quedó unido sin ninguna desigualdad, ni obstáculo que pudiera ser embarazoso.

*Jos. id. 15.  
Ardid empleado felizmente por los Judíos contra los Romanos.*

Entretanto que los Romanos adelantaban estos trabajos, los Judíos les armáron una zelada que no fué del todo inútil. Una partida de ellos salió de la Ciudad por el lado de Nor-oeste en frente de los trabajadores, fingiendo haber sido arrojados por los que de-

sea-

seaban la paz, y otros se dexáron ver en los muros, aparentando ser el Pueblo que tenía los brazos à los Romanos, pidiendo se les admitiese à composicion, y prometiendo abrir las puertas. Los que estaban al pié de los muros ya se esforzaban à volver à entrar en la Ciudad, ya se avanzaban algun tanto ácia los Romanos, y despues retrocedian como retenidos por el temor, y entretanto sus camaradas, con quienes procedian de concierto, arrojaban sobre ellos piedras, fingiendo querer alejarlos. Este artificio engañó à los soldados Romanos, pero no sorprendió à Tito, y acordándose que el dia ántes habian despreciado las proposiciones de paz que Josepho les hizo de su parte, dió orden de que nadie se moviese de su puesto; pero los que estaban à la frente de los trabajadores se anticipáron, y corriéron ácia la puerta que les ofrecian abrir. Al tiempo de acercarse, la tropa de Judíos que estaba fuera de los muros, se fué retirando para empeñarlos mas y mas, y quando los vió entre el espacio de las torres que defendian la puerta, se abrió ésta, y los atacáron por la espalda, de modo que los Romanos se halláron encerrados entre los muros, desde donde comenzáron à disparar sobre ellos, y entre un batallon espeso de enemigos que les cortaba la retirada por la parte del campo. Defendiéronse con valor; pero en una posicion tan poco ventajosa perdiéron mucha gente, y quando por fin consiguieron romper, y  
abrir-

VEASPASIANO

abrirse paso con la espada, los siguiéron los Judíos, que acompañaban su victoria con insultos amargos y picantes, tratando à los Romanos de simples y crédulos, moviendo sus broqueles, y danzando y saltando de alegría, como si fuesen bárbaros embriagados de su buena fortuna.

*Severidad de Tito que no pasa de amenazas.*

Tito se irritó de una desgracia, y afrenta, que era efecto de la desobediencia à sus órdenes. Reprehendió severamente à los culpados, amenazándoles de que los trataria con todo el rigor de las leyes como infractores de la disciplina; pero sin embargo, habiendo intercedido las Legiones à favor de sus camaradas, implorando por ellos la clemencia del Príncipe, se dexó aplacar, porque sabia, dice Josepho, que quando se trata del suplicio de un particular se puede llegar à la execucion; pero que, respecto de la multitud, es suficiente la amenaza. Consintió pues, en usar de indulgencia, contentándose con advertir à los que perdonaba que cuidasen de no volver à incurrir en el caso de necesitar nuevo perdon, y que en adelante fuesen mas dóciles y circunspectos.

*Distribucion de quarteles del ejército Romano.*

Habiéndose concluido en quatro dias la obra comenzada de aplanar y unir el terreno hasta la Ciudad, marchó Tito adelante para situarse mas cerca de los muros; pero como era preciso que el ejército, y sus bagages desfilasen delante de los enemigos, à fin de que este movimiento se executase sin peligro, ordenó frente de los muros entre el Septentrion,

trion, y Poniente lo mas selecto de sus tropas sobre siete de fondo, tres órdenes de infantería, tres de caballería, y una en medio de arqueros. De este modo se avanzó hasta doscientos y cinquenta pasos de la Ciudad, y estableció dos campos, el uno en donde se apostó él mismo en frente de la torre Psephina al ángulo Nor-oeste de Jerusalem, y el otro al mediodia frente de la torre Hippicos, situada entre Sion, y la Ciudad baxa. La Legion décima quedó acampada al Oriente en el monte Olivete.

Tratábase de exáminar por qué parte con- vendria atacar à la Ciudad. En los parages donde los torrentes la servian de fortificacio- nes naturales, no tenia mas que un muro, y despues de forzar à Sion, ò al Templo, se hu- biera hecho Tito dueño de la Ciudad; pero por la parte que era mas accesible, despues de asaltada la primera muralla, quedaba la se- gunda, y despues restaban todavía Sion, y el Templo, dos plazas que cada una necesitaba un sitio particular. Sin embargo, habiendo re- conocido Tito por sí mismo los parages, qui- so mas combatir contra las obras del arte, que contra la naturaleza, y se resolvió à di- rigir sus ataques ácia la parte septentrional de Jerusalem, pór donde era mas fácil el acercarse.

A este fin levantó tres caballetes, ò ter- razas frente de esta parte del muro, cortan- do todos los árboles de las inmediaciones pa- ra aprovecharlos en las obras. Sobre las ter-

ra-

Jos. de B.  
Jud. VI. 7.  
*Ataca Tito la  
parte Septen-  
trional de la  
Ciudad y fuer-  
za el prmer  
muro.*

razas puso sus baterias compuestas principalmente de catapultas, y ballestas que disparaban tiros y piedras muy gruesas. Estas máquinas no eran del todo despreciables como podrian imaginar los que solo conocen lo moderno. Sin hablar de las nubes de dardos que arrojaban à un tiempo, disparaban piedras del peso de sesenta libras, que alargaban à mas de doscientos y cincuenta pasos, y su efecto era terrible. Josepho refiere en la descripcion del sitio de Jotapata, que habiendo dado una de estas piedras en la cabeza de uno, arrojó los sesos mas de sesenta pasos distantes, y que habiendo recibido igual golpe en el vientre una muger embarazada, arrojó la criatura cerca de quatrocientos pasos de distancia. Es verdad que se podian evitar fácilmente estas piedras, porque su blancura las hacia observar quando venian, y los Judíos tenian una centinela que luego que la descubria gritaba: *la piedra viene*, à cuya señal los que estaban cerca se abrian para dexarla paso, ò se echaban à tierra boca abajo; pero los Romanos tomaron despues la precaucion de dar de negro à las piedras, de suerte que no era tan fácil verlas en el ayre, y hacian con mas seguridad el tiro, hiriendo ò matando de un golpe muchos hombres. Tito puso detras de las máquinas à los arqueros, y à los que lanzaban dardos à mano, y quando las obras estuviéron cercanas à la muralla para que pudieran batirla los arietes, se pusieron tres en accion.

Entónces solo fué quando Juan unió sus fuerzas con las de Simon para la defensa de la Ciudad , no habiendo sido hasta ahora el peligro tan urgente que le obligase á vencer sus desconfianzas. Habíase mantenido encerrado en el Templo , dexando á Simon , que estaba mas expuesto á los sitiadores , el cuidado de rechazarlos; pero luego que los arietes comenzáron á batir en brecha , quiso condescender á las instancias de sus partidarios , que impacientes y aterrados pedian à gritos que se depusieran y olvidaran los odios particulares , y se reuniesen todos contra el enemigo comun.

Los Judíos tenian algunas baterías para oponerse á las de los Romanos , porque en la derrota de Cestio se habian apoderado de muchas máquinas de guerra , y halláron tambien otras en la fortaleza Antonia ; pero eran para ellos quasi inútiles , porque ignoraban el arte de manejarlas , á excepcion de algunos mal instruidos por los desertores que hacian de ellas un uso muy poco diestro. Por lo general tenian muy poca capacidad para el arte de la guerra , y todo su recurso estrivaba en su audacia , que era extremada , de lo qual diéron pruebas en muchas salidas , en una de las cuales faltó poco para que quemasen las obras y máquinas de los Romanos.

Habian dexado pasar algunos dias sin emprender cosa alguna , á fin de adormecer á los sitiadores con una falsa seguridad , y con efecto , creyendo los Romanos que la fa-

VESPASIANOSuet. Tit.  
5. & Joseph.

tiga y el desaliento eran la causa de la inacción de los sitiados, no tenían aquel cuidado que ántes. De improviso hacen los Judíos una salida general por una puerta escusada, y como no se les esperaba, trastornáron todo quanto encontráron al paso, y penetráron hasta las líneas y obras de los Romanos. Ya comenzaban á incendiarlas quando acudió Tito con un buen cuerpo de caballería. Se asegura que con doce flechas que tiró este Príncipe mató á doce de los enemigos, y las tropas que se le juntáron animadas con el exemplo de su General, duplicáron sus esfuerzos, y rechazáron á los Judíos. Uno solo de ellos quedó prisionero, y Tito para aterrar á los demas mandó que le crucificáran de cara á los muros de la Ciudad; pero esta leccion no hizo ningun efecto, porque los Judíos estaban demasiado endurecidos para aprovecharse de ella.

No pensaban mas que en defenderse como desesperados, hasta que las torres levantadas por Tito triunfáron de su resistencia. Tenian cincuenta codos de altura, y colocadas sobre las terrazas que las servian de base, subian mucho mas, y sobrepujaban con exceso la elevacion de los muros. Los tiradores, y las máquinas con que estaban guarnecidas no dexaban á los Judíos la libertad de dexarse ver en los muros, y se defendian de sus ataques con el hierro de que estaban cubiertas de arriba á baxo. De este modo protegidos los arietes con las torres, no hallaban ningun obstáculo que los impidiese obrar, y la mura-



lla batida sin intermision, cedió en fin á los golpes, y abrió pasó á los sitiadores. Los Judíos podian defender la brecha; pero aflojando con la facilidad de retirarse detras del segundo muro, abandonáron el primero, del qual se apoderáron los Romanos despues de quince dias de ataque.\*

Viéndose Tito dueño de la parte septentrional de la Ciudad, transportó á ella su campo, y se apostó en frente de la segunda muralla, á una distancia que le pusiese á cubierto de los tiros. Los dos tiranos de Jerusalem partiéron entre sí la defensa. Juan, que desde la torre Antonia, y de la fachada septentrional del Templo veía á los enemigos, se encargó de impedir por aquella parte las operaciones de los sitiadores, mientras que Simon defendia el muro atacado, que comenzando en la torre Antonia, daba vuelta á la Ciudad baxa.

El segundo muro no detuvo á Tito tanto como el primero, y pudo ser dueño de él al quinto dia, si los miramientos que le inspiraba su bondad, no hubiesen retardado la victoria. Tenia abierta una brecha, por la qual entró

*Ataque del segundo muro.*

*Miramientos de Tito con los Judíos.*

Ll 2 con

\* El texto de Josepho dice, que el primer muro fué tomado el dia séptimo del mes Artemisio, que corresponde á nuestro mes de Mayo. Pero esta fecha no concuerda con algunas de las que seguirán, como lo advirtió Mr. de Tillemont en la Nota XXXIII, sobre la ruina de los Judíos. Como este género de discusiones no entran en el plan de mi obra, he suprimido la fecha de siete de Mayo, pero sin atreverme á adoptar la de veinte y ocho de Abril que substituye por conjetura Mr. de Tillemont.

con una tropa escogida que le acompañaba á todas partes, y mil soldados legionarios, de suerte que si hubiera ensanchado la brecha, y usado del derecho de la guerra en una plaza tomada por asalto, hubiera infaliblemente quedado en posesion de su conquista; pero queria conservar la Ciudad, y la sangre de sus habitantes. Por esta causa prohibió á sus soldados así el matar, como el incendiar las casas, esperando que una conducta tan generosa haria que los Judíos se avergonzasen de su obstinacion contra un vencedor tan clemente. En efecto, el Pueblo estaba dispuesto á recibirle como á su libertador; pero los sediciosos atribuyéron su humanidad à flaqueza, y se persuadiéron que Tito cubria con apariencia de moderacion la imposibilidad de apoderarse del resto de la Ciudad. Y así recobrándose del primer terror que les causó el ver forzada la muralla por los enemigos, imponen silencio al Pueblo, dan muerte á los que á gritos pedian la paz, y acometiendo à los Romanos en las calles, y desde lo alto de las casas, los obligáron á retroceder. Al mismo tiempo se destacáron algunos para arrojar de la brecha á los que la guardaban, de suerte que Tito se halló cortado, y necesitó de todo su valor y presencia de ánimo para facilitar-se una retirada honrosa, pero difícil, porque la brecha era demasiado angosta. Volvió no obstante á su campo, habiendo perdido la ventaja que ya tenia adquirida.

Los Judíos quedáron en extremo orgullosos

sos con este suceso, y su presuncion llegó hasta imaginarse que los Romanos no se atreverian mas á exponerse á penetrar en la Ciudad, y que si tenian la temeridad de intentarlo, serian siempre rechazados con la misma facilidad. Dios, dice Josepho, cegaba á estos infelices en castigo de sus crímenes, y no consideraban ni el poder de los Romanos, á quienes semejante choque no era capaz de abatir, ni el hambre que comenzaba ya á sentirse en Jerusalem.

No tardáron mucho en conocer quan necia era su confianza, pues sin embargo de los valerosos esfuerzos que hicieron para defender la abertura de la brecha que no les habia sido posible reparar, los Romanos la forzaron de nuevo al quarto dia, y apenas se vió Tito dueño del muro, hizo derribar toda la parte que miraba al Septentrion; y en la que dexó subsistir ácia el Occidente y Mediodia, guarneció todas las torres de soldados.

Despues de veinte y quatro dias de combates y fatigas, creyó Tito necesario dar algun descanso á sus soldados, y á sus enemigos tiempo para reflexionar sobre sus males presentes y futuros. Con este doble objeto determinó hacer ostencion de su ejército en la Ciudad misma, y á los ojos de los Judíos, con toda la pompa acostumbrada en iguales casos. Todas las tropas pasaron en revista para ir á recibir su paga, revestidas de armas brillantes de oro y plata; y los Caballeros llevaban del diestro sus caballos ricamente en-

*El segundo muro es forzado.*

Joseph. de B. Jud. VI.

*Hace Tito revista de su ejército en la Ciudad.*

jaezados: espectáculo mezclado de magnificencia y de temor; y segun la diversidad de intereses de los que lo miraban, agradable á los unos, y espantoso á los otros. Los Judíos para exâminarlo bordeaban todo el muro antiguo, y el costado del Templo que miraba á la Ciudad: las ventanas de las casas no eran suficientes á satisfacer la curiosidad, y los techos estaban llenos de un inmenso gentío. La admiracion y el temor los sorprehendian igualmente á la vista de un ejército tan numeroso y brillante, que desfilaba con tan buen órden. Los mismos sediciosos quedaron conmovidos, y Josepho piensa que habrian tomado el partido de rendirse, si la enormidad de sus maldades les hubiera permitido esperar el perdon, y si la idea de un suplicio inevitable no los hubiese determinado á preferir la muerte en un combate. Esta pompa guerrera duró quatro dias, y viendo Tito que los enemigos no trataban de rendirse, dispuso que el ejército continuára los trabajos del sitio,

*Preparase Tito á atacar á un tiempo la Ciudad alta, y la torre Antonia.*

Levantó nuevas baterías, proponiéndose atacar á un tiempo la Ciudad alta, y la torre Antonia, á cuyo fin dividió su ejército entre estos dos ataques, destinando á cada uno dos Legiones con las tropas auxiliares que debian acompañarlas, y á cada Legion mandó levantar una terraza. Estas obras se construian á vista de los enemigos, que no omitieron cosa alguna para estorbarlas, defendiendo cada qual de los Xefes el puesto de que estaba encar-

cargado, Juan el Templo, cuya seguridad dependia de la fortaleza Antonia, y Simon la Ciudad alta, y incomodaban mucho á los trabajadores, habiendo aprendido con el largo uso y frecuente exercicio á valerse de las máquinas de guerra que al principio del sitio les eran poco útiles.

Pero toda esta resistencia solo era capaz de retardar algo su ruina, que al fin habia de ser completa; y Tito, que miraba ya á Jerusalem como conquista suya, y que por esta razon se creia interesado en conservarla, hubiera querido ser deudor de la victoria á la sumision de los sitiados, y no á la fuerza de sus armas, y que el monumento de su gloria fuese una Ciudad floreciente, y no un monton de ruinas. Por esta causa intentó abrir los ojos á unos ciegos que se precipitaban á su perdicion, y encargó á Josepho, como mas apropósito para hacerse escuchar de ellos, que los exhortase á abrazar un consejo saludable.

Josepho, dando vuelta al muro, buscó un paraje desde donde pudiera ser oido sin exponerse mucho, y levantando la voz rogó con lágrimas á sus compatriotas que tuviesen piedad de sí mismos, y del Pueblo, y se apiadasen de su patria, y del Templo, y que á lo ménos mostrasen por unos objetos que debian serles tan preciosos, la misma sensibilidad de que les daban exemplo los extranjeros. " Los Romanos, añadió, respetan nuestro Santuario, aunque en él no tienen parte  
"al-

*Procura por medio de Josepho mover á sumision á los Judios.*

VESPASIANO

„alguna, y es propio de sus enemigos, y vo-  
 „sotros educados en el culto de este Templo,  
 „vosotros que si subsiste, quedareis únicos po-  
 „seedores de él, solo mostrais ardor para des-  
 „truirle. Qué esperanza teneis de resistir á un  
 „poder que ha subyugado todo el Universo,  
 „y al que vuestros padres, que eran mas  
 „fuertes que vosotros, se viéron obligados á  
 „someterse? Qué recurso podeis prometeros  
 „ahora, que la mayor parte de vuestra Ciudad  
 „está tomada, y que en la parte que os que-  
 „da sufris mayores males que los que pade-  
 „ce una plaza tomada por asalto? No igno-  
 „ran los Romanos que la hambre aflige al  
 „Pueblo, y que en breve se hará sentir de  
 „los soldados. Este es un enemigo á quien os  
 „es imposible vencer, y que basta él solo  
 „para domaros, aun quando los Romanos se  
 „mantuviesen en inaccion.” Tambien comba-  
 tió Josepho la pertinacia de los sitiados con  
 las amenazas de un rigor inexorable sino se  
 rendian, con la seguridad del perdon, y el  
 olvido de todo lo pasado, si querian finalmen-  
 te conocer su yerro; pero era imposible re-  
 ducir á unos ánimos tan obstinados, y la úni-  
 ca respuesta que le diéron fué burlarse unos,  
 insultarle otros, y aun algunos procuráron  
 herirle.

No por esto desmayó Josepho de su in-  
 tento, y insistió en probarles por la deduc-  
 cion de los hechos de toda su Historia, que  
 Dios habia sido siempre el único protector de  
 su Nacion en todos los peligros que habia cor-  
 ri-

rido, y en todas las calamidades que habia padecido; y que era visible que este mismo Dios los entregaba à los Romanos en castigo de sus crímenes. "Vosotros, les dixo, confiais en el Templo mismo que profanais. Pero Dios le ha abandonado, y se ha pasado à la parte de vuestros enemigos. Cómo pues, continuará en habitar con vosotros? Un hombre virtuoso huiria de su casa si estuviese manchada con algun crimen; y vosotros pensais que Dios querrá habitar en un lugar convertido por vosotros en cueba de los mas horribles latrocinios?"

Josepho concluyó su discurso con ponerles à la vista los mismos motivos de que se habia valido al principio. "Corazones de bronce, les dixo, avergonzaos pues, del estado à que vuestros furors han reducido vuestra patria. Y qué patria! Considerad su hermosura, y su magnificencia! y qué Ciudad! qué ofrendas tan ricas traídas por todos los pueblos, y todos los Reyes del Universo! Ved aquí lo que vais à destruir, lo que quereis que se entregue à las llamas! Y à lo ménos no os enternece la suerte de vuestras familias, de vuestras mugeres, y de vuestros hijos, que no pueden evitar el pe-  
recer, ò por el hambre, ò por la guerra? No creais que me anima mi interes particular en las exhortaciones que hoy os hago. Bien sé que todo quanto tengo mas digno de amor en el mundo está encerrado con vosotros, mi madre, mi esposa, y todos mis

VESPASIANO

»parientes ; pero pronto estoy à sacrificarlo  
 »todo por la salud de mi patria. Dichoso yo  
 »si con su muerte y la mia pudiese comprar  
 »vuestro arrepentimiento!»

*Pertinacia de  
 los sediciosos.*

Estos discursos tan tiernos , y estas re-  
 convenciones tan vivas no hicieron ninguna  
 impresion sobre los sediciosos ; pero sí en el  
 pueblo , y muchos se determinaron à aban-  
 donar la Ciudad. Vendian sus posesiones à  
 vil precio , y tragándose el oro que habian ad-  
 quirido con estas ventas , huian al campo de  
 Tito , que les permitia pasar adelante , y ir  
 à establecerse tranquilamente en el parage  
 que mas les conviniese. En este partido ha-  
 llaban todo género de conveniencias , pues se  
 libertaban à un mismo tiempo de la opresion  
 de sus crueles tiranos , y de las miserias de  
 la hambre.

*Hambre hor-  
 rible agrava-  
 da por las  
 crueldades de  
 los sediciosos.*

Esta era extrema en Jerusalem : no se en-  
 contraba trigo ni pan , y lo poco que habia  
 quedado escondido en rincones oscuros , se  
 vendia al peso de oro. Un mal por sí mismo  
 tan terrible , era agravado mucho mas por el  
 furor de los sediciosos , que viviendo ellos mis-  
 mos en la abundancia , arrebataban al pueblo  
 para hacer almacenes , ò conservar sus provi-  
 siones , una subsistencia necesaria. Entraban por  
 fuerza en las casas , hacian las pesquisas mas  
 rigurosas , si hallaban víveres ocultos , maltra-  
 ban à los dueños como reos de mentira y de  
 fraude ; si no los encontraban , los atormenta-  
 ban para obligarlos à descubrir sus reservas ,  
 y la señal para distinguir los que tenian con  
 que



que mantenerse, y los que no tenían, era el aspecto de sus semblantes, el que conservaba alguna apariencia de salud, se hacía sospechoso à los tiranos, y les hacía reiterar sus diligencias, y estas odiosas é insoportables vexaciones obligaban à los infelices que tenían algun mantenimiento à esconderse para comerle, como si fuese para cometer algun crimen. Los mas pobres comían muchas veces el grano crudo, los demas le hacían cocer à toda priesa en medio de los mayores sobresaltos, y sin otro aderezo sacaban à medio cocer los panes del fuego, y los devoraban. Muchos que no podían adquirir ni trigo, ni cevada, salían por la noche de la Ciudad à coger legumbres silvestres, ò yervas: algunos caían en manos de los enemigos; y otros que escapaban de los Romanos, eran à su vuelta presos por sus propios soldados, que les arrebataban el triste fruto de su trabajo. En vano estos infelices conjuraban con lágrimas, invocando el tremendo nombre de Dios, para que sus ladrones les dexasen parte de lo que les había costado tantos peligros; pero nada conseguían, y podían tenerse por dichosos si no los despojaban de la vida.

Tales eran las crueldades que cometían los sediciosos con el pueblo. Los ricos, y los grandes falsamente acusados, ò de inteligencia con los Romanos para entregarles la Ciudad, ò de haber intentado pasarse à su campo, eran condenados à muerte, ò à lo ménos à confiscaciones, y multas; y los dos tiranos

VESPASIANO

---



---

VIXX. M. M.

M. M. M.

.Q. IIIX

Hace veinte

cinco años

que vivo

en esta

ciudad

de Roma

el día

de hoy

del año

de mil

setecientos

setenta

y cinco

del mes

de mayo

del año

de mil

setecientos

setenta

y cinco

del mes

de mayo

del año

de mil

setecientos

setenta

VESPASIANO

Mat. XXIV.  
21. et Marc.  
XIII. 19.

à quienes la ambicion del mando hacia enemigos, se concordaban perfectamente para vaxar à los ciudadanos, enviándoselos el uno al otro, y dividiendo entre sí los despojos.

De este modo se cumplía la profecía de Jesu-Christo, que anunció à Jerusalem una tribulacion que excederia todo lo que se habia visto, ni veria ántes, ni despues en el mundo. Josepho emplea literalmente las mismas expresiones para comprehender baxo una idea general lo que ántes habia dicho por extenso acerca de las calamidades de Jerusalem, y añade, que los autores de estas miserias eran de la raza mas perversa que jamas se habia visto entre los hombres.

*Hace crucificar Tito à los prisioneros Judíos para intimidar à sus compatriotas.*

Hubiera no obstante faltado alguna circunstancia à la desgracia de los Judíos, si hubiesen hallado siempre acogida en los Romanos, y si la clemencia de sus enemigos hubiera continuado en consolarlos de lo que sufrían de parte de sus tiranos. Informado Tito de que un gran número de ellos salía fuera de los muros à recoger un infeliz sustento, apostó tropas en una emboscada para hacerlos prisioneros, y con el fin de abatir la fiereza indómita de los sitiados, que fatigaban mucho à sus trabajadores, creyó debia hacer un exemplar de rigor sobre sus compatriotas que caian en sus manos, y mandó que los crucificáran à la vista de la Ciudad. El número de estos infelices era muy grande, porque se prendian hasta quinientos cada noche, de suerte que en breve faltó tierra para poner las

las cruces para los prisioneros.

Pero los sediciosos estaban tan distantes de dexarse conmovir, que se aprovechaban de este terrible espectáculo para irritar al pueblo contra los Romanos, haciéndole creer con engaño que los crucificados eran los que habían ido à implorar su clemencia, y no prisioneros; y conduciendo por fuerza à las murallas los parientes y amigos de aquellas tristes víctimas: "Mirad, les decian, como tra-  
»tan los Romanos à los rendidos, ved ahí lo  
»que debéis esperar, si quereis buscar asilo  
»entre ellos." Este artificio produjo su efecto en muchos, impidiéndoles la desercion; y por el contrario, fué para otros un estímulo de entregarse à los Romanos, prefiriendo la muerte y el suplicio à los horrores del hambre que los consumia lentamente.

Informado Tito de este error, intentó disiparle, y habiendo hecho cortar las manos à algunos de los prisioneros, los envió à la Ciudad à fin de que instruyesen à sus compatriotas de la verdad de los hechos; y al mismo tiempo instaba de nuevo y amonestaba à los Xefes de los dos partidos que no esperasen al último extremo, ofreciéndoles la vida salva, y la conservacion de la Ciudad y del Templo; y para apoyar sus exhortaciones con el terror, reconocia sus obras, y estrechaba à sus trabajadores à que las concluyesen prontamente. Todas estas tentativas no produxéron otro fruto que el aumentar la insolencia de aquellos furiosos, à quienes queria conservar.

*Nuevas tentativas de Tito para vencer la pertinacia de los sitiados.*

Des-

VESPASIANO

Desatáronse en invectivas injuriosas contra Tito, y contra el Emperador su padre; y por lo respectivo à ellos mismos gritaban que la muerte no les causaba espanto. "Ya estamos resueltos, decian, à preferirla à una vergonzosa servidumbre. Miéntras tengamos un soplo de aliento haremos à los Romanos todo el mal que podamos. Qué nos importa la patria puesto que hemos de perecer? El Templo de Dios es el mundo entero; el edificio que defendemos le salvará el Señor à quien pertenece. Contamos con su auxilio, y nos reimos de todas las amenazas destituidas de realidad, porque el éxito está en manos de Dios."

*Temeridad de Epifanes castigada.*

Este furor era ciego; pero formaba unos combatientes que no era fácil vencerlos, como lo experimentó Epifanes hijo de Antiocho de Comagena. Llegó al ejército de Tito en el tiempo de que hablamos con un cuerpo de tropa selecta y lúcida, compuesta de hombres de hermoso semblante, y de alta estatura, en la flor de su edad, y armados à la Macedonia, por lo qual los llamaban los Macedonios. Este jóven Príncipe, cuyo valor declinaba en temeridad, manifestó admiracion de que los Romanos al parecer no se atrevian à acercarse à las murallas. "Pues bien, le dixo Tito sonriéndose, el campo es libre, y podeis ir à probar fortuna." Al punto marchó Epifanes con sus Macedonios, y se avanzó hasta el pié de la muralla, y fué tan bien recibido por los Judíos, que conoció que era pru-

prudente la reserva de los Romanos. Habiéndose empeñado su gente en hacer pié firme, y no retroceder para sostener su promesa, fué cubierta de una nube de tiros y piedras que disparaban los sitiados, y volvió al campo con solo un corto número, de los quales los más estaban heridos.

Entretanto las terrazas de los Romanos se hallaron concluidas el veinte y nueve del mes Artemisio, que corresponde à nuestro Mayo, à los diez y siete dias de trabajo. Dos de estas se dirigian contra la torre Antonia, y dos contra la Ciudad alta; pero de nada sirviéron à los sitiadores, y por el contrario fuéron materia de triunfo para los Judíos.

Juan que defendia la Ciudad alta, minó por debaxo de las dos que le amenazaban, distantes una de otra veinte codos, sosteniendo la tierra con tablas, y puntales. Luego que la mina, que era muy ancha, estuvo concluida, la llenó de una gran porción de leña bañada de pez y betun, y la dió fuego. Los Romanos no habian precauído este peligro, y nada advirtiéron hasta que consumidos los puntales se abrió de improviso la tierra, y las terrazas se hundiéron con grande estrépito en el hueco inmenso que se formó. Esta ruina excitó al principio una nube de polvo mezclado con un humo muy espeso; pero en breve venció el fuego todos los obstáculos, y la llama se levantó por los ayres. Los Romanos, tristes espectadores de la destruccion instantánea de su trabajo de

*Queman y destruyen los Judíos las obras de los Romanos.*

muchos días, quedáron consternados, no pudiendo poner ningun remedio à un mal tan pronto como imprevisto.

No tuviéron mejor suerte las otras dos terrazas levantadas contra la fortaleza Antonia. Ya los Romanos habian colocado sus arietes, y comenzaban à batir la muralla, quando Simon hizo sobre ellos una terrible salida. Sus tropas eran excelentes, y supo inspirarlas tal respeto à su persona, dice Josepho, que ninguno de los que le obedecian hubiera reusado darse la muerte á sí mismo à la menor órden suya. Tres de los Oficiales mas valerosos, acompañados de soldados no ménos intrépidos, saliéron armados con antorchas encendidas. Nada puede compararse à su audacia. Avanzan sobre el enemigo como si solo tratáran de ir à unirse con una tropa de amigos, y sin dar la menor señal de temor, sin titubear, ni detenerse un punto, penetráron hasta las máquinas, y à pesar de los tiros que volaban sobre ellos de todas partes, y á pesar de las espadas que los rodeaban, no retrocediéron un paso hasta que las pusieron fuego. Luego que las llamas comenzaron à elevarse, corriéron los Romanos desde su campo à defender sus máquinas, y al mismo tiempo saliéron nuevas tropas de la Ciudad con igual ardor que las primeras para impedir el socorro. La pelea fué de las mas vivas: los unos se esforzaban à sacar del fuego sus arietes, y galerías; y los otros los retenian con esfuerzos contrarios. Entretanto iba

Jos. de B.  
Jud. VI. 8.  
et 11.

iba propagándose el fuego, y se comunicaba á las terrazas, de suerte que los Romanos cercados de llamas, y perdiendo la esperanza de salvar, no solo sus máquinas, sino tambien sus obras, comenzaban à retirarse ácia su campo. Los Judíos animados con el buen éxito de su empresa, los persiguieron, y aumentándose su número á cada paso, llegaron hasta las trincheras de los Romanos, y atacaron las guardias de las puertas. La severidad de la disciplina fué en esta ocasion la que salvó el campo Romano, porque sabiendo los soldados que estaban de guardia que les iba la vida en abandonar su puesto, se mantuyéron firmes: su exemplo reanimó á otros muchos que iban huyendo, y recobrándose todos, halláron los Judíos una resistencia que los detuvo. Obstináronse en vencerla, combatiendo como desesperados, ò mas bien como bestias feroces, que poseidas de un furor ciego, se arrojaban en medio de las lanzas y espadas. Finalmente Tito que habia ido ácia la torre Antonia, instruido de lo que pasaba, vino al socorro de los suyos. Su presencia y sus exhortaciones les hicieron recobrar la superioridad, y los Judios fueron obligados á retirarse á la Ciudad; pero con la ventaja de haber arruinado los trabajos, y baterías de los enemigos, y trastornado enteramente sus proyectos.

Hallándose Tito muy confuso, juntó consejo para deliberar sobre las medidas que convendria tomar á fin de continuar el sitio. Di-

*Rodea Tito  
la Ciudad de  
un muro.*

VESPASIANO

vidiéronse los dictámenes : unos querian que sobre la marcha, y sin mas preparacion se diese un asalto general. "Hasta ahora, decian, »nuestro ejército solo ha combatido por partes. Pero quando los Judíos vean nuestras »fuerzas reunidas, no podrán sostener los »primeros ataques, y quedarán sepultados en »la multitud de nuestros tiros." Otros mas cautos y circunspectos se oponian á un dictámen tan arriesgado, y que visiblemente no podia verificarse. Pero aunque convenian en lo que debia desecharse, discordaban sobre el partido que seria conveniente tomar. Unos opinaban que se construyesen nuevas terrazas : inclinábanse otros á convertir el sitio en bloqueo, y atacar la Ciudad solo con la hambre sin exponerse á ningun combate. "La desesperacion, decian, es invencible, y es una »temeridad y locura pelear contra unos furiosos, para quienes el morir en combate es »una suerte apetecible, pues por este medio »evitan una muerte mas cruel."

No aprobó Tito ninguno de estos dictámenes, el primero solo podia agradar á hombres inconsiderados. La construccion de nuevas terrazas sufría mil dificultades, porque ya faltaba madera en el pais, y el contentarse con bloquear la Ciudad era dilatar en extremo el fin de la guerra. El jóven Príncipe, si creemos á Tácito, deseaba con ansia volver á Roma, donde le esperaban la grandeza, la opulencia y los placeres, y todo lo que retardaba su posesion se le hacia intole-

Tacit. Hist.  
V. II.



rable. Suponiendo que Tito pensase de este modo, no lo manifestó en sus palabras, pues solo hizo presente: "Que no era honroso permanecer en total inacción con un ejército tan lucido: que por otra parte el largo tiempo que requería un bloqueo, disminuía tanto más la gloria de su conquista, quanto esta dependía en gran parte de la celeridad: que era preciso sacar ventaja del hambre que atormentaba á los sitiados, estrechando de tal modo la Ciudad, que nada pudiese entrar, ni salir de ella, y no interrumpir los ataques, á fin de que la fuerza de las armas, y la necesidad insuperable del hambre concurriesen á reducir á los Judíos á una pronta sumisión. Que su designio era cercar toda la Ciudad con un muro á fin de quitar absolutamente á los sitiados la esperanza de escapar: que la empresa podía parecer difícil y trabajosa; pero que solo debía acobardar á los que ignoran que no pueden hacerse grandes cosas sino con grandes trabajos."

Todos se conformaron con este dictamen, y el ejército á quien se distribuyeron las diferentes partes de la obra, la emprendió con ardor, y una emulacion increíbles. Apenas puede concebirse como en solo el término de tres dias pudo levantarse un muro de treinta y nueve estadios, ó cinco millas de circunferencia, flanqueado por de fuera con trece fuertes ó castillos, cuyas murallas unidas unas á otras hubieran compuesto un circuito de diez estadios. La guardia se hacia al rede-

VESPASIANO

---

*Hambre horrible en la Ciudad.*

dor de estos muros con una perfecta exáctitud, y Tito tomó á su cargo la ronda de la primera vigilia de cada noche.

Estando cortada toda salida á los sitiados, el hambre, y las espantosas miserias que la acompañan, tomaron nuevo aumento en la Ciudad, y Josepho hace de ella una descripcion lamentable. Los texados (que en todo el Oriente son llanos como saben todos) estaban, dice este Historiador, cubiertos de madres espirando con sus hijos á los pechos, y las calles sembradas de viejos, que habian caido muertos. Los mozos á quienes la edad daba mayor esfuerzo, resistian algo mas, y se dexaban ver en las plazas, pero mas parecian espectros que hombres, y á cada paso se caian de flaqueza y extenuacion. En medio de tan horribles males reynaba en la Ciudad un triste silencio: no se oian gemidos, ni quejas, porque el hambre sofocaba todos los demas sentimientos. La suerte de los que morian primero parecia envidiable á unos infelices, que solo sobrevivian para padecer, y que miraban la muerte como un reposo y consuelo. Atormentados muchos por su desesperacion pedian como gracia á sus soldados que los matasen; pero estos bárbaros, que á veces tenian la inhumana diversion de acabar á los moribundos, negaban su funesto auxilio á los que le imploraban para librarse de la vida. El orgullo de estos malvados dichosos y triunfantes, colmaba la medida del dolor de los que perecian, y al

tiem-

tiempo de espitar fijaban los ojos en el Templo para pedir justicia al Soberano Señor que en él era adorado. Los cadáveres hubieran quedado insepultos, si este cuidado quedase al cargo de sus parientes, que ni estaban, ni podían estar ocupados en otra cosa que en lo que ellos mismos padecían. Pero como no obstante era preciso libertarse de unos objetos tan tristes y odiosos, los tiranos asalariaron á los principios á costa del Tesoro público, gentes que hicieran este ministerio; pero habiéndose cansado en breve de este gasto, mandaron arrojar los muertos á los precipicios que rodeaban la Ciudad. Tito visitando los parages exteriores de la plaza vió estos montones de cadáveres que se podían, y estremecido á vista de un espectáculo tan horroroso, levantó las manos al Cielo, poniendo á Dios por testigo de que él no era causa de estos males.

Entretanto comenzaba ya el hambre á sentirse aun entre los mismos sediciosos, y esta se les hacía mas intolerable, y cruel por la comparación con la abundancia que gozaban los Romanos, los cuales hacían ostentación de ella á su vista, poniendo delante de las murallas mesas abundantemente servidas. La audacia de estos furiosos domada por la grandeza del mal, se iba amortiguando en presencia del enemigo; pero la rabia contra sus compatriotas que no podían resistirles, se encendía y crecía mas y mas.

No perdonó Simon ni aun al mismo á quien

VESPASIANO

*Nuevas crueldades de Simon.*

quien era deudor de su entrada en la Ciudad. El Pontífice Matias fué por él condenado á muerte con pretexto de que tenia inteligencia con los Romanos, y la misma pena sufrieron tres de sus hijos, habiéndose pasado el quarto al campo de Tito. Este venerable viejo fué aplicado á una cruel tortura para obligarle á confesar su imaginado crimen, y quando llegó el momento de la execucion, pidió Matias por gracia que le quitasen la vida ántes que á sus hijos, pero el tirano tuvo la barbarie de negárselo, reservándole para el último. Añadiendo el insulto á la crueldad, eligió para lugar del suplicio un parage desde donde se descubria el campo de los Romanos, á fin de que al tiempo de perecer tuvieran estos infelices á la vista el asilo que los hubiera salvado, y despues de su muerte mandó arrojar sus cadáveres, dexándolos sin sepultura.

Trató con la misma inhumanidad á otros diez y siete ciudadanos de los mas distinguidos, y se contentó con encerrar en una prision \* á la madre de Josepho, guardándola verosimilmente como en rehenes. Temeroso de alguna traicion, prohibió á los habitantes el juntarse, y aun el conversar entre sí, y si se en-

\* El padre de Josepho es nombrado en el Texto; pero como no se hace mencion de él en ninguna otra parte durante el sitio, y por el contrario la madre de Josepho se halla citada ántes y despues de este pasage: he seguido la correccion de Mr. de Antilli, y de Mr. de Tillemont.

encontraban algunos comunicándose mutuamente sus males, eran asesinados inmediatamente sin otra formalidad.

No carecian de fundamento sus temores, porque uno de sus mismos satelites cansado de su tiranía, y sobre todo consternado del peligro de una muerte inevitable, intentó entregar á los Romanos una torre, cuya custodia estaba á su cargo. Habia ganado á diez soldados suyos, y llamaba ya á los Romanos desde lo alto de la torre; pero estos no se diéron priesa, desconfiando de unas ofertas, que otras muchas veces habian sido falsas. Entretanto que perdian el tiempo, tuvo Simon noticia de la traicion, acudió al momento, apoderóse del Capitan, y cómplices, y y los mandó degollar, y arrojar sus cuerpos al foso á vista de los enemigos.

En estas circunstancias no dexaba Josepho de exhortar á sus compatriotas á reconocerse, y habiéndose acercado demasiado al muro, recibió en la cabeza una pedrada que le hizo caer en tierra sin sentido. Los sediciosos llenos de odio contra él, saliéron prontamente para llevársele dentro de la Ciudad, y no faltó mucho para que lo consiguieran; pero Tito envió un socorro que lo sacó de sus manos. El golpe de Josepho fué tan violento que no dió señal de vida en todo el tiempo que duró el combate muy reñido que hubo al rededor de él, de suerte que corrió en Jerusalem la noticia de su muerte. Esto fué un nuevo motivo de desfallecimiento para

VEASPASIANO

*Acercase Josepho al muro para exhortar á sus compatriotas, y queda herido.*

ra los del Pueblo, que no tenían otro consuelo que el de huir al campo de los Romanos, ni otra protección mas poderosa, ni segura para con ellos que Josepho. Su madre, que entónces se hallaba detenida en la prision, quedó consternada con esta falsa noticia, que tuvieron cuidado de no ocultársela; y aunque afectó constancia delante de los carceleros, á quienes dixo que ya habia tres años que habia perdido á su hijo, pues desde el sitio de Jotapata estaba muerto para ella; no obstante quando estaba á solas con sus criadas, se lamentaba amargamente de no poder hacer los últimos obsequios á aquel de quien esperaba recibirlos. No fué de mucha duracion su dolor, ni el triunfo de los sediciosos, porque habiendo sanado en breve Josepho de su herida, se puso en estado de dexarse ver, y amenazando á los obstinados con una pronta venganza, continuó en exhortar al Pueblo á confiar en la clemencia de los Romanos. Creyéronle, y las deserciones se renováron, pero la ira celeste perseguia por todas partes á este Pueblo delinqüente, y los transfugas hallaban su perdicion donde buscaban su seguridad.

*Suerte espantosa de los transfugas.*

La mudanza de su situacion, y la abundancia que sucedia á una hambre horrorosa, causó la muerte á muchos, porque cargando sus estómagos con ansia y sin precaucion, como hacia muchos tiempos que estaban acostumbrados á una comida muy escasa, no podian digerir los nuevos manjares; pero los que por una prudente conducta evi-

ta-

taban este peligro, viniéron á caer en otro mucho mayor. Ya diximos que la mayor parte de los Judíos que desertaban de la Ciudad, se tragaban el oro ántes de partir, y le recogian despues quando la naturaleza se desocupaba. Uno de ellos que buscaba de esta suerte su tesoro, fué observado por un Siro del ejército de Tito, y inmediatamente corrió por todo el campo la noticia de que los Judíos llegaban todos con el vientre lleno de oro. La codicia de los Arabes especialmente se avivó tanto con esta esperanza, que tuvieron la barbarie de abrir el vientre á los transfugas para buscar en sus entrañas las riquezas que suponian ocultar en ellas; y algunos de los Romanos pervertidos con el mal exemplo, cometieron igual crueldad. El número de los infelices que viniéron á ser sus víctimas fué muy grande, y se contáron hasta dos mil en una sola noche.

Informado Tito de estos horrores que deshonraban la humanidad y el nombre Romano, se avergonzó, y irritó en extremo. Su primer impulso fué el de juntar á los culpados, cercarlos con un cuerpo de caballería, y hacerlos asaetear; pero ellos eran en tan gran número, que el Príncipe se creyó obligado á contentarse con prohibir pena de muerte semejantes excesos. La codicia, mas fuerte que el temor del suplicio, inutilizó las prohibiciones de Tito, y incitó á los soldados no á suspender sus criminales violencias, sino á ocultarlas mejor. Salian al encuentro de los transfugas,

VESPASIANO

Joseph. de  
B. Jud. id.  
15.

*Miseria del  
Pueblo de Je-  
rusalen. Nú-  
mero prodigi-  
oso de los  
muertos.*

y ántes que pudieran observarlos desde el campo, los degollaban para abrirles el vientre. Dios, dice Josepho, habia condenado á los que la clemencia de Tito queria reservar, y convertia en lazos contra ellos todos los medios que podian salvar sus vidas.

Hallábase pues, el Pueblo de Jerusalem entre dos extremos igualmente crueles, porque el salir de la Ciudad era perderse, y en ella era imposible subsistir. Cada medida de trigo costaba un talento, y la necesidad forzaba á los hambrientos á escarbar en las cloacas y estercoleros, para llevar á la boca cosas que en otro tiempo hubieran mirado con horror. Un mantenimiento tan hediondo era tan funesto como el hambre, y uno y otro mataban infinita gente. Un tal Manneo, á quien estaba encargada la custodia de una de las puertas de la Ciudad, habiéndose pasado al campo de los Romanos, aseguró á Tito que desde el dia catorce del mes Jantico, época del principio del sitio, hasta el primero del mes Panemo, esto es, desde Abril á Julio, habian salido por la puerta confiada á su cuidado ciento quince mil ochocientos y ochenta cadáveres. Segun relacion de otros transfugas ilustres entre los Judíos, el número de los muertos que habian sacado por todas las puertas ascendia á seiscientos mil. Aunque la sepultura que se les daba consistia en arrojarlos á los barrancos que rodeaban los muros, no bastaban para esta operacion los encargados de ella, y los cuerpos quedaban es-

par-



parcidos en las calles , ó los amontonaban en las casas vacías, que cerraban despues para que nadie pudiera entrar.

Los tiranos, autores de la miseria pública, no podian ya librarse de ella enteramente, como ántes diximos. No habian hecho provisiones algunas, y ya no encontraban que robar en un Pueblo que perecia por el hambre. El oro de los vasos sagrados que Juan, dueño del Templo, hizo fundir, era débil recurso en una Ciudad donde no habia víveres que comprar. En defecto de esto se aprovechaba de las carnes de las víctimas que aun se continuaban ofreciendo, y convirtió en uso propio, y de sus satelites el vino y aceyte destinados á las libaciones y sacrificios, sin que le espantasen estas rapiñas sacrílegas de que se burlaba, diciendo que para defensa del culto Divino se podian valer de lo que estaba consagrado á este culto; y que los que defendian el Templo tenian derecho á vivir del Templo. A pesar de las extremidades de un estado tan violento, los sediciosos persistian en su obstinacion, y no querian que se les hablase de rendirse, y en defecto de la esperanza de vencer, los animaba la desesperacion de que no serian perdonados.

Ademas de los motivos que ya tenia Tito para reducir con la fuerza su desesperado orgullo, la vista de las calamidades que sufrían los habitantes de Jerusalem le llenaba de compasion, y queria, apresurando la toma de la Ciudad, y la destruccion de los tiranos, sal-

VESPASIANO

---

*Rapiñas sacrílegas de Juan.*

*Levanta Tito nuevas terrazas.*

VESPASIANO

---

var á lo ménos las reliquias de un Pueblo desgraciado. Determinóse pues , á levantar de nuevo las terrazas , aunque era preciso ir á buscar la madera á distancia de noventa estadios del campo , porque en todas las cercanías no habia ya un árbol. Construyó quatro como la primera vez , pero mayores , y todas dirigidas contra la fortaleza Antonia.

Joseph.  
VII. I.

*Toma de la  
torre Antonia.*

Los Judíos no tenían ya el mismo ardor que en los principios del sitio , y dexáron trabajar á los Romanos sin incomodarlos con salidas , hasta que concluidas las terrazas , viendo Juan la grandeza del peligro , intentó incendiarlas ántes que se pusieran en ellas las baterías. Saliéron pues , los Judíos con antorchas encendidas , pero su ataque fué floxo , y por el contrario vigorosa la defensa de parte de los Romanos , á proporcion de la flaqueza que advertian en sus enemigos ; y así los Judíos , despues de algunos vanos esfuerzos volviéron á la Ciudad , reprehendiéndose mutuamente su cobardía.

Inmediatamente colocáron los Romanos los arietes sobre las terrazas , y á pesar de las piedras y tiros de toda especie que lanzaban sobre ellos los sitiados , comenzáron á batir las murallas. Estaban construidas con mucha solidez , y pareciendo que los arietes hacian poco efecto , y que se embotaban y rompian , cierto número de soldados Romanos , cubiertos con sus broqueles en forma de tortuga , fuéron á minar el muro , y á fuerza de brazos y palancas lograron desprender quatro pie-

piedras del cimiento , y no hicieron mas porque la noche les interrumpió la obra.

Aunque la muralla no habia cedido á los golpes del ariete , estaba ya conmovida : las quatro piedras sacadas del cimiento lo habian debilitado ; y finalmente faltó el suelo en la parte de la mina que habia abierto Juan para atacar y destruir las terrazas anteriores, de suerte que durante la noche cayó por sí mismo un gran lienzo de la muralla , y dexó una brecha muy espaciosa.

En el primer movimiento los Romanos se creyeron victoriosos ; pero al tiempo de examinar la brecha , quedaron bien sorprendidos al ver por la parte de adentro otro muro que Juan habia tenido la precaucion de construir de antemano , y los cortó de improviso. Josepho no nos da aquí una grande idea del valor de las tropas de Tito , pues observa que el ataque se habia hecho mas facil : que las ruinas del primer muro podian servir como de escalas para subir á la brecha : que el nuevo muro era mucho ménos fuerte que el antiguo , y por estar recién fabricado , y de prisa era ménos capaz de resistencia. Sin embargo, ningun soldado Romano queria intentar el asalto , temiendo todos el peligro , que realmente era muy grande para los primeros que subiesen. En vano Tito con una exhortacion de las mas vivas , solicitó animar á sus soldados , y persuadirles que su gloria se interesaba en concluir una victoria tan adelantada. Escucháronle con tibieza , y rehusaron marchar;

char ; pero uno solo , de Nacion Siro , que en un cuerpo pequeño y contrahecho tenia un alma heroyca , levantó su voz , y dirigiendo la palabra á Tito : “ Yo me ofrezco , le dixo , ” á subir el primero á la brecha : deseo que ” vuestra fortuna anime mi valor ; mas si la ” suerte engaña mis deseos , sabed que no en- ” gañará mi esperanza , y que de caso pensa- ” do me precipito á la muerte.” Al concluir estas palabras , Sabino , que así se llamaba el soldado , se avanza á la brecha , cubriéndose la cabeza con su escudo , y llevando la espada desnuda. Siguiéronle once camaradas inflamados por su exemplo , y doce soldados , sin otro Xefe que su propio ardor , fuéron en medio del dia á montar una brecha bordada de enemigos , y de máquinas de guerra.

Confieso que en una empresa tan mal concertada no se advierte la prudencia de la disciplina Romana , y es preciso decir que el Historiador pintó los objetos segun su imaginacion , sin sujetarse á la exâcta verdad , ó que Tito permitió á sus soldados una licencia que mas se parece á un ímpetu de bárbaros , que al valor guiado por la obediencia.

Pero sea lo que fuere , la temeridad tuvo el éxito que merecia. Ganó Sabino lo alto de la brecha ; mas habiéndosele deslizado los piés , cayó , y á pesar de los esfuerzos de un valor que se sustuvo hasta el fin , quedó atravesado de los tiros de los Judíos. Tres de los que le acompañaban perecieron con él , y los ocho restantes volviéron al campo cubiertos de

de heridas. Este suceso acaeció en el día trece del mes Panemo.

VESPASIANO

---

---

Dos días despues , esto es , el quince del mismo mes , los Romanos forzaron la torre Antonia en un asalto dado tambien , si hemos de dar crédito á Josepho , por la fogosidad del soldado , y sin orden del General. Al principio de la quarta vigilia de la noche veinte soldados de los que guardaban las terrazas, habiéndose unido para tentar la empresa , llamaron al Alferes de la Legion quinta , á dos Caballeros , y á un trompeta. Todos juntos se acercaron con silencio á la brecha , sorprenden á las guardias dormidas , y habiéndolas pasado á cuchillo , se apoderan del muro , y mandan al trompeta que toque á embestir. Esta señal despierta á todos los Judíos que estaban en la torre , sobrecogiólos el temor, porque creían tener sobre sí todas las fuerzas Romanas , y se huyen al Templo. Al mismo tiempo Tito , avisado por el toque de la trompeta , hace tomar las armas á todas sus tropas , y entra el primero en la fortaleza Antonia.

La mina de que hemos hablado no se habia cegado , y subsistia toda entera. Una gran parte de los Romanos enfiláron por ella , y llegaron hasta la entrada del Templo , donde se dió un combate de los mas vivos y sangrientos. Las dos tropas de Juan y de Simon reunidas , hicieron los últimos esfuerzos para impedir la toma del Templo , que hubiera sido su ruina. Peleábase cuerpo á cuerpo , y los

los que estaban á la frente se veían precisados ó á matar , ó morir , porque era imposible retroceder , pues los últimos estrechaban á los primeros , y no dexaban ningun intervalo libre. Si alguno caía , el que le seguía poniendo el pié encima ocupaba su lugar. El ardor de ámbas partes fué igual por largo tiempo , y el combate duró diez horas , desde las nueve de la noche hasta las siete de la mañana. Finalmente , la desesperacion pudo mas que el valor , animado solo del deseo de vencer : los Judíos salváron el Templo , y no fué poco para los Romanos haber quedado dueños de la torre Antonia.

Entretanto que estos se retiraban á ella con bastante desórden , un Centurion llamado Juliano , que al lado de Tito habia considerado hasta entónces las alternativas del combate , no pudo ver sin indignacion que los Romanos huyesen de los Judíos , y se arrojó en la pelea , donde hizo prodigios , y con su valor increíble obligó á los Judíos á ponerse en fuga ; pero como segun la costumbre universal de las tropas de aquel tiempo , llevaba los zapatos guarnecidos de clavos , se le fueron los piés pasando por un pavimento de lasas unidas , cayó de espaldas , y cercándole inmediatamente los enemigos , le atravesáron con sus lanzas ántes que pudiera levantarse.

*Cesacion del  
Sacrificio  
perpetuo.*

El diez y siete del mismo mes cesó enteramente el Sacrificio perpetuo por falta de víctimas. Ya se sabe que este Sacrificio consistia en dos corderos que diariamente se ofrecian

cian á Dios, uno por la mañana, y otro por la tarde. Esta desgracia no habia sucedido nunca desde la nueva dedicacion del Templo por Judas Macabeo. La consternacion del Pueblo fué muy grande; y aun hoy en dia celebran los Judíos con este motivo un ayuno que señala su Kalendario el diez y siete del décimo mes.

Tito que deseaba con ardor conservar el Templo, se valió de este suceso para hacer un nuevo esfuerzo sobre la inflexible dureza de los sitiados, y por medio de Josepho mandó decir á Juan, que si tenia una pasion tan violenta de proseguir la guerra, se le permitiria salir con el número de sus parciales que quisiese llevar consigo; pero que no se obstinase en perecer con la Ciudad, y el Templo, y que cesase de contaminar el lugar santo, y de hacerse reo á los ojos de su Dios; y aun ofreció Tito proveerle de víctimas para continuar el sacrificio, cuya interrupcion causaba un dolor tan amargo á toda la nacion. Josepho hizo á Juan estas proposiciones en lengua vulgar del pais, á fin de que todos las entendiesen; pero el tirano siempre lleno de una loca soberbia, solo respondió llenando de injurias, y maldiciones á Josepho, concluyendo con protextar que no rezelaba la toma de una Ciudad de la qual era Dios el dueño y soberano. Josepho le replicó con indignacion: "Tu confianza es en realidad bien fundada, porque tienes gran cuidado de conservar dignos de Dios, autor de

Tillem. Ruinedes Juifs, art. 70.

Jos. id. VII. 4.

*Nuevos esfuerzos de Tito para persuadir á los sitiados á rendirse.*

VESPASIANO

»toda santidad, su Ciudad, y su Templo. Tu  
 »fidelidad en ofrecerle los sacrificios que exi-  
 »ge, te le hará sin duda propicio. Oh hom-  
 »bre el mas abominable de quantos hay en  
 »el mundo! En vano te quejas de los Roma-  
 »nos, que mas religiosos que tu, se muestran  
 »zelosos de nuestras leyes, y de nuestras san-  
 »tas ceremonias. Qué lágrimas, y qué dolor  
 »no causa un paralelo tan triste! Unos extran-  
 »geros y enemigos manifiestan veneracion á  
 »nuestro Templo; y tu siendo Judío de ori-  
 »gen, y educado en la observancia de nues-  
 »tras Leyes, te empeñas en ser su destructor!”  
 Añadió Josepho que todavía tenia tiempo de ar-  
 repentirse, y que tenia poder para ofrecerle de  
 parte de los Romanos la impunidad y el per-  
 don. Ni las reconvenciones, ni las promesas hi-  
 ciéron impresion alguna en el ánimo de Juan,  
 quien interrumpió á Josepho para insultarle,  
 y ultrajarle, como á traidor de su patria, y  
 vil esclavo de los Romanos. “Ah! exclamó  
 »Josepho, ya veo que me opongo á las ór-  
 »denes de Dios, queriendo salvar á los que  
 »él ha condenado. Es preciso que este infe-  
 »liz Templo sea purificado con las llamas.  
 »Dios es, Dios mismo es quien envia á los  
 »Romanos para abrasarle, y el que destruye  
 »una Ciudad contaminada con tantos horro-  
 »res.” Josepho no pudo proseguir, porque  
 las lágrimas, y los sollozos le embargaron  
 la voz, y se retiró tan oprimido de dolor,  
 que causaba compasion á los Romanos.

Sin embargo, no fué su embaxada del to-  
do



do infructuosa. Muchos hombres ilustres se escaparon de Jerusalem, y se echaron en brazos de Tito, que los recibió con toda la bondad posible, y para que no se hallasen angustiados en medio de un ejército de extranjeros, les permitió retirarse á Gophna, pequeña Ciudad de las inmediaciones, á fin de que viviesen con toda libertad, y con la esperanza de recobrar sus bienes, concluida que fuese la guerra. Los sediciosos que no los veían, se valiéron de este pretexto para publicar en la Ciudad que Tito les habia hecho matar, de cuya calumnia instruido este Príncipe, los hizo venir de Gophna; y estos ilustres transfugas, de los cuales dos habian sido Sumos Pontífices, se presentaron á los sitiados, conjurándolos con lágrimas que no obligasen á los Romanos, que deseaban salvar el Templo, á destruirle contra toda su voluntad. Pero no fuéron mas felices que Josepho; los tiranos y sus satelites se endurecian mas con los esfuerzos que se hacian para ablandarlos, y resueltos á desechár toda proposicion de paz, pusieron sus baterías sobre las puertas sagradas, de suerte, dice Josepho, que todo el recinto del Templo lleno de cadáveres, parecia á los sepulcros donde se amontonan los muertos despues de una batalla, y el lugar santo guarnecido de máquinas presentaba la imágen de una plaza de guerra. Tan impíos, como feroces, profanaban el Santuario sin remordimiento alguno, y se alojaban armados, y cubiertos

de sangre de sus hermanos en el lugar tremendo donde solo el gran Sacerdote tenia permiso para entrar una vez al año. Su impiedad horrorizaba á los mismos Romanos, entre los quales no habia , segun Josepho , ni un soldado que no tuviera respeto al Templo, y que no llevára con impaciencia el verle tan indignamente profanado.

Tito estaba con especialidad penetrado de estos sentimientos , y envió nuevamente á Josepho á reprehender la audacia sacrílega de los sitiados , y exhortarlos á que pusiesen fin á tantos males. "Oid, les dice Josepho, lo que el Cesar os declara por mi boca; estas son las palabras que os dirige. Pongo por testigos á los Dioses de nuestros mayores, y al que en otro tiempo presidia en este lugar, (pues ya le ha desamparado) pongo por testigo á mi ejército, á los Judíos que se hallan en mi campo, y á vosotros mismos, que no soy yo el que os obligo á profanar con vuestras abominaciones un Templo que debiais respetar. Si consentis á mudar el campo de batalla , ningun Romano se acercará al Templo, y en todo trance yo le conservaré aun á pesar vuestro." Nada podia hacer mas fuerza que este discurso, pero los Judíos en lugar de reconocer la bondad de Tito, lo atribuyéron á temor, y aun se burlaron de él, obligándole á recurrir á la fuerza de las armas.

*Asalto dado  
al Templo inútilmente.*

Resuelto pues á dar un salto al Templo, sacó treinta hombres de cada compañía, y en el

el cuerpo que formáron con su union, distribuyó muchos Tribunos, señalando uno á cada mil hombres. Quiso él mismo ponerse á la frente de esta tropa; pero á instancia de sus Oficiales, que le rogáron conservase su persona, eligió para mandar el ataque á Cereal, hijo al parecer del que mandó las Legiones del Rhin, y hizo la guerra felizmente contra Civilis, y los Bátavos. Por esta causa se colocó Tito en un parage elevado de la torre Antonia, de donde pudiese ver todo lo que pasaba, á fin de que animase á los combatientes la vista del Príncipe, en cuya mano estaban las recompensas y los castigos.

Comenzó el ataque á la quarta vigilia de la noche, y los Judíos que estaban alerta, se pusieron prontamente en defensa. Miéntras duró la noche, se peleó con mucha confusion, porque los soldados de un mismo partido no se conocian unos á otros, y muchas veces se tenian por enemigos. Habiendo amanecido fué el combate mas arreglado, y se aumentó el furor de la pelea. Viendo, y sabiendo que eran vistos, los sitiados, y los sitiadores redobláron su ardor, y cada uno se mantenía firme en su puesto, esforzándose para ganar terreno. Si algunos se veian forzados á ceder, no pudiendo retirarse á derecha, ni izquierda, porque el parage era muy estrecho y apretado, tenian que volver á la carga con nuevo vigor, y rechazaban á sus enemigos. Despues de muchas alternativas, que nada tenian de decisivo, y habiendo durado el combate has-

VEASPASIANO

hasta las cinco de la mañana, se separaron con armas iguales, y los Judíos permanecieron dueños del Templo.

*Preparase Tito á otro nuevo ataque con sus máquinas.*

Viendo Tito malogrado el asalto, determinó un nuevo ataque con las máquinas. Hizo derribar parte de la fortaleza Antonia para abrir un camino ancho por donde todo su ejército pudiera acercarse al Templo, y mandó construir quatro nuevas terrazas en frente de distintos puntos de las fachadas septentrional y occidental. Estas obras costaron muchas fatigas, porque era preciso buscar las maderas á distancia de cien estadios, y porque los Judíos no dexaban á los Romanos tranquilos. Aunque no hacian salidas generales, les armaban no obstante sus zeladas, y no pocas veces los maltrataban con tanta mayor facilidad, quanto los Romanos, asegurados de vencer, solian estar con poca precaucion. Los soldados de caballería descuidaban mucho de sus caballos, y quando iban al forrage, ó á buscar leña, los dexaban pacer á su libertad miéntras ellos recogian su provision. Los Judíos corrian á esta presa tan ventajosa para hombres hambrientos, y robáron un gran número de caballos. Para remediar este desórden, se vió Tito obligado á usar de severidad, y habiendo castigado con pena de muerte á un soldado que volvió sin su caballo, hizo con este exemplo mas circunspectos á los demas.

Entretanto los sitiados conocian que el peligro se iba estrechando mas á cada instante,

te, y habiéndose concertado algunos, formaron un peloton, y saliendo por el lado del monte Olivete, intentaron vencer el muro para salvarse en el campo. Habian escogido la hora undécima, en la qual cenaban las tropas, creyendo que entónces seria ménos activa la vigilancia de los enemigos, y que podrian escapar fácilmente. Engañáronse en su esperanza, porque los Romanos los descubrieron; y habiéndose juntado prontamente de los castillos vecinos, los detuvieron, y rechazaron al valle. Refiere Josepho en esta ocasion un hecho muy notable de la destreza y fuerzas de un ginete Romano, quien persiguiendo á un Judío, lo cogió por un talon, lo levantó en el ayre, y lo llevó así vivo á su General, quien le recompensó, y el prisionero fué castigado con la muerte.

Como la obra de las terrazas se iba adelantando, los Judíos tomaron una resolucion extremada, y para cortar el paso de la torre Antonia al Templo, pusieron fuego á las galerías con que se comunicaban uno y otro edificio. De este modo destruyeron un espacio de veinte codos, dando los primeros el exemplo de quemar los edificios dependientes del lugar santo. Los Romanos los imitaron dos dias despues, y pusieron tambien fuego á una galería vecina, sin duda con el fin de que el incendio se propagase, y les facilitase la entrada al Templo interior; pero los Judíos le cortaron, derribando un pedazo del techo de la galería como de quince codos, atentos

*Ponen fuego los Judíos á las galerías del Templo, y lo mismo hacen los Romanos.*

á conservar la parte que podia servir á su defensa , y gozosos de que ardiese la que estaba inmediata á la torre Antonia.

Peleaban siempre con vigor , y muchas veces con astucia. Despues de haber llenado de leña seca , de pez y betun lo alto de la galería occidental entre el techo y el maderage que la sostenia , se empeñaron en un combate , en el qual fingiéndose muy estrechados , se retiraron con algun desorden. Su retirada demasiado pronta se hizo sospechosa á los mas prudentes de entre los Romanos ; pero el mayor número arrebatado del deseo de vencer , persiguieron á los que huian , y subieron á la galería con escalas. Entónces los Judíos pusieron fuego á las materias combustibles que tenian dispuestas , y los Romanos se vieron de improviso cercados de llamas. Casi todos perecieron sin que nadie pudiera socorrerlos. Tito lo sintió , aunque se habian metido en el peligro sin su orden ; mas no podia hacer otra cosa , porque era tanta la violencia del incendio que nadie se atrevia á acercar. Algunos de estos temerarios se atravesaron sus espadas á fin de procurarse una muerte mas pronta , y ménos horrorosa , y los demas fueron consumidos por el fuego , ó muertos á manos de los Judíos.

Josepho nos ha conservado en la relacion de este desastre una aventura muy notable. Un soldado que él llama Artorio , habiendo visto en lo baxo á uno de los camaradas , le gritó:

gritó: "Yo te nombro mi heredero si quieres recibirme en tus brazos." Este por su desgracia aceptó la proposición, pues el peso de la caída de Artorio le hizo caer á él tan fuertemente sobre el pavimento, que quedó muerto, y Artorio salvó la vida.

La pérdida que tuvieron los Romanos en este lance fué para ellos una lección útil, que les hizo ser mas cautos en lo sucesivo; y los Judíos se hallaron mas expuestos que nunca. Habian quemado ellos mismos una parte de la galería occidental, y derribado lo restante, á fin de quitar á los que habian subido todo medio de salvarse, y á la mañana siguiente los Romanos destruyéron la galería septentrional hasta el valle de Cedron.

El hambre continuaba sus estragos en la Ciudad, y armaba no solo á los ladrones contra el Pueblo, sino tambien á unos ciudadanos contra otros. Todo quanto era capaz de servir de mantenimiento era un motivo de guerra entre las personas mas estrechamente unidas: los maridos arrebatában la comida de las manos á sus mugeres, y las madres á sus hijos; pero faltaba todavía un rasgo para que se cumpliese á la letra la profecía de Jesu-Christo, que quando iba á padecer la muerte, amenazó á los habitantes de Jerusalem que llegaria tiempo en que dixesen: "Dichosas las esteriles, y las entrañas que no han tenido hijos, y los pechos que no han criado." Una madre que se mantuvo con la carne de su propio hijo, llenó el colmo del horror del hambre,

*Horrores de la hambre. Una madre se come á su hijo.*

Joseph. VI.  
11.

Luc. XXIII.  
29.

bre, y la execucion de la amenaza profética.

Llamábase María, y era muger distinguida por su nacimiento, y riquezas, y habia venido del otro lado del Jordan, donde vivia, á encerrarse como otros muchos en Jerusalem. Despojáronla los sediciosos de todo el dinero que traxo de su pais, y sus joyas que habia podido ocultar, la sirviéron algun tiempo de recurso para adquirir alguna comida, que muchas veces la arrebatában los mismos satelites. Finalmente, hallándose falta de todo, atormentada por el hambre que la devoraba hasta las medulas, y no ménos inflamada de indignacion contra la horrible violencia de los tiranos, se olvidó de todos los sentimientos que inspira la naturaleza. Tenia un hijo de pecho, y cogiéndole con furor, le dirigió estas palabras: Triste fruto de mis entrañas, para qué te reservo á este tiempo infeliz de guerra, de hambre y tiranía! Si estás destinado á perecer, no es mejor que sirvas para mantener la vida de tu madre? En efecto le mató, le hizo trozos, le puso á asar, comió parte de él, y reservó lo restante para otra vez. El olor de esta abominable comida la descubrió, porque los soldados que andaban buscando con ánsia que comer, entraron de repente en su casa, y la preguntáron con amenazas cuál era la comida con que se mantenía? María, á quien su crimen hacia mucho mas feroz, los escuchaba con aspecto atrevido, y les enseña lo que habia guardado. Este es mi hijo, les dice, comed, que yo os he da-



dado el exemplo. Sois vosotros mas delicados que una muger, ó mas sensibles que una madre? Aunque aquellos malvados estaban endurecidos en la práctica de los mas atroces crímenes, quedáron suspensos, y huyéron llenos de espanto, anunciando á todos los que encontraban la aventura de que habian sido testigos. Enternecióse Tito, y levantando las manos al Cielo, tomó á Dios por testigo de no ser causa de semejante horror, pues no cesaba de ofrecer la paz á los Judíos; pero pretextó al mismo tiempo que sepultaria la memoria de esta abominacion entre las ruinas de la Ciudad donde se habia cometido.

A la amenaza siguió de muy cerca el efecto, porque Tito, dueño de una gran parte del patio de los Gentiles, atacó por dos lados al mismo tiempo los edificios interiores que cubrian el altar, y el lugar santo. Puso en movimiento los arietes, y comenzáron á trabajar los minadores; pero estaban las paredes construidas con tanta solidez, y tan grandes y tan bien unidas eran las piedras, que nada se pudo adelantar. Mandó el Príncipe plantar las escalas, y subir al asalto; pero los Judíos hicieron una defensa tan vigorosa que rechazáron á los Romanos, y aun les tomarón algunas banderas. Finalmente, á pesar de su repugnancia fundada en el deseo que tenia de reservar el Templo, mandó Tito poner fuego á las puertas del recinto interior. La llama prendió con violencia, y los Judíos, segun refiere Josepho, quedáron de tal modo turbados, que los fal-

*Abrese Tito camino hasta el cuerpo mismo del Templo.*

tó el valor, y permaneciéron inmoviles espectadores de un desastre que exìgia de ellos los mayores y mas vivos esfuerzos para detener sus conseqüencias. Las llamas encendidas sucesivamente en diversos parages, duráron con violencia un dia y una noche; y Tito fué el que no queriendo destruirlo todo, y deseoso de conservar á lo ménos el lugar Santo, dió órden á sus tropas de que apagaran el fuego, y de aprovecharse del estrago que este habia hecho para abrir á las Legiones un paso ancho y cómodo.

*Hace Tito que todos con-  
vengan en la  
resolucion de  
conservar el  
Templo.*

Miéntas que se trabajaba en esta obra, despues de la qual debia ser el asalto decisivo, tan cuidadoso Tito en conservar el Templo, como los Judíos obstinados en hacer su destruccion inevitable, juntó consejo para deliberar sobre el partido que convenia tomar acerca de este famoso edificio, ó por mejor decir para atraer á los principales Oficiales á la resolucion clemente que él habia abrazado. Algunos opinaban que se arruinára enteramente, fundados en que lo exìgia la seguridad de la conquista, pues miéntas subsistiese seria un centro de reunion para los Judíos derramados en todo el Universo, otros mas moderados convenian en que quedase en pié, con tal que los Judíos lo abandonasen, y dexasen de defenderlo; pero en caso de una resistencia obstinada, opinaban que se le pegase fuego, mirándole no como un Templo, sino como una fortaleza de los enemigos, cuya destruccion seria respecto de los Romanos un acto de justicia,

y no sería impiedad sino respecto de los Judíos. Antes que prevaleciese alguno de estos dos dictámenes se anticipó Tito, declarando que estaba resuelto á no volver contra un edificio insensible é inocente la pena que merecian los hombres, ó las personas culpables: que jamas consentiria en quemar un monumento magnífico, cuya ruina seria verdadera pérdida para los Romanos, y conservado seria uno de los mas bellos monumentos de su Imperio. Tan clara y perentoria declaracion del Príncipe llevó tras sí todos los votos, unos por inclinacion, y otros por política, quedando determinado que se preservase al Templo. Pero estaba dispuesto lo contrario en un consejo superior; y toda la buena voluntad de Tito no pudo salvar lo que Dios habia condenado á perecer.

A la mañana siguiente diez del mes Lous, que corresponde al de Agosto, dia en que muchos siglos ántes habia sido quemado por Nabucodonosor el Templo de Salomon, era tambien el dia señalado por orden de Dios para la ruina del segundo Templo. Los Judíos hicieron una salida muy de mañana por la puerta Oriental sobre los Romanos que guardaban el recinto exterior. El combate fué muy vivo, y Tito se vió obligado á acudir desde la torre Antonia al socorro de los suyos. Rechazó con mucho trabajo á los sitiados que se defendian con furor, y despues se volvió á la torre resuelto á dar al dia siguiente un asalto general.

Los Judíos no le esperáron, porque im-  
pa-

pacientes, y incapaces de tolerar el reposo, los que custodiaban el cuerpo mismo del Templo atacaron de nuevo á los Romanos ocupados en apagar el fuego de las galerías exteriores que aun ardian; y no habiendo logrado su ataque se pusieron en fuga, y atraxeron á los vencedores hasta el pié del muro del recinto interior. En este momento un soldado Romano sin órden de ningun Comandante, y impelido, dice Josepho, de una inspiracion divina, tomó un tizon encendido, y haciéndose levantar por uno de sus camaradas, le arrojó á una ventana de los aposentos que cercaban el lugar Santo por la parte Septentrional. Los Judíos viendo elevarse las llamas diéron un grito doloroso, y desde el punto que empezó á perecer el Templo, único objeto de su afecto, y de su zelo, no temieron arrojarlos ellos mismos sin reparo entre las llamas y las espadas. Los Romanos los rechazan, y fomentan el incendio, que fué propagándose mas y mas.

Habiéndose dado esta noticia á Tito, que estaba en la torre Antonia descansando de las fatigas del combate de la madrugada, acudió con todo el ejército á apagar el incendio. Con la voz, y con las manos se esfuerza á detener la fogosidad de los soldados; pero nadie le escuchaba, ni hacia aprecio de sus órdenes. El odio, el deseo de la venganza, y la esperanza del saqueo extinguian en todos los corazones el respeto debido al Príncipe, y no solo los primeros autores del incendio, sino tam-

tambien las Legiones que acudiéron con Tito, aumentáron el fuego, y pasáron á cuchillo quanto se les pone delante. La gente del Pueblo parece del mismo modo que los que tienen las armas en la mano: los montones de cadáveres se acinan en circuito del altar, y el altar mismo queda inundado de sangre humana.

Viendo Tito que todos sus esfuerzos eran inútiles, quiso visitar lo interior del Templo, y entró en él con sus principales Oficiales. La magnificencia de las ricas telas, y alhajas de oro que admiró en él, fué un nuevo estímulo para conservar á lo ménos el lugar Santo, hasta el qual no habian penetrado todavía las llamas. Dió nuevas órdenes mucho mas estrechas y rigurosas, pero tan inútiles como las primeras. Las tropas solo obedecian ya á su codicia, lisonjeada de la esperanza de un inmenso y precioso despojo, á vista del oro que brillaba por todas partes en los edificios exteriores de que estaban en posesion. Al mismo tiempo un soldado, habiéndose introducido en el lugar Santo, puso fuego á las puertas, y convencido Tito de que se oponia en vano á un torrente que no estaba en su arbitrio contener, le fué preciso retirarse.

De esta suerte fué quemado el Templo de Jerusalem seiscientos treinta y nueve años despues de su reedificacion, y mil ciento y treinta desde que Salomon lo edificó la primera vez; pero en lugar de que al Templo primero sucedió el segundo, que se fabricó sobre los  
ci-

VESPASIANO

---

cimientos antiguos, el desastre de este fué sin remedio, y los esfuerzos que trescientos años despues hizo Juliano Apostata para reedificarlo, solo sirviéron para probar la realidad del anatema irrevocable que Dios habia pronunciado contra un lugar que le habia sido tan amado por espacio de muchos siglos. El Templo debia subsistir hasta la venida del Mesías; y despues de la predicacion del Evangelio era en una gran parte del Universo, no solo inútil, sino tambien peligroso.

*Los Judíos engañados por sus falsos Profetas hasta el último extremo.*

Lo mas singular es, que aquel Pueblo ciego fué hasta el último momento el juguete de los falsos Profetas que le engañaban. Mientras que duró el sitio tuviéron los tiranos asalarados algunos seductores que fomentaban el valor de la multitud con la esperanza de un socorro del Cielo; y en el tiempo mismo que ardia el lugar Santo, seis mil, entre hombres, mugeres y niños, siguiéron el consejo de un impostor que los exhortaba á subir al texado de una galería que aun subsistia, porque allí les manifestaria Dios señales de salvacion. Subiéron ellos, y los Romanos habiendo puesto fuego á la galería, pereciéron todos sin que se escapase un solo hombre.

*Avisos de Dios á los Judíos ántes de su ruina.*

Merecian justamente dar crédito á las mentiras de sus falsos Profetas despues de haber crucificado al que era la misma verdad. Jesu-Christo les predixo en términos claros su última desgracia, y la bondad divina les dió nuevos avisos poco tiempo ántes del sitio. No hablamos de los carros armados, y de los exér-

ejércitos que se creía haber visto combatir en los ayres, porque podían ser efectos naturales de un fenómeno ignorado entónces, y hoy muy conocido con el nombre de Aurora Boreal. Tampoco insistiremos mucho en defender un hecho que no es posible revocar en duda con ninguna interpretacion. La noche de Pentecostés, habiendo entrado los Sacerdotes, segun costumbre, en el lugar Santo para exercer sus funciones, oyéron primero un ruido confuso, y despues muchas voces articuladas que pronunciaban con viveza estas palabras: *Salgamos de aquí.* Estos eran sin duda los Santos Angeles protectores de la Nacion que abandonaban el Santuario, convertido ya en objeto de la ira de Dios. Pero para que los incrédulos no se obstinen en acusar de flaqueza supersticiosa á los Sacerdotes, á Josepho, y á Tácito, referiremos un solo hecho, una maravilla que subsistió algunos años, y que tiene en sí todos los caractéres de evidencia, á los quales no puede resistir la incredulidad mas determinada.

Un hombre del campo, llamado Jesus, habiendo ido á Jerusalem á la fiesta de los Tabernáculos quatro años ántes de la guerra, y quando la Ciudad gozaba de la paz, y de la abundancia, comenzó de repente á clamar: "Voz al Oriente, voz al Occidente, voz á las quatro partes del mundo, voz contra Jerusalem, y contra el Templo, voz contra los nuevos esposos, y jóvenes esposas, voz contra toda la Nacion." Repetia sin cesar dia

Tom. VI.

Rr

y

VESPASIANO

---



---

Joseph. VII.

12. & Tacit.

Hist. V. 13.

Joseph.

y noche estas terribles palabras, corriendo sucesivamente todas las calles de la Ciudad. Prendiéronle, y fué maltratado por orden de algunos de los principales ciudadanos, que cansados de sus gritos de mal agüero, querían reducirlo al silencio. No se oyó salir de su boca una palabra, ni queja de lo que padecía, y solo se defendía repitiendo las amenazas de que era mensajero. Lleváronle à presencia del Magistrado Romano, quien le mandó azotar, hasta que se le descubriéron los huesos; pero ni pidió misericordia, ni derramó una lágrima; y solo en voz lamentable respondía à cada azote que le daban: *Ay de tí Jerusalem.* No se le vió hablar con nadie, ni pedir lo necesario para vivir. Los que le maltrataban, y los que le mantenían no sacaban de él otra palabra que los lamentos que tenía comision de repetir. En los dias festivos redoblaba sus gritos, y continuó en esta forma por espacio de siete años y cinco meses sin fatigarse, y sin que su voz se enflaqueciese. Finalmente, despues de formado el sitio dando vuelta à las murallas, y pronunciando sin cesar sus acostumbradas amenazas: "Ay de la Ciudad. Ay del Pueblo. Ay del Templo." Añadió por último: *y ay de mí;* y al mismo tiempo una piedra disparada de una máquina de los sitiadores, lo dexó muerto en el sitio. Un hecho tan extraño, y singular en la Historia del género humano, no necesita de comentario. Pueden leerse sobre esto las bellas y religiosas reflexiones de Mr.



Bossuet en su Historia Universal.

VESPASIANO

---

Los Romanos habiendo puesto fuego al lugar mas santo y venerado, creyeron no debian reservar cosa alguna de lo que le rodeaba. Quemaron pues, lo restante de las galerías, las puertas, y sobre todo el tesoro en donde habia un botin inmenso. Hallaron una prodigiosa cantidad de plata, muebles, vasos, y en suma todas las riquezas de los Judíos, porque cada uno se habia apresurado à llevar à él, como à un depósito inviolable, quanto tenia mas precioso. Puede hacerse concepto de la grandeza del saqueo por la disminucion del precio del oro, que baxó una mitad en Siria.

*Incendio del recinto exterior del Templo.*

Dueños ya los Romanos de todo el sitio del Templo, colocaron en él todas sus insignias, à las quales sacrificaron allí mismo con mil gritos de alegría, y proclamaron à Tito *Imperator*. Muchos Sacerdotes Judíos, luego que comenzaba à arder el lugar Santo, se retiraron sobre el muro, que tenia ocho codos de grueso, donde permanecieron cinco dias, hasta que estrechados de la hambre, baxaron, y se entregaron à discrecion. Presentaronlos à Tito, à quien pidieron misericordia; pero les respondió que ya no era tiempo: que no existia el objeto, en cuya consideracion hubiera podido perdonarlos; y que era preciso que los Sacerdotes pudiesen con el Templo. Así pues, todos fueron condenados à muerte.

Los tiranos y sus satelites, despues de la toma y incendio del Templo, aun tenian la

*Sitio de la Ciudad alta.*

VESPASIANO

---

Ciudad alta donde refugiarse, y podían entregándola obtener su perdon. Tito se le ofreció en una conferencia que quiso concederles sobre el puente que unia à Sion con el Templo; pero tuviéron la insolencia de rehusar esta oferta, pretextando aquellos hombres religiosos no poder violar el juramento que tenían hecho de no entregarse, y pidiéron que se les permitiera salir de la plaza con sus mugeres y hijos, y meterse en los desiertos. Indignado Tito mandó sobre la marcha publicar por un trompeta que ninguno de los sitiados se retirase à su campo, porque no daría quartel à nadie, y al mismo tiempo hizo poner fuego à la parte de la Ciudad de que era dueño, y habia reservado hasta entónces; y para reducir la otra parte que restaba, hizo levantar nuevas terrazas.

Este trabajo consumió largo tiempo por la distancia de la madera, en cuyo intervalo el hambre y barbarie de los sediciosos, que crecía con los males públicos, atormentáron à las miserables reliquias del Pueblo encerrado en Sion. No era posible tolerar un estado tan violento; y à pesar de las prohibiciones de Tito, y de la cruel vigilancia de los tiranos, que hacían guardar todas las salidas para impedir las deserciones, asesinando sin piedad à todo el que caía en sus manos, un gran número de Judíos se arrojaban al campo de los Romanos como à un asilo; y efectivamente hallaban en él la vida. La bondad del corazon de Tito no le permitia realizar su amenaza; y solo nombró

bró Jueces para exâminar à los que por algun delito se habian hecho indignos de esta gracia. Los demas fuéron vendidos, ò enviados con plena libertad.

Finalmente, el dia siete del mes Gorpico, que corresponde à Setiembre, se hallâron las obras concluidas, y los arietes comenzâron à batir. Los sediciosos sostuviéron muy mal su fiereza, porque despues de haber sido tan pertinaces, debian morir con las armas en la mano; pero apénas viéron abierta una brecha en el muro, solo pensâron en poner su vida à salvo, ocultándose en unos vastos subterráneos, en donde esperaban mantenerse incognitos hasta que los Romanos retirados del pais los dexaran en libertad de salir. Abandonâron pues, los muros, y las tres torres Hippicos, Faselo y Mariamne, que por su fortaleza y solidez inutilizaban todos los esfuerzos de las máquinas, siendo el hambre sola la que podia desalojar à los que las ocupaban. Los Romanos enarbolâron sus banderas en las murallas, y congratulándose de una victoria mas facil de lo que esperaban, entrâron en la plaza, pasâron à cuchillo à quantos encontrâron, pusieron fuego à los edificios, y las llamas encendidas en diferentes parages, reuniéndose durante la noche, el dia ocho del mismo mes se vió Jerusalem entregada à un vasto y universal incendio.

Habiendo entrado Tito en la plaza, admiró la sólida construccion de las torres que los tiranos habian abandonado por una ce-

gue-

*Reconoce Tito que solo ha sido instrumento de la venganza divina.*

VESPASIANO

Joseph. VII.  
16.

guedad incomprehensible, y dixo à sus amigos: "Dios es quien nos ha conducido en esta guerra, Dios es el que ha arrojado à los Judíos de estas fortalezas, contra las quales nada podian las fuerzas humanas, ni las máquinas." Estaba tan penetrado de este concepto, que habiéndole enviado despues varias Naciones las coronas acostumbradas en celebridad de su victoria, declaró muchas veces que no creia merecer esta honra. "No soy yo, decia, el que he vencido; y no he sido mas que un instrumento de la venganza divina." Mandó que las tres torres quedasen intactas, al mismo tiempo que hacia abatir las demas fortificaciones y murallas, queriendo que sirviesen à la posteridad de monumento de la proteccion singular que el Cielo habia concedido à sus armas.

*Prisioneros,  
y sus desti-  
nos.*

Apaciguado el primer furor del soldado victorioso, hizo Tito publicar orden para no matar à ninguno de los Judíos que rindiese las armas. Pero los soldados no dexáron de pasar à cuchillo por pura inhumanidad à aquellos que la edad, ò flaqueza del cuerpo eran incapaces de servir. Los demas en gran número fuéron congregados en un recinto del Templo, que se llamaba el Atrio de las mugeres. Para su custodia nombró Tito à uno de sus Libertos, y dió comision à Fronton, uno de los principales Oficiales de su ejército, de examinar las causas de cada uno de los prisioneros, y decidir de su suerte. Todos aquellos à quienes sus compatriotas acusáron de ha-

haber sido complices , ò instrumentos de las maldades de los tiranos , fuéron condenados à muerte. Entre los mozos se reserváron los de mayor estatura y mas bien hechos para servir de adorno en el triunfo. El resto se dividió en dos partes. Los que pasaban de diez y siete años fuéron enviados à Egipto cargados de cadenas para trabajar en las obras mas penosas , ò distribuidos en las Provincias cercanas para la diversion de los Pueblos en los combates entre sí mismos , ò contra las bestias ; y los muchachos que no llegaban à diez y siete años , fuéron vendidos.

En medio de este desastre universal de la Nacion Judaica fué Josepho el autor de la libertad de algunos de sus compatriotas. Tito, que hacia mucho aprecio de él , le permitió que escogiese y tomase para sí el despojo que le pareciera. Ante todas cosas pidió Josepho los exemplares que se encontrasen de los libros sagrados , sin duda para preservarlos de la profanacion , y despues nada le pareció mas precioso que las personas libres. Pidió pues , y obtuvo la vida , y la libertad de su hermano , y de cincuenta de sus amigos. Visitó à los prisioneros encerrados en el Atrio de las mugeres , y todos aquellos por quienes se interesó , cuyo número llegaba à ciento y noventa , fuéron desde luego puestos en libertad sin rescate. Poco tiempo despues volviendo de Teuca , á donde le habia enviado Tito , para reconocer si el parage era proprio para un campamento , pasó delante de muchos Judíos cru-

Joseph. vit.

VESPASIANO

cificados, entre los cuales habia tres conocidos suyos. Acudió à Tito con las lágrimas en los ojos, y à sus ruegos mandó el Príncipe que desclavasen à los que Josepho conocia, y los curasen, pero de los tres solo pudo sobrevivir el uno.

Joseph. VII.  
17.

*Número de los muertos y prisioneros.*

El número de los que perecieron en el sitio de Jerusalem à manos de los enemigos, ò por el hambre y la miseria, lo calcula Josepho en un millon y cien mil personas, los mas de ellos Judíos, pero no todos habitantes de Jerusalem, porque habian venido infinitos à la Ciudad con motivo de la celebridad de la Pascua. Si se agregan à estos los que murieron en los combates que hubo fuera de Jerusalem, ò en la toma de las diferentes plazas forzadas por los Romanos, asciende el total de los Judíos muertos durante la guerra à un millon trescientos treinta y siete mil quatrocientos y ochenta. Por lo que hace à prisioneros el Historiador calcula su número en todo el tiempo de la guerra en noventa y siete mil.

*Destino singular de la Nacion Judaica.*

La Nacion Judaica no se ha recobrado jamas de tan formidable golpe; pero sin embargo no quedó exterminada, y Dios ha querido que subsista, como lo profetizó por David \* para que sirviese de exemplo à todos los Pueblos del Universo, en medio de los cuales se ha derramado sin mezclarse, ni

\* *Ne occidas eos, nequando obliviscantur populi mei.*  
Salmo 58. v. 12.

confundirse con ninguno. Su Templo no se ha reedificado; pero no por esto dexa de conservar un afecto inviolable à una Religion, cuyo culto no pueden practicar; y diez y siete siglos hace viven los hijos de Israel, segun la profecia de Oseas \*, sin Rey, sin Principe, sin sacrificio, y sin Altar.

Juan y Simon, caudillos de la rebelion, no tardaron mucho tiempo en caer en manos de los vencedores. Habianse retirado à unos subterráneos, y Juan estrechado del hambre salió el primero, y entregándose à los Romanos, halló todavía en ellos bastante clemencia para que le perdonasen la vida, contentándose con destinarle à cárcel perpetua: castigo demasiado benigno para un facineroso, que merecia ser inmolado à la venganza de su nacion, de cuya ruina era causa, y à la de sus enemigos, à quienes habia forzado à privarse con la destruccion de Jerusalem y del Templo, del mas dulce fruto de su victoria.

Simon por una pertinacia mas constante se acarrió la justa pena de sus crímenes. En el momento que vió forzada la Ciudad, tomó consigo à los mas afectos de sus satelites, y algunos canteros con los instrumentos necesarios de su oficio, y acompañado de esta suerte, despues de haber hecho provision de víveres para muchos dias, se metió en un

Tom. VI.

Ss

*Juan y Simon se ven obligados à entregarse à los Romanos.*

Joseph. VII.  
17. et 20.

\* *Dies multos sedebunt filii Israel sine Rege, sine Principe, et sine sacrificio, et sine altari.* Os. III. 4.

subterráneo. Su objeto era abrirse una salida al campo lejos de la Ciudad y de los Romanos, à fin de ponerse por este medio en libertad. Simon y los suyos penetraron muy adentro en aquella mansion tenebrosa; pero al querer romper diéron en una roca que les hizo una resistencia invencible. Ya los víveres, aunque repartidos con mucha economía, iban à faltarles, y fué preciso abandonar este asilo, y Simon salió de tierra en el parage en que habia estado el Templo, habiendo tenido la precaucion de ponerse una túnica de lino, y sobre ella una ropa de púrpura, con la vana esperanza de engañar à los que le viesen salir, de espantarlos, y de aprovecharse de su turbacion para escapar salvo. Tito se habia ausentado ya de Jerusalem; pero dexó allí la Legion décima con algunos otros cuerpos de infantería y caballería para conservar su conquista. Los soldados que estaban de guardia en el sitio donde apareció Simon, quedáron al principio espantados; pero sin abandonar su puesto le preguntáron quien era. Simon no les satisfizo à esta quèstion, y manifestó querer hablar al Comandante. Algunos se destacáron para avisar à Terencio Rufo, que mandaba aquellas tropas, y habiendo venido, le declaró Simon quien era, por lo qual mandó Terencio ponerle en prision, y dió cuenta à Tito, que estaba entónces en Cesarea de Philippos. El Príncipe juzgó con razon que la sumision tardía y forzada de Simon no debia eximirle del suplicio,



cio, y quiso que fuese custodiado estrechamente para que se le quitára la vida despues de servir de adorno en su triunfo.

VESPASIANO

---

Habia ya algun tiempo que la Ciudad estaba destruida quando Simon se entregó, porque Tito despues de su victoria dió orden de arrasarla enteramente, à excepcion de las tres torres de que hemos hablado, y del muro occidental, que destinó para alojamiento de las tropas que habian de quedar acuarteladas en aquel parage. Los demas muros, fortificaciones, el Templo, y todos los edificios fuéron arrasados, de suerte que no quedó señal de que este terreno habia sido habitado. La costumbre de los Romanos en estos casos, persuade que hiciéron pasar el arado por encima, y los mas antiguos escritores Judíos citados por Escaligero, afirman la verdad del hecho. \*

*La Ciudad y el Templo enteramente arrasados.*

Scalig. Isag. lib. III. p. 304.

El ejército victorioso merecia de parte de su General elogios y recompensas. Tito volvió con él à su primer campo, y habiendo subido al Tribunal que le erigiéron, arengó à todas las tropas juntas, loando su valor contra los enemigos, y su obediencia à sus Comandantes. Añadió que si les era glorioso haber vencido à unos rebeldes, y obstinados, lo era mucho mas para ellos haber dado al Imperio un Xefe tan digno, y ver aprobada su eleccion por el Senado, y Pueblo Romano.

*Elogio Tito à sus soldados, y recompensa à los que se habian distinguido.*

Ss 2 no.

\* V. Tillem. Hist. de los Emper. Rom. tom. II. nota 5. sobre las rebeliones de los Judíos.

VESPASIANO

---



---

no. Concluyó su discurso anunciando recompensas à quantos se habian señalado con alguna accion ilustre. Tenia una relacion exácta de los que eran, los hizo llamar por sus nombres, y les distribuyó coronas, golas, picas y banderas, los adelantó en la graduacion, y para juntar la utilidad al honor, les dió una parte abundante en el despojo hecho à los enemigos. Esta brillante ceremonia tan propia para inflamar el mérito, se terminó con un sacrificio en que se inmoló un gran número de víctimas, que se repartieron entre los soldados; y Tito dió un convite magnífico à los principales Oficiales.

*Separa su ejército, y dexa una parte en Judea.*

La guerra estaba concluida, y solo faltaba reducir à algunos de los rebeldes acantonados en distintos castillos. Dividió Tito su ejército, y para acabar lo poco que restaba en Judea, y mantener la paz, dexó, como ya diximos, la Legion décima con algunas otras tropas. La duodécima que se dexó vencer con Cestio, no fué restituida à la Siria, donde hasta entónces habia tenido sus cuarteles, y la destinó à Melitena, pequeña Provincia entre la Armenia y Capadocia, ya fuese en castigo de su antigua culpa, como Josepho lo da à entender, ò ya segun parece mas verosimil para oponerla à las correrías de los bárbaros, que infestaban el pais á donde era enviada. Retuvo consigo las otras dos Legiones hasta el tiempo de su partida para Italia, y despues de haber dado estas órdenes, se restituyó à Cesarea, à donde hizo llevar

los

los despojos, y prisioneros, entretanto que el tiempo le permitiera embarcarse.

Empleó el invierno en visitar las Ciudades de Judea, y de Siria, y en todas partes dió espectáculos à costa de los infelices Judíos, exponiéndolos à las fieras, ù obligándolos à combatir los unos contra los otros. No por esto tenia Tito un odio ciego contra la nacion, y los Judíos de Antioquia hallaron en él un protector contra los Sirios que habitaban con ellos en esta gran Ciudad. Gozaban en ella del derecho de ciudadanos en virtud de privilegios que les habian concedido los antiguos Reyes de Siria; pero los inquietaban en su posesion, y habia ya mucho tiempo que reynaba una grande animosidad entre ellos y los demas habitantes. Miraban estos la rebelion de los Judíos contra los Romanos, y la ruina de esta nacion desgraciada como una ocasion favorable para satisfacer su odio inveterado, y quando Tito vino à Antioquia, lo primero que le pidieron fué que expeliese à los Judíos, ò que à lo ménos los privase del derecho de ciudadanos. Desechó Tito su peticion, y conservó à los Judíos en todos los privilegios que gozaban, porque no aborrecia el nombre de la nacion, y solo creia dignos de severidad los que realmente la habian merecido.

Visitando la Siria llegó hasta Zeugma, sobre el Eufrates, y allí recibió Embaxadores de Vologeses, Rey de los Parthos, que le presentáron de parte de este una corona de oro

VESPASTIANO

=====  
 Jos. id. 19.  
 20. et 24.

*Pasa el invierno en visitar la Judea y la Siria.*

VESPASIANO

oro para congratularle de su victoria sobre los Judíos. Retornando desde Zeugma à Antioquia, volvió à Judea, y quiso ver el lugar donde habia estado Jerusalem. El aspecto de aquel suelo desnudo, y desierto, comparado con la magnificencia de una Ciudad en otro tiempo tan floreciente, le enterneció y conmovió, y en lugar de complacerse de haber manifestado su poder en la ruina de una plaza tan fuerte, solo manifestó indignacion contra los malvados, que con su obstinada ceguedad le habian obligado à destruirla. Los que le acompañaban pensaban en otros cuidados muy distintos. Dedicáronse à buscar los tesoros que los Judíos habian enterrado durante el sitio, y ya por sus diligencias, ò porque traian algunas noticias, halláron oro, plata y otras muchas cosas preciosas de que se aprovecharon.

*Parte de Alexandria à Roma, y triunfa con su padre.*

Continuó Tito su viaje por tierra hasta Alexandria, donde debia embarcarse, y desde esta Ciudad envió las Legiones, que retuvo consigo, á las Provincias de donde habian sido sacadas, esto es, la quinta à la Mesia, y la décimaquinta à la Pannonia. Entre los prisioneros Judíos escogió setecientos de los mas bien hechos para ser llevados en triunfo con sus Xefes Juan y Simon. Habiendo arreglado todas las cosas, se hizo à la vela al principio de la primavera del año setenta y uno de Jesu-Christo, y habiendo hecho felizmente la travesía, triunfó de los Judíos junto con su padre, aunque el Senado acordó

An. Rom.  
822.

dó el triunfo à cada uno en particular. El carro de Tito seguia al de su padre, y Domiciano los acompañaba á caballo.

VESPASIANO

---



---

Josepho refiere toda esta pompa con mucho enfasis, y en su estilo algo hinchado y Asiático; pero lo que nos parece mas digno de observar es que se lleváron en ella los principales despojos del Templo, la mesa de oro, sobre la qual se ofrecian los panes de proposicion, el candelero de oro de siete ramos, y el libro de la Ley. Tambien se llevó la planta del bálsamo que se creia entonces nacer solo en la Judea; pero que segun las observaciones \* de los tiempos posteriores, su verdadera patria es la Arabia Feliz. Esta preciosa planta se cultivaba con mucho cuidado en las llanuras de Jericó, y fué preciso que los Romanos la defendiesen contra la rabia de los Judíos, que por furor y desesperacion querian destruirla. Entre los prisioneros solo Simon hijo de Gioras sufrió la pena de muerte en la cárcel ántes que los triunfadores subieran al Capitolio segun era costumbre. Josepho habla de las tropas que siguiéron y condecoráron el triunfo, pero no especifica el número, ni su qualidad. La práctica de los tiempos de la antigua República era que las Legiones victoriosas triunfasen con su General. Es muy verosimil que las Legiones quinta y

Plin. XII. 25.

Geoffroi,  
Mat. Med.  
tom. II. p.  
475.

\* Estas observaciones son conformes à una tradicion atestiguada por Josepho Ant. lib. 8. c. de que la Reyna de Saba trajo à Salomon este bálsamo. Joseph. et Dio.

VESPASIANO

Joseph. de  
B. Jud. VII.  
25. 26. 28.  
*Reduccion de  
los tres casti-  
llos de Hero-  
dion, Mache-  
runte y Ma-  
sada.*

décimaquinta viniesen à Roma , y triunfasen con Tito ántes de pasar à los lugares de su destino.

Ya diximos que aun quedaban algunas partidas de Judíos obstinados que resistian sómeterse , y se habian encerrado en los tres castillos de Herodion , Macherunte y Masada. Dióse órden à Lucilio Basso de reducirlos con las tropas que Tito habia dexado en la Judea. No le costó mucha dificultad el apoderarse de Herodion , pues apénas se presentó delante de la plaza , los que la ocupaban se rindiéron por capitulacion.

Macherunte le dió mucho mas exercicio. Era este una peña en extremo elevada , y cercada por todas partes de precipicios. Alexandro Janneo , Rey de los Judíos , construyó sobre ella un fuerte , que fué destruido en la guerra que Gabinio hizo à Aristobulo ; pero luego que Herodes fué dueño de la Judea , este Príncipe que tenia grandes miras , conoció la importancia de la situacion de Macherunte , que podia servir de barrera contra las correrías de los Arabes , y edificó una Ciudad en el declive de la roca , y en lo alto una Ciudadela , cuyas murallas flanqueaban varias torres de ciento y sesenta codos de altura. Abrió en ella muchas cisternas , y la proveyó de todo lo necesario para resistir un largo sitio. Construyó tambien un magnífico Palacio , haciendo al mismo tiempo de este lugar una plaza de armas , y una casa Real. Quando Basso se presentó à la vista de

Ma-

Macherunte, se hallaba ocupada esta plaza por una de aquellas partidas de ladrones arrojados por las armas de Vespasiano del pais llano, y que no pudiendo mantener la campaña se habian encerrado en una fortaleza que creian inexpugnable. Basso se empeñó en probarles que no lo era, y habiendo reconocido que por la parte Oriental era la roca mas accesible, y el valle ménos profundo, emprendió llenarle de tierra, y adelantó la obra à pesar de las freqüentes y vigorosas salidas de los sitiados. Sin embargo hubiera durado mucho el sitio si una aventura particular no hubiese ablandado la resistencia de los Judíos.

Tenian entre ellos un Oficial jóven muy valeroso, llamado Eleazaro, que era el alma de todas las salidas, siempre el primero para acometer, y siempre el último para retirarse, cubriendo à los demas con su audacia. En una de estas ocasiones, habiendo entrado todos, Eleazaro lleno de confianza, se detuvo algun tiempo fuera de la puerta, hablando desde abaxo con los que estaban en el muro, ocupado enteramente en el objeto de la conversacion. Un soldado Romano espíó este momento, y acercándose à él con silencio, le asió por medio del cuerpo, y armado como estaba le llevó al campo Romano. Mandó al instante Basso que le desnudáran, y que le azotáran cruelmente con varas à vista de la plaza. Este espectáculo excitó las lágrimas y gemidos de los sitiados, de quienes era muy estimado Eleazaro, y entre los quales tenia una

numerosa y honrada parentela. Queriendo Basso sacar partido de esta disposicion de los ánimos, mandó plantar una cruz como para crucificar inmediatamente al prisionero. Los Judíos no pudieron resistir al temor de ver crucificado à Eleazaro à sus ojos; y enternecidos por los gritos lamentables de este desgraciado, que los conjuraba le evitasen una muerte infame y cruel, enviaron Diputados à Basso ofreciendo rendir la plaza si les entregaba à Eleazaro, y les concedia ámplia libertad de retirarse. El Comandante Romano aceptó la oferta, y la capitulacion se executó de buena fe por una y por otra parte. La gente de guerra que ocupaba la Ciudadela, no solo la entregó à los Romanos, sino que les avisó que el Pueblo se huia de la Ciudad baxa. Con esta noticia entraron en ella con espada en mano, y si no pudieron impedir à los mas vigorosos, y prontos el salvarse, detuvieron y pasaron à cuchillo hasta mil y setecientos de los mas pesados, y hicieron prisioneros à las mugeres y niños. Por lo que hace à la guarnicion, con la qual habian tratado solamente, la dexaron ir libre despues de haberla restituído à Eleazaro, segun lo convenido.

Los fugitivos de Macherunte se habian retirado à un bosque espeso, en donde encontraron muchos compañeros de fortuna, que habiéndose escapado durante el sitio de Jerusalem, viniéron à aquel sitio á refugiarse. Basso los siguió, y habiendo cercado todo el



bosque con un cordon de caballería, dió orden à su infantería de echar abaxo los árboles. Los infelices Judíos, viendo que les destruian su asilo, fuéron obligados à combatir. Los mas bravos quedáron allí muertos, y queriendo huir los demas, tropezáron con la caballería, que à ninguno dió quartel. La mortandad fué completa, y de tres mil que eran, no escapó ni uno solo.

Faltaba el castillo de Masada, ocupado por los mas obstinados de todos los Judíos. Estos eran sequaces de Judas el Galileo, fanáticos por la libertad, y persuadidos de que no podian sin violar el respeto debido à Dios, único Señor de los hombres, reconocer ningun Soberano en la tierra. Habian sido los primeros en sembrar la cizaña de la rebelion desde el tiempo en que se formó el censo ò numeracion por órden de Augusto despues de la muerte de Archelao, y persistiéron en ella hasta el último extremo, teniendo por caudillo à Eleazaro, nieto del autor de su secta. Apoderáronse del castillo de Masada desde el principio de la guerra, quando Floro gobernaba en Judea. Desde allí, como desde su centro, se derramaban por todas las cercanías exerciendo los latrocinios mas odiosos. De entre ellos saliéron los asesinos que cometiéron tantas muertes, y que hubieran pasado por los hombres mas perversos à no haberlos sobrepujado los Zelotas. Ya vimos qual era el afecto que tenian à su fortaleza, de donde Simón, hijo de Gioras, intentó en vano sacar-

VESPASIANO

An. Rom.

823.

los para llevarlos à Jerusalem, y permanecieron en posesion de ella hasta el año setenta y dos de Jesu-Christo, en que Flavio Silva, sucesor de Basso, que murió despues de la toma de Macherunte, fué con todas las tropas Romanas que quedáron en Judea à acampar delante de Masada.

La situacion de esta plaza se parecia mucho à la de Macherunte, porque era una roca muy elevada cercada por todas partes de valles profundos. Solo era accesible la eminencia por dos sendas, la una al Oriente, que à causa de sus vueltas y revueltas tenia el nombre de Serpiente. Esta era muy estrecha, y era preciso que los que subiesen por ella cuidasen mucho de afirmar bien los piés, pues por ámbos lados estaba bordeada de espantosos precipicios, en donde por poco que uno resvalase parecia sin remedio. La otra senda que iba por la parte Occidental era mas facil y suave; pero en la parte en que mas se estrechaba, ocupaba todo el ancho una torre por donde no se podia pasar para llegar arriba sin permiso de los que la guardaban, ò forzándola. En la cima que formaba un terreno unido, cuya circunferencia era de siete estadios, se elevaba una fortaleza, obra del gran Sacerdote Jonatás, pero aumentada, y perfeccionada por Herodes. El muro construido de la mas hermosa piedra, tenia doce codos de altura, sobre ocho de ancho, y estaba flanqueado con treinta y siete torres, cuya elevacion llegaba à cincuenta codos. Las

casas estaban edificadas por la parte de adentro al rededor del muro , à fin de que se pudiese cultivar el espacio de en medio , que era una tierra de excelente calidad , y mas fertil que ninguna llanura : recurso muy grande en las estrecheces de un sitio. Ademas de esto habia cuidado Herodes de proveer la plaza de granos , vino , aceyte y legumbres de todo género , siendo muy singular que estas provisiones se conserváron por espacio de cerca de cien años. Eleazaro y los suyos se mantuviéron con ellas , y quando los Romanos se apoderáron de la plaza halláron las que quedaban sin alteracion ninguna. Josepho da por causa de este efecto tan estraño la pureza del ayre , que à una altura tan grande no estaba mezclado de vapores húmedos y terrestres; pero es verosimil que el arte , y algunas precauciones ayudarian à la naturaleza. No se olvidó Herodes de las municiones de guerra , y puso en Masada armas para diez mil hombres , y ademas una gran cantidad de hierro, bronce y plomo para fabricar nuevas armas en caso de necesidad. Un sitio tan elevado estaba falto de agua , y para precaver este inconveniente , mandó abrir un gran número de cisternas en donde se recogia y conservaba el agua Hovediza. En esta fortaleza tan bien perrechada y guarnecida , construyó para sí un grande y hermoso Palacio , fortificado como una plaza de guerra , para que le sirviese de asilo en caso de desgracia , ya porque los Judíos se le rebelasen en favor de los Príncipes de

de la familia de los Asmoneos, à quienes habia destronado, ò ya porque el odio que le tenia Cleopatra le armase contra él à Antonio, y à los Romanos.

Habiendo resuelto Flavio Silva forzar esta plaza, dió principio por cercar toda la roca con una muralla guarnecida de reductos y buenos cuerpos de guardia, à fin de impossibilitar la fuga à los sitiados. Despues plantó su campo lo mas inmediato que le fué posible, y como era preciso ir à buscar los víveres y el agua à una gran distancia, impuso este gravámen à los Judíos vencidos. Tratábase de hallar un parage desde donde pudiera batirse la muralla, y despues de haber forzado sin mucho trabajo la torre que cortaba el camino de la parte Occidental, encontró Flavio una eminencia que tenia anchura, y se extendia considerablemente ácia la fortaleza; pero que estaba trescientos codos mas baxa que el muro de Masada. No le aterró la inmensá obra que se necesitaba para igualar su altura, y levantó una terraza de doscientos codos sobre la plataforma del peñasco, y encima un macizo de piedra de cincuenta codos de alto y ancho. Sobre este levantó una torre de madera guarnecida de hierro que se elevaba hasta sesenta codos, y que por consecuencia sobrepujaba diez codos la altura del muro. Desde allí los Romanos con varias máquinas dispararon una nube de piedras que en breve limpiaron todo el muro, de suerte que ninguno de los sitiados se atrevia à dexarse

ver.

ver. Al mismo tiempo el ariete batia la muralla, y con mucho trabajo llegó à abrir brecha; pero Eleazaro tuvo cuidado de construir por dentro otro nuevo muro que cortó el paso à los sitiadores.

Este muro estaba hecho con arte é inteligencia. No era construido con piedras, que resistiendo à la acción del ariete, daban lugar à esta formidable máquina de emplear todo el impulso de su fuerza, sino con madera y tierra, de suerte que los golpes se embotaban contra esta materia dispuesta à cederle; y si conmovia la madera, apretaba la tierra, y hacia la obra mas sólida. Viendo Flavio que el ariete no producía ningun efecto, mandó à sus soldados arrojar contra el nuevo muro una multitud de teas encendidas que prendieron en la madera que le sostenia; pero un viento Norte que se levantó llevaba las llamas ácia las máquinas Romanas, que corrian peligro de ser quemadas. Repentinamente, y por un efecto que los sitiados y sitiadores atribuyeron à expresa voluntad de Dios, se cambió el viento, y el fuego consumió la nueva muralla. Los Romanos volviéron à su campo llenos de alegría, y resueltos à dar el asalto áb dia siguiente, y durante la noche hicieron una guardia muy exácta para que ninguno de los enemigos pudiera huirse.

No pensaba Eleazaro de ningun modo ni en ponerse en fuga, ni en permitirle à los suyos, porque determinado muy de antemano à una resolución que contemplaba como mas

dig-

digna de su valor , su recurso era la muerte voluntaria , y la carnicería de quantos se hallasen encerrados con él en Masada. Para conseguir la execucion de su funesto designio, convocó à los mas valerosos , y les hizo presente, que resueltos como estaban desde el principio à morir ántes que reconocer otro Soberano que à Dios , solo habia llegado el caso de verificar con los efectos un modo de pensar tan noble ; y añadió : “Hasta aquí hemos des-  
»echado con indignacion una servidumbre  
»exênta de peligro ; y qué vergüenza no se-  
»ria para nosotros aceptar ahora con la ser-  
»vidumbre los suplicios crueles que debemos  
»esperar de los Romanos , si caemos vivos  
»baxo de su poder ? Aprovechémonos quanto  
»ántes de la gracia que Dios nos concede de  
»ser dueños de nuestra suerte. Nos priva de  
»todos los medios de conservar à un mismo  
»tiempo nuestra vida , y nuestra libertad , y  
»su justa cólera contra toda la Nacion se ma-  
»nifiesta en los rigores que experimentamos  
»tantos años hace. Pero no tenemos motivo pa-  
»ra quejarnos , no solo porque somos culpa-  
»bles , sino tambien porque nos dexa abierta  
»una puerta para evadirnos del cautiverio.  
»Aprovechemos la proporcion que nos ofrece  
»la bondad divina , y una muerte honrosa por  
»una mano amiga , preserve à nuestras mu-  
»geres de los ultrajes de los vencedores inso-  
»lentes , y à nuestros hijos de la servidumbre.  
»Hagámonos despues este noble servicio los  
»unos à los otros , persuadidos de que la li-  
»ber-

„bertad conservada hasta el último aliento es  
 „para los hombres valerosos el mas glorioso  
 „sepulcro. Pero frustremos ántes la codicia de  
 „nuestros enemigos, destruyendo con el fue-  
 „go todo quanto pueda ser presa suya, y so-  
 „lo conservemos los víveres para que atesti-  
 „güen que ha terminado nuestros dias una  
 „resolucion generosa, y no la necesidad de  
 „la hambre.”

Este discurso no hizo desde luego todo el efecto que esperaba Eleazaro. Entre los que le escuchaban habia muchos en quienes obra-  
 ba con mucha fuerza el horror natural de la muerte, y sobre todo la compasion por sus tiernos hijos y esposas queridas, y fué preciso que Eleazaro insistiese en su intento, echándoles en cara con la mayor viveza su afeminacion y falta de espíritu. Aprobáron por fin todos su consejo, disponiéndose á ejecutarle, y comenzáron degollando á sus mugeres y hijos, persuadiéndoles el furor cie-  
 go que los arrebatava, que esto era darles la última prueba de afecto y de ternura. Amon-  
 tonáron todos estos cadáveres en el Palacio construido por Herodes, y todas quantas riquezas habia en la plaza; despues de lo qual diez de los mas robustos escogidos por suerte, se encargáron de matar á todos sus camaradas. Estas víctimas voluntarias, poniéndose al lado de los muertos, á quienes se apresuraban á seguir, recibian con accion de gracias el golpe mortal. El último que quedó de los diez, puso fuego al palacio, y dió

fin á tan horrible tragedia matándose á sí mismo. El número de los que perecieron de este modo ascendia á novecientos y sesenta, incluso mugeres y niños. Hubo no obstante dos mugeres viejas, y cinco niños que salvaron las vidas, habiéndose ocultado en unos subterráneos durante el tumulto de aquella bárbara execucion.

Jos. VII. 29.

Apénas ameneció, los Romanos se preparaban á dar el asalto segun lo habian resuelto el dia anterior. Quedaron sorprendidos de no descubrir ningun enemigo. El silencio, la soledad, el fuego que se elevaba por los ayres los puso en una grande confusion: diéron un grito como si fueran á hacer una descarga, á fin de forzar á los enemigos á manifestarse; pero solo se dexaron ver las dos mugeres, que saliendo del subterráneo viniéron á presentarse á los Romanos, y les refiriéron por menor la trágica escena de que habian sido testigos. Los Romanos entraron, apagaron el fuego, y habiendo penetrado en el palacio, viéron aquella multitud de cadáveres medio quemados, cuyo aspecto les inspiró ménos horror que estimacion por la generosidad de tantas personas de todos sexos, y edades, que habian preferido la muerte al cautiverio. Habiendo dexado Flavio una guarnicion en el fuerte, se retiró à Cesarea.

La toma de Masada es la última expedicion de la guerra de los Romanos contra los Judíos. Este suceso acaeció en el dia diez y



seis del mes Jantico del año setenta y dos de Jesu-Christo, y por consecuencia duró seis años, que comenzó el diez y seis del mes Artemisio, del año sesenta y seis. El fin de esta guerra fué, como lo hemos visto, la destruccion de una gran parte de la nacion Judaica, y ademas la confiscacion de su territorio. Desde el año setenta y uno habia mandado Vespasiano que se vendieran las tierras y Ciudades á beneficio del fisco, de cuya ley solo exceptuó la Ciudad y territorio de Emaus, donde estableció una Colonia de ochocientos veteranos, que tomó el nombre de Nicopolis, ó *Ciudad de la Victoria*. El Reyno de Agrippa, que permaneció siempre fiel en la alianza de los Romanos, no debia ser comprehendido en el castigo de los rebeldes, y subsistió hasta la muerte de este Príncipe. Los Judíos esparcidos en todo el Imperio tuvieron libertad de gozar, si se matuviesen quietos, de los mismos derechos de que ántes estaban en posesion. No se les comprehendió en el castigo de los crímenes de sus compatriotas; pero Vespasiano los sujetó á pagar al Capitolio el tributo de dos dragmas que ántes contribuian al Templo de Jerusalem.

La obstinacion indómita de algunos Judíos les acarrearón nuevas desgracias. Entre el número de los asesinos secuaces de Judas el Galileo, hubo muchos que tuvieron la felicidad de salvarse en Alexandría, á donde llevaron el espíritu turbulento de que esta-

*Turbaciones  
en Alexandría.*

ban poseidos, y en vez de tener á gran dicha el haber evitado la muerte que tan justamente merecian, sembraron entre sus huéspedes máximas sediciosas, exhortándolos á vengar su libertad, y á no reconocer mas Soberano que á Dios. Llegó á tanto su audacia, que diéron muerte á quantos se oponian á su sediciosa doctrina, y si encontraban discípulos dóciles, los incitaban abiertamente á la rebelion. Los Xefes del Consejo de los Judíos de Alexandría quedáron consternados viendo que los excesos de estos fanáticos no dexarian de imputarse á todos los que estaban unidos con ellos en la sociedad de una misma Religion. Convocáron pues, una asamblea del Pueblo, y habiéndole animado eficazmente contra unos malvados que querian envolver en el suplicio de que ellos eran dignos, á los que no habian tenido parte alguna en sus crímenes, concluyéron que el interes de la seguridad exìgia que se apoderasen de estos asesinos para entregarlos al Magistrado Romano. El Pueblo siguió el dictámen de sus Xefes, y inmediatamente fuéron presos seiscientos de aquellos sediciosos, y persiguió hasta Thebas en el alto Egipto á los que habian huido, y los conduxo á Alexandría. Lo mas singular es que no fué posible reducir á la razon á ninguno de estos furiosos. El fanatismo se habia apoderado de tal suerte de sus almas, que á pesar de los tormentos mas exquisitos no quiso ni uno solo reconocer al Cesar por Soberano. Todos

has-

hasta los niños persistieron en su pertinacia, y prefirieron el perder la vida en los mas crueles suplicios.

VESPASIANO

*El Templo de Onías es cerrado de orden de Vespasiano.*

Esta conmocion, aunque extinguida en su principio, atrajo sin embargo la atencion de Vespasiano sobre el Templo cismático que Onías habia edificado en Egipto á imitacion del de Jerusalem. \* Viendo el Emperador Romano quan incurable era la inclinacion que tenian los Judíos á sublevarse, temió que el Templo de Onías, que habia quedado solo, haciéndose objeto del afecto de la nacion, fuese para ella motivo de juntarse y excitarse nuevas turbaciones. Por esta razon mandó á Lupo, Prefecto de Egipto, que le destruyese; pero Lupo se contentó con cerrarle. Paulino, su sucesor, le despojó, y prohibió á los Judíos concurrir á él, con lo qual se abolió enteramente el culto Judaico, del que ni aun quedó la sombra ilicita que al parecer le perpetuaba. El Templo de Onías subsistió por espacio de doscientos veinte y tres años.

*Turbaciones en Cirene.*

El contagio del espíritu de sedicion se manifestó tambien entre los Judíos de Cirene. Un Texedor llamado Jonatás, del partido de los asesinos, habiéndose retirado á esta Ciudad, se fingió Profeta, y prometiendole prodigios y milagros, persuadió á algunos del Pueblo á seguirle en el desierto. Los principales de los Judíos diéron cuenta de este principio de tur-

\* Sobre la fundacion de este Templo véase el tomo IX. de la Historia Antigua de Mr. Rollin.

VESPASIANO

bulencia á Catulo, Gobernador de la Pentapolis \* de Libia, quien habiendo enviado algunas tropas, disipó aquella canalla, y prendió vivo á su caudillo. Este malvado para conseguir perdon, y libertarse del suplicio, ofreció revelar los culpados, y acusó á los mas poderosos de sus compatriotas de ser los promotores secretos de todo quanto él hacia. Dió oidos Catulo á esta calumnia, y queriendo tener parte en la gloria de haber contribuido á concluir la guerra de los Judíos, hizo gran ruido en un negocio que no era nada en sí, aumentó los objetos, y atemorizó á las gentes con la idea de una conjuracion importante. No contento con recibir sin pruebas unas acusaciones tan graves, dictaba él mismo á los delatores sus deposiciones, y por este medio se libró de un Judío á quien aborrecia, y tambien de su muger. Despues acometió á todos los que por su opulencia se distinguian entre los demas; y implicó en este odioso negocio á mas de tres mil, á quienes condenó y impuso la pena de muerte, creyendo que la utilidad que resultaba al Emperador de tantas confiscaciones, cubriria sus injusticias. No paró en esto, pues Jonatás, y sus compañeros, inducidos siempre por Catulo, inculcáron en sus acusaciones aun á los mas distinguidos de los Judíos establecidos en Alexandría, y en Roma, y con especialidad á Josepho, á quien atribuian haberles en-

\* Pequeña Region de que Cirene era la Capital.

enviado armas y dinero. Esto dió motivo á Vespasiano á tomar por sí mismo conocimiento de esta causa. No era uno de aquellos Príncipes para quienes es lo mismo ser acusado de crimen en materia de Estado que ser reo. Tomóse tiempo para exâminarla: procedia con mucha justificacion y madurez en el exâmen de las pruebas; y las informaciones fraudulentas hechas por Catulo, no pudieron resistir á la luz de semejante revision. Descubrióse la calumnia, y Jonatás que habia sido llevado á Roma, recibió por fin el castigo que tanto se habia diferido, y fué azotado con varas, y quemado vivo. Por lo que hace á Catulo, la indulgencia excesiva de las Leyes Romanas, y del Emperador, le libertó de la pena que merecia; pero la venganza divina exerció por sí misma su justicia en este insigne malvado, porque poco despues una enfermedad, cuyos síntomas fuéron horribles, le conduxo al sepulcro.

Con este hecho concluye Josepho su Historia de la guerra de los Judíos: monumento muy estimable, como ya advertimos, para nuestra Religion, y cuya autoridad, es superior á toda crítica. No solo es Josepho un testigo ocular que refiere unos sucesos en que tuvo mucha parte, sino que publicó su obra á vista de los que como él fuéron testigos, y aun autores de lo que contaba; y por consiguiente se hallaban en estado de dementirle, si en su narracion hubiera alterado la verdad. Entre estos testigos contamos

*Autoridad de  
la Historia de  
Josepho.*

Jos. vit. 65.  
et in Ap. I.

9.

á

á Vespasiano y á Tito, á quienes dedicó su Historia; y al Rey Agrippa, á quien la hizo leer; y su fidelidad afianzada en nombres tan respetables, sobrepuja la medida de las pruebas que pueden por lo comun exigirse de un escritor.

Pero el elogio que damos á la sinceridad y fidelidad de Josepho debe limitarse á lo que concierne los hechos mas notables, y sus principales circunstancias, pues yo no intento hacerme responsable de todas sus narraciones por menor. El que le lea advertirá fácilmente en él un carácter vano, y á veces algo crédulo, y adulator de los poderosos: y estas qualidades no son las de un escritor, á cuyo testimonio se deba dar entera fe. A esto se añade un estilo ambicioso que corre tras los adornos: que no conoce las gracias amables de la simple naturaleza: que se pierde muchas veces en discursos de una prolixidad excesiva y molesta; y que hace vana ostentacion de una filosofia, y de una erudicion inoportunas; pero estos son defectos del Autor, que disminuyen muy poco el mérito de la obra.

Joseph. de  
B. Jud. I. 1.  
*Noticia de  
las demas o-  
bras de Jo-  
sepho.*

Fué Josepho escritor fecundo, pues ademas de la Historia de la guerra de los Judíos, que es sin disputa la mas importante de sus obras, la qual compuso en su idioma nativo, y en Griego en el tiempo mismo que aun estaban los hechos muy recientes, tenemos de él las Antigüedades Judaicas en veinte libros, su vida escrita por él mismo, dos li-

libros contra Apion, y un pequeño escrito sobre el martirio de los siete hermanos Macabeos.

VESPASIANO

---

Escribió sus antigüedades para divulgar entre los que entendian, y hablaban el Griego el conocimiento de la Historia de su Nacion, comenzándola como Moyses, desde el origen del mundo. Esta es una obra útil, y seria mas estimable si el autor en muchos pasages no se hubiese empeñado en adornar la magestuosa sencillez de la Sagrada Escritura, y en otros por el contrario en degradar las maravillas del poder y bondad de Dios para hacerlas mas creibles á sus lectores.

Joseph.  
Antiq. I. I.

Su vida sirve de conclusion á su obra de las antigüedades. No escasea sus propios elogios, y le dariamos mas crédito en esta parte si fuese mas moderado. Sus antigüedades estan dedicadas á Epafrodito, que puede muy bien ser el famoso Liberto de Neron, condenado á muerte por Domiciano. El mismo nos asegura que concluyó esta grande obra el año décimotercio de este Emperador, que era el cincuenta y seis de su edad.

Sus libros contra Apion, dedicados tambien á Epafrodito, son una continuacion de su obra de las antigüedades, y una apología de los Judíos contra las calumnias públicas por algunos escritores Griegos, de los cuales era el mas principal Apion el Gramático, y renovadas por algunos de los que habian leído los escritos de Josepho.

La relacion de la valerosa muerte de los

Tom. VI.

Xx

Ma-

VESPASIANO

Macabeos, y de su madre, tiene un estilo muy declamatorio, y su objeto es probar una máxîma mas digna del orgullo Estoyco, que de los principios de la verdadera Religion, que lo refiere todo á Dios. Josepho se propone demostrar que la razon debe y puede dominar las pasiones, y prueba su tema con exemplos de virtud en los que debia reconocer el poder de Dios, que acude al socorro de la humana flaqueza.

Joseph. vit.

Por lo que hace á la persona de Josepho, tenemos poco que añadir á lo que queda dicho en el curso de esta Historia. Era de familia Sacerdotal, de la primera de las veinte y quatro clases en que David distribuyó la posteridad de Aaron, y por su madre descendia de la Casa Real de los Asmoneos. Despues de la ruina de su pais, vivió en Roma baxo de la proteccion de los Emperadores Vespasiano, Tito y Domiciano, que le diéron muchas pruebas de benevolencia; y no sabemos si su vida fué mas larga que el reynado del último de estos Emperadores.



## FASTOS DEL REYNADO DE TITO.

### *Vespasiano Augusto IX. Tito César VII.*

**T**ito confirma en una sola ordenanza todas las donaciones y gracias que habian concedido sus predecesores.

An. Rom.  
830.  
De J. C. 79.

Su dulzura, y moderacion con Domiciano. Destierra á los delatores. Despide á Berenice.

Incendio del monte Vesuvio. Muerte de Plinio el mayor.

### *Tito Augusto César VIII. Domiciano César VII.*

**P**este violenta. Horrible incendio en Roma. Dedicacion del Anfiteatro, comenzado por Vespasiano, y concluido por Tito, que con este motivo da magníficos juegos al Pueblo.

An. Rom.  
831.  
De J. C. 80.

### *Sex. Flavio Silvano. T. Annio Vero Polion.*

**M**uere Tito el dia trece de Setiembre.

An. Rom.  
832.  
De J. C. 81.

## SUMARIO DEL LIBRO XVII.

**T**ito reconocido Emperador á pesar de las intrigas de Domiciano su hermano. Merece ser llamado las Delicias del género humano. Rasgos de su bondad. La potestad Soberana le perfecciona y le reforma. Despide á Berenice. Incendio del monte Vesuvio. La Ciudad de Herculano descubierta en nuestros dias. Muerte de Plinio el viejo. Peligro que corre Plinio el jóven. Noticias de la vida de Plinio el viejo. Sus escritos. Su pasion por el estudio. Peste violenta. Cuidados paternales de Tito en los males que padecian sus subditos. Incendio en Roma. Magnificencia de Tito en los juegos y espectáculos. Muerte de Tito. Falso Neron. Hazañas de Agricola en la gran Bretaña.

## LIBRO XVII.

## HISTORIA DEL REYNADO

DE TITO.

**D**espués de la muerte de Vespasiano, Tito su hijo mayor, fué reconocido Emperador sin la menor dificultad por el Senado, y los soldados, sin embargo de que Domiciano, cuya ambición era desenfrenada, pretendió disputar el Imperio á su hermano, ó á lo ménos dividirlo con él. Tuvo pensamiento de ofrecer á los soldados doble gratificación de la que Tito les concedia, y supuso haberse alterado el testamento de su padre, y que la intencion de Vespasiano era que sus dos hijos gozasen en comun del Imperio. Estas ideas estaban bien desmentidas con toda la conducta de Vespasiano, quien siempre hizo una gran distincion entre sus dos hijos, asociando al mayor á la potestad y autoridad del Gobierno, y tratando al segundo con una severidad que se veia Tito obligado muchas veces á templarla con sus ruegos; y así las quejas de Domiciano solo sirviéron para manifestar mas y mas su perverso corazon, y inspirar á Tito recelos que debiéron hacerle mas cuidadoso de su seguridad, y de la felicidad del Imperio.

Ninguno hay que no conozca á este Emperador por el glorioso título de *Delicias del*  
gé-

TITO.

*Tito declarado Emperador á pesar de las manio-  
bras de Domiciano.*

Suet. Dom.  
I.

Suet. Tit. I.  
*Merece ser  
llamado las  
Delicias del  
género hu-  
mano.*

TITO.

*Rasgos de  
su bondad.*

*género humano.* Merecióle por su bondad constante y universal; y todo lo que tenemos que decir de su Reynado se reduce á las pruebas que dió de este amable carácter. Manifestóse desde luego con una Ordenanza que le dictó su inclinacion benéfica. Sus predecesores desde Tiberio habian tomado por regla mirar como anuladas todas las donaciones \* hechas de los bienes de la República desde el punto que espiraba el donatario; y era preciso que los particulares que las habian recibido obtuviesen la confirmacion del nuevo Príncipe. Tito los libertó de esta necesidad importuna, y por un edicto general confirmó todas las gracias de sus predecesores. Su exemplo fué como una ley seguida por los Príncipes que le sucediéron.

Al tiempo de tomar posesion del Sumo Pontificado, declaró que admitia esta dignidad sacra como una prenda ú obligacion de guardar sus manos puras, y de no mancharlas jamas con la sangre de ningun ciudadano. Cumplió su palabra, y durante su Reynado, que por desgracia fué corto, á ninguno condenó á muerte, aunque no le faltaron ocasiones de ejercer una legítima venganza.

Dos

\* Suetonio se sirve de la palabra benéfica, que no parece significa *beneficios* en general, sino que debe explicarse en un sentido mas limitado, entendiéndose especialmente de los establecimientos concedidos por los Emperadores á los soldados en las tierras conquistadas. Se pueden tambien comprehender las pensiones sobre el tesoro del Príncipe.

Dos patricios fueron convencidos de haber conspirado contra él. Tito, siempre invariable en sus máximas de clemencia, y protextando con juramento que mas queria perecer que matar, hizo venir á su presencia á los culpados, y los exhortó á desistir del proyecto insensato de elevarse al Imperio, del que solo disponia el órden de los destinos, prometió concederles qualquiera otra cosa que pudieran desear; y como la madre de uno de estos se hallase ausente de Roma, la despachó un correo para calmar su inquietud, y asegurarla que la vida de su hijo no corria ningun peligro. Finalmente, convidó á los conspiradores á cenar familiarmente con él, y al dia siguiente, habiendo concurrido á un espectáculo de Gladiadores, los hizo sentar á su lado, y quando le traxéron, segun costumbre, las armas de los combatientes, á fin de exâminar si estaban en buen estado, las puso con confianza en manos de los que acababan de formar proyectos contra su vida.

No cesaba su hermano de armarle asechanzas: solicitaba quasi abiertamente que los exércitos se rebelasen; y formaba proyectos para alejarse de la Corte. Nunca pudo Tito resolverse no solo á hacer quitar la vida á un hermano tan malvado, pero ni aun á asegurarse de su persona, ó á lo ménos á tratarle con mas entereza. Hízole su Cólega en el Consulado: desde el primer dia que ascendió al Imperio le manifestó que no teniendo hijos varones, le miraba como á su sucesor, y  
siem-

TITO.

siempre conservó el mismo language. Además de esto en sus conversaciones secretas le conjuró muchas veces con lágrimas que correspondiese á su afecto, y que le volviera amistad por amistad.

Un Príncipe tan lleno de bondad estaba muy léjos de admitir, ni permitir las acusaciones odiosas, que transformando en crímenes de Lesa Magestad las palabras mas sencillas, y muchas veces inocentes, habian sido por largo tiempo el terror de los buenos. Abolió enteramente su uso, y véanse las palabras con que se explicó sobre este punto. "Estos supuestos crímenes ó me tocan á mí, ó á mis predecesores. Por lo que á mí hace, yo no puedo ser ultrajado, ni insultado, porque no hago cosa que sea digna de reprobarse, y las voces que no tienen otro apoyo que la mentira, solo me parecen dignas de desprecio. En quanto á los Emperadores que me han precedido, á ellos toca vengar sus injurias, supuesto que sea cierto que participan ahora de los derechos de la Divinidad." De este modo los delatores, léjos de hallar abrigo en Tito los que habian quedado de los Reynados antecedentes, sufrieron de su parte un justo rigor. Unos fuéron simplemente desterrados de Roma. Otros mas culpables, despues de haber sido azotados en la plaza pública, y paseados ignominiosamente por el anfiteatro, fuéron vendidos como esclavos, ó enviados á Islas desiertas. No contento con esto, tomó varias precauciones para lo sucesivo, y con

con prudentes reglamentos procuró poner freno à las criminales astucias de los que hacian servir las Leyes à la opresion de los inocentes, y al aumento de su fortuna.

Era tan inclinado á hacer bien, que si alguna vez creia no deber conceder lo que se le pedia, à lo ménos daba esperanzas; y habiendo tomado sus Oficiales la libertad de hacerle présente con este motivo, que à veces ofrecia mas de lo que podia cumplir, les respondió: "Que no convenia que ningun ciudadano saliese descontento de la audiencia de su Príncipe." Todos saben los términos en que manifestó su displicencia de haber dexado pasar un dia, sin haber hecho ninguna gracia. *Amigos*, dixo à los que cenaban con él, *hemos perdido el dia*: palabras consagradas para siempre en los anales del género humano, y mas dignas de alabanza que todas las victorias de Alexandro, y de Cesar.

A vista de esto, es inútil observar que Tito no hizo injusticia à persona alguna, y que jamas despojó de sus bienes al legítimo poseedor, ni aun quiso recibir las contribuciones establecidas por la costumbre, y que se miraban como demostraciones voluntarias del afecto de los Pueblos à su Príncipe.

Suet. 7. 8.

Como por su inclinacion era tan popular, tanto como en otro tiempo lo eran por necesidad los primeros ciudadanos de Roma, si daba algunos combates de gladiadores, dexaba à la multitud decidir del número y eleccion de los combatientes. Quando se bañaba

TITO.

en las Thermas que hizo construir, admitia consigo à la gente del Pueblo; pero no obstante observa Suetonio, que aun en sus mayores familiaridades sabia conservar su dignidad, y no envilecer la magestad de la autoridad suprema; y ya hemos visto que Tácito afirma lo mismo.

Suet. Tit. 9.  
10.

Un trato tan suave y familiar le ganaba los corazones de todos quantos se le acercaban. Mereció tener amigos: ventaja en extremo rara en una fortuna tan alta, y los escogió con tanto acierto, que los que tuvieron parte en su confianza, la conservaron en el mismo grado con los Príncipes amigos de la virtud que le sucedieron.

Conocia todo el valor de la amistad, y cumplia puntualmente con los deberes que impone. Hallándose con corta diferencia en la misma edad que Británico, fué educado con este jóven Príncipe, teniendo los mismos maestros, y recibiendo las mismas lecciones. Habia entre ellos tan estrecha union, que se dijo que en el convite que acabó tan tristemente con los dias del hijo de Claudio, Tito que estaba sentado à su lado, bebió de la copa envenenada, y estuvo largo tiempo peligrosamente enfermo. Luego que fué elevado al Imperio se acordó de aquel cuya compañía habia honrado su infancia, y mandó erigir dos estatuas à Británico, la una de oro, que colocó en su palacio, y la otra equiestre de marfil, para llevarla con las imágenes de los Dioses, y de los grandes hombres en la pompa



pa solemne de los juegos del circo.

Lo que parece muy digno de observarse es que la potestad soberana, cuya seducción fué tantas veces peligrosa à muchos que en la condicion privada se habian mostrado virtuosos, perfeccionó las buenas qualidades de Tito, y corrigió sus defectos. En tiempo de su padre, no fué pura su conducta, ni enteramente libre de defectos. Sobre todo le vituperaban diversos actos de rigor en el exercicio del empleo de Prefecto del Pretorio, y una gran disolucion en sus costumbres. Esto llegó à tales términos, que si hemos de dar crédito à Suetonio, se formó una idea siniestra de la elevacion de Tito al Imperio, y se temia hallar en él otro Neron.

No dudo que haya alguna exâgeracion en este language, y que el deseo de formar un contraste brillante entre Tito César, y el mismo Tito Emperador, le hizo cargar demasiado el retrato de su primera conducta. Hemos visto que los supuestos actos de rigor que se le imputan en vida de su padre, eran actos de justicia contra unos delinqüentes, y precauciones necesarias para asegurar la vida del Príncipe, y la tranquilidad pública. El hábito de la equidad, y de la bondad estaba en él muy radicado quando tomó las riendas del Imperio; y de esto nos subministra muchas pruebas la guerra de los Judíos.

No es tan facil justificar à Tito de las acusaciones relativas à la disolucion de sus costumbres. Miéntras vivió Vespasiano, su ca-

## TITO.

Suet. Tit. 6.  
7. et Dio.

*La potestad soberana perfecciona y reforma à Tito.*

Dio. Vesp.

Suet. et Dio.  
in Tito.

TITO.

sa y familia se componia en gran parte de pantomimos, eunucos, y de jóvenes esclavos, cuyos destinos no se atreve à explicar una pluma casta. Sus amores con Berenice, despues que han sido cantados por el mas tierno de nuestros Poetas, son bien conocidos de todos; y sobre este importante artículo le reformó la licencia del poder soberano.

Joseph. Ant.  
XVIII. 7. et  
XX. 5.

El primer uso que hizo de la autoridad, fué despedir à Berenice à quien amaba, y de quien era amado. Esta Princesa, hija de Agrippa primero, y hermana de Agrippa el segundo, habia sido casada con Herodes, Rey de Chalus su tio, y despues de la muerte de este con Polemon, Rey de Cilicia, de quien se separó. Su conducta nada tenia de regular, y aun se ha sospechado que tuvo trato incestuoso con su hermano; pero estaba adornada de gracias y atractivos, de elevacion en sus pensamientos, y de costumbres magnificas, con lo qual supo agradar à Tito, quien tuvo ocasion de conocerla, y tratarla durante la guerra de los Judíos. Siguióle à Roma despues de la ruina de Jerusalem, y viviendo con él en su palacio, la miraban como destinada à ser su esposa legitima, y ella se atribuia con anticipacion todo el favor, y todos los honores de tal. Parece no obstante que Tito interrumpió su enlace con ella en vida de su padre, y que aun llegó à alejarla de sí, aunque probablemente con promesa de volverla à llamar, pues desde que supo que este Príncipe era absoluto dueño de sus ac-

Dio. Vesp.

Suet. et Dio.  
in Tito.

cio-

ciones, volvió à Roma, y halló su ruina en lo mismo que fundaba sus esperanzas. Tito con su elevacion al Imperio se habia revestido de pensamientos correspondientes à su dignidad, y siendo mas severo para consigo mismo, desde que su conducta pendia solo de su voluntad, conoció el inconveniente de un matrimonio que desagradaria à todos los Romanos. Ya se sabe que estos no conocian otra nobleza que la de su sangre, y que los Reyes y Reynas extrangeras no eran en su idea mas que unos esclavos coronados. El casamiento de Antonio con Cleopatra habia sido universalmente vituperado, ademas de que no habia comparacion entre esta Reyna poderosa, descendiente de una dilatada série de Reyes, y Berenice que solo tenia el título de Reyna, y cuya hermana \* Drusila se habia casado con Felix, Liberto de Claudio. Persuadido Tito de que su principal obligacion era no dar à los que le obedecian ningun motivo de censura, ni de queja fundada, se venció à sí mismo, y sacrificando su pasion à la razon de estado, despidió à Berenice para siempre.

No dice Suetonio positivamente si Tito echó de su Corte toda aquella tropa disoluta que tanto habia obscurecido su reputacion; pero se separó de ella de tal suerte, que habien-

\* Mr. Racine hace à Felix marido sucesivamente de dos Reynas de la familia de Berenice. Yo ignoro qué otra Reyna ademas de Drusila se casó con este Liberto.

TITO.

biendo sus pantomimos lucido extraordinariamente en el Teatro, consiguiendo aplausos proporcionados à la pasion que la multitud tenia por su arte, no tomó Tito el menor partido; y aun se abstuvo de concurrir à sus juegos.

Tambien se habia censurado la profusion de sus convites que solia prolongar hasta la media noche con algunos amigos de humor festivo; pero se reformó en este punto como en todos los demas reprehensibles de su conducta, y quiso que la alegría, y la libertad reynasen en su mesa; pero sin ningun exceso, y solo la virtud era el camino de conseguir su amistad.

Finalmente, algunos le habian reprehendido de codicioso, y Suetonio asegura como hecho constante que tenia su intervencion en los traficos indignos de su padre. Pero sin embargo, hemos visto que desaprobaba desde entónces su indecencia; y desde que fué dueño de sus acciones borró enteramente esta nota con sus procedimientos, no solamente libres de toda injusta exacción, sino tambien generosos y magníficos.

Tal es la mutacion que la potestad soberana obró en Tito. Persuadióse que el primer puesto restringia su libertad, y que al paso que podia mas, habia ménos cosas que le fuesen lícitas. Esto es lo que respondió à un hombre, admirado de que le negára una pretension, en cuyo favor se habia interesado con su padre. "Hay, le dixo, mucha diferencia

"en-

„entre interesarse con otro, ò juzgar por sí mismo, entre apoyar una instancia, ò tener que concederla.”

TITO.

*Incendio del Vesuvio.*

La felicidad de que gozaban los Romanos con un Príncipe únicamente empleado en el cuidado de hacerlos dichosos, fué perturbada con tres grandes calamidades, à saber el incendio del Monte Vesuvio, una enfermedad epidémica, y contagiosa, y un terrible fuego en Roma. El primero de estos tres desastres, es tambien el mas importante, y el mas funesto; y adquirió para nosotros un nuevo grado de celebridad por el reciente descubrimiento de una Ciudad que quedó sepultada en este furioso terremoto, y que acaba de hallarse quasi entera despues de un intervalo de diez y siete siglos. Por estas razones no será estraño que nos alarguemos en la relacion individual de este memorable suceso.

Debemos observar ante todo, que hasta el tiempo de que hablamos, el monte Vesuvio no se habia hecho formidable por las violentas erupciones de llamas, que despues se han renovado tantas veces \*, y han causado tantos estragos; y si sucedió alguno, no habia quedado memoria, y solo se discurria por congeturas. La boca del volcan que estaba abierta, el fuego que durante la noche se veia salir de ella, y el humo durante el dia

\* Despues del Reynado de Tito solo han acaecido dos erupciones furiosas, la una en 472, y la otra en 1631; pero las erupciones ménos terribles, aunque siempre perjudiciales, han sido y son muy freqüentes.

TITO.

dia, la superficie del terreno cubierta hasta cierta distancia de cenizas, y piedras calcinadas, los terremotos que con frecuencia se sentian en aquellas inmediaciones, todo esto daba à conocer que en aquel lugar habia fuego encerrado, que habiendo sido en otro tiempo mas vivo, y mas violento, se habia despues amortiguado por falta de materiales propios à conservarle. Esto es lo que se ha podido inferir de los testimonios combinados del Poeta Lucrecio, de Diodoro Siculo, y de Estrabon que todos tres escribiéron, y murieron ántes del reynado de Tito. Plinio el mayor, à quien el incendio que vamos à referir costó la vida, habla con indiferencia del Vesuvio en algunos pasages de su Historia natural, sin hacer mencion de ninguna singularidad que hiciera este monte notable. Séneca que emplea todo el sexto libro de sus Qüestionés naturales en indagar las causas de los terremotos, y en especialidad del que en tiempo de Neron, y en el Consulado de Regulo, y Virginio afligió la Campania, y ocasionó grandes daños à las Ciudades de Pompeya, y Herculano, no hace al parecer mucha atencion à la vecindad del Vesuvio, del qual no nos dice una palabra, de suerte que en este punto se vivia con seguridad, y no se creia haber motivo para temer de un fuego mediano que salia por una boea muy estrecha, y cuyos efectos parecian útiles por la hermosura y fertilidad que producian en los campos inmediatos.

El

El día veinte y quatro de Agosto \* del año primero del reynado de Tito , que correspondió al año setenta y nueve de Jesu-Christo , á la una de la tarde aparecieron los preludios de la espantosa desolacion que debia enseñar á los vecinos del monte Vesuvio á temerle. Plinio el jóven , que se hallaba entónces con su tío en Miseno , refiere que se descubrió como una gran nube de figura singular , que semejante á un pino se elevaba primero á una altura considerable , y formaba como un tronco , del que se separaban muchas ramas. Esta nube aparecia á veces blanca , y á veces cenicienta , y sembrada de manchas , segun la porcion de ceniza ó tierra que llevaba consigo. En Miseno se ignoraba de donde salia la nube ; y Plinio el mayor , que mandaba la flota que los Romanos tenian en aquel Puerto , hizo equipar con presteza una embarcacion ligera , y marchó como valiente , y curioso observador á reconocer de mas cerca un fenómeno tan extraordinario.

Todo era espantoso en aquel día : las montañas se conmovian hasta los cimientos : los ruidos subterráneos semejantes á los truenos : los mugidos que hacian resonar todas las costas vecinas : el suelo estaba tan caliente que quasi abrasaba : el mar parecia hervir : el Cie-

Tom. VI. Zz lo

\* Los manuscritos de las cartas de Plinio varian mucho sobre esta fecha , y algunos retrasan el suceso hasta el tres de Noviembre. Yo sigo la leccion comun de las ediciones sin pretender darla por cierta.

TITO.

An. Rom.  
830.

TITO.

lo ardía ; y en suma todos los elementos se hacían una guerra, cuyas víctimas iban á ser los hombres. Esta furiosa conmocion era efecto del fuego encendido en el volcan , que no podia abrirse paso para salir ; y finalmente, venció todos los obstáculos, y lanzó con fuerza piedras de una grandeza enorme, que saliendo de la boca del volcan , rodaban por aquellas montañas. Las llamas se dexáron ver, y en breve fuéron seguidas de un humo tan denso, que obscureció el ayre, ocultó el sol, y convirtió el dia en una noche horrible.

Entónces fué quando el terror llegó á lo sumo : cada uno pensaba que habia llegado su última hora ; y la imaginacion perturbada añadia al peligro verdadero miedos quiméricos de fantasmas, y gigantes que creían ver entre las sombras. Persuadíanse á que la naturaleza estaba enteramente trastornada : que el mundo parecia ; y que volvía á su primer cahos. Unos abandonaban sus casas, conmovidas, y prontas á caer sobre ellos, buscando su seguridad en las calles, y en los campos: otros por el contrario huían de los campos á las Ciudades, y á las casas : los que estaban en el mar hacían esfuerzos para ganar la tierra, y los de la tierra corrían al mar, imaginándose cada uno que el lugar donde no estaba le ofrecía un asilo mas seguro.

Entretanto venían inmensas nubes de cenizas que llenaban el ayre, la tierra y el mar. Llegáron hasta Roma en cantidad suficiente para obscurecer el dia, y la sorpresa fué

Plin. VI.  
Ep. 16. &  
20.



fué igual al terror, porque todavía se ignoraba en aquella Capital la causa de tan extraño efecto. Pasáron tambien los mares, y voláron, si damos crédito á Dion Casio, hasta el Africa, la Siria, y el Egipto; pero en las cercanías causáron un mal atroz, y fuéron la parte mas funesta del azote que afligió á aquel desgraciado pais. Caian las cenizas como una lluvia tan espesa y rápida, que Plinio el jóven, que estaba entónces en el campo de Mesino, á mas de cinco leguas de distancia del Vesuvio en línea recta, habiéndose visto obligado á sentarse con su madre fuera del camino, por temor de que no los atropellase con la obscuridad la turba de los que huian, refiere que de tiempo en tiempo les era preciso levantarse para sacudir la ceniza, que sin esta precaucion los hubiera cubierto, y aun ahogado, y su tio que se acercó mucho mas al peligro, y que á la sazón se hallaba durmiendo en Estabio, fué despertado por sus amigos y criados, que le advirtiéron que el patio de la casa se llenaba de cenizas mezcladas de piedras carcomidas, y ásperas, de suerte que corria inminente peligro de quedar encerrado, y sin salida.

Las Ciudades de Pompeya y Herculano experimentáron la desgracia que estaba próxîma á suceder á la casa de donde Plinio se salvó, y quedáron sepultadas baxo los horribles montones de cenizas. Estas humedecidas con las lluvias que acompañan por lo comun las erupciones del Vesuvio, y masticadas con los

TITO.

torrentes de metales, azufres, y minerales de toda especie que corrian de lo alto de la montaña, y que se endurecian al paso que se iban enfriando, formáron un macizo que colmó las calles, y los huécos de los edificios, y elevándose sobre los de mayor altura, enterraron de tal suerte estas dos desgraciadas Ciudades, que los ojos no descubriéron ningun vestigio de ellas. Ya se infiere que estas mismas cenizas causáron muchos daños á los campos, á los hombres y ganados; y Dion asegura que matáron á los páxaros en los ayres, y á los peces en el mar.

Parece que la violencia del mal duró tres dias enteros, y que no se extinguió hasta el quarto, porque Plinio el mayor murió al segundo del incendio, y hasta el dia tercero despues no fué posible ir á buscar y recoger su cadáver para hacerle las exêquias.

Los autores no dicen si fué grande el número de los que pereciéron. El peligro se dió á conocer con repetidos preludios ántes de llegar al extremo, y hubo tiempo sobrado para huir á una gran distancia, y poner las vidas en salvo, por lo qual no debemos dar crédito á Dion acerca de la suerte de los habitantes de Pompeya y Herculano, los quales fuéron sorprendidos por la lluvia de cenizas en los teatros de sus Ciudades. El Pueblo de estos Lugares tan inmediatos al peligro se habia sin duda derramado por los campos, y ademas el teatro de Herculano descubierto de pocos años á esta parte no presenta á los ojos

ojos de los curiosos vestigio alguno de cada-  
veres, y es mas que probable que si los hubie-  
ra estarian conservados en la mezcla que los  
cercó y penetró, del mismo modo que se han  
hallado racimos de ubas, nueces, avellanas,  
trigo, pan, aceytunas y un pastel de un pié  
de diámetro, quemado por dentro, pero con-  
servando su forma exterior.

Como nos ha sido preciso hacer mencion  
de este descubrimiento de la Ciudad de Her-  
culano, hallada despues de tantos siglos á  
diez toesas de profundidad de tierra, creemos  
que el Lector no nos perdonaria el que omi-  
tiesemos darle aquí alguna idéa de un suce-  
so tan singular, valiéndonos de \* las propias  
palabras de un Escritor igualmente distingui-  
do en las letras, y en la Magistratura, que  
estuvo en el mismo parage, que lo vió todo  
por sí mismo, y que ha tenido la complacen-  
cia de dar al público sus observaciones, y lo  
mas importante de lo que contienen las de  
otros; bien que en el dia tenemos una obra  
mas completa en el Catálogo de estos monu-  
mentos, que de orden, y á costa del Rey de  
España D. Carlos III, compuso, y dió á luz en  
Nápoles Octavio Antonio Bayardi, Protonota-  
rio Apostólico, Refrendatario de ámbas Sig-  
naturas, y Consultor de la sagrada Congre-  
gacion de Ritos.

A principios de este siglo unos vecinos  
del lugar de Retina, situado en la costa del  
mar,

\* *El Presidente de la Erfffe.*

*Descubri-  
miento moder-  
no de la Ciu-  
dad de Her-  
cula o.*

TITO.

mar, á corta distancia del Vesuvio, hallaron abriendo un pozo muchos fragmentos de marmol amarillo antiguo, y de marmol Griego, de colores distintos. En el año de mil setecientos once el Príncipe de Elbeuf, á quien algunas aventuras, cuya relacion no es de nuestro asunto, conduxéron al Reyno de Nápoles, habiendo necesitado polvos de marmol para hacer estatuas en una casa de campo que hacia construir en Portici, Pueblo cercano á Retina, hizo excavar las tierras á flor del agua, en el mismo pozo donde se habian hallado los fragmentos de marmol, y se descubrió entónces un Templo adornado de columnas de marmol de Oriente, y de estatuas que fuéron sacadas y enviadas al Príncipe Eugenio de Saboya. Un hallazgo semejante debió inspirar el deseo de continuar las excavaciones. Sin embargo, fuéron interrumpidas hasta el año de mil setecientos treinta y ocho, en que el Rey de las dos Sicilias Don Cárlos de Borbon, que tenia una casa de campo en Portici, mandó que se continuasen las excavaciones en la gruta comenzada por el Príncipe de Elbeuf, abriendo minas por uno y otro lado. A las diez toesas, ó veinte varas de profundidad, se dió puntualmente en el medio de un Teatro, del que se descubriéron poco á poco las diferentes partes. Abriéronse despues por todas partes conductos subterráneos, pero baxos y estrechos, de suerte que solo con luces se podian discernir los objetos, lo que hacia la observacion penosa y imperfecta. A

pe-

pesar de estas dificultades se ha descubierto poco á poco la Ciudad de Herculano quasi entera, y se ha visto que no quedó trastornada ni sumergida, sino simplemente cubierta, y enterrada con los materiales que arrojó el volcan. Las murallas conservan en la mayor parte de los parages una situacion perpendicular, ó á lo ménos solo se han inclinado ácia el mar por el peso de la tierra que el Vesuvio arrojó.

TITO.

Como la Ciudad de Herculano no fué destruida, se encontraron todos los edificios públicos y particulares, como Templos, teatros, casas, muchas estatuas, de las quales algunas son muy bellas, baxos relieves, pinturas al fresco muy bien conservadas, á excepcion del colorido que parece estar alterado, inscripciones, medallas, muebles de toda especie, vasos, urnas, mesas, lámparas, candeleros, y otras cosas semejantes, y hasta frutas y pan, como ya diximos. Lo que admira es que no se hable de ningun libro, y este descubrimiento tan precioso para la literatura, lo seria mucho mas si nos restituyese á lo ménos parte de los escritos de los grandes Maestros de la antigüedad, Ciceron, Tito Livio, Salustio, Tácito, que solo han llegado á nosotros mutilados y diminutos.

La materia sólida entre el suelo exterior y el asiento de Herculano está muy mezclada de tierras y minerales, de una argamasa de cenizas y arenas, y de *lava* dura, que así llaman en el pais el material que cae der-

re-

TITO.

reido del Vesuvio, y que en enfriándose se hace tan duro como el hierro. Entre Herculano y el suelo de lo alto se perciben algunos vestigios de otro Lugarcillo reedificado en otro tiempo sobre la Ciudad, y sepultado igualmente en nuevas erupciones del Vesuvio. Sobre la corteza que cubrió sucesivamente estos dos Pueblos, se halla construido el nuevo sitio de Portici, donde el Rey de las dos Sicilias, y muchos Señores de su Corte tienen sus casas de campo, mientras que alguna revolución como las precedentes las haga desaparecer, y se construya otro Pueblo en el quarto alto.

La Ciudad de Pompeya, compañera del infortunio de Herculano, no ha quedado tampoco enteramente desconocida desde que se sepultó, y aun si las noticias que tenemos sobre esto son ciertas, se descubrió la primera, pero imperfectamente. En el año de mil seiscientos ochenta y nueve un Arquitecto de Nápoles llamado Francisco Pichetti, cabando en un terreno entre el Vesuvio y el mar encontró á diez y seis piés de profundidad carbon, cerraduras de puertas, y dos inscripciones latinas que hacian mencion de la Ciudad de Pompeya, de donde se conjetura que estaba allí el antiguo suelo de esta Ciudad. Este trabajo no se ha continuado, y ha dexado por consecuencia incierto este descubrimiento.

Volvamos á nuestro asunto, del que solo nos falta referir la muerte de Plinio el mayor, y el peligro que corrió su sobrino.

Memor. de  
la Academ.  
de Inscrip.  
tom. IX. p.  
19. 20. y 21.

Plin. VI. Ep.  
16.

Al tiempo de partir de Miseno preguntó el tío á su sobrino si queria acompañarle. Plinio el jóven que tenia mas aficion á la Eloqüencia, y á las bellas Artes, que á las Ciencias naturales, le respondió que queria mas estudiar; y á la sazón estaba trabajando sobre una materia que el tío le habia encargado, porque estos antiguos Romanos, que constituidos en los empleos mas elevados conocian todo el valor de las letras, no tenian á ménos hacer las funciones de Maestros y Preceptores para con sus parientes. Embarcóse pues el tío sin su sobrino, y aunque vió que todos se ponian en fuga, avanzó ácia el término de donde huian: dirigió su navegacion ácia el centro del peligro, conservando una tranquilidad de ánimo tan perfecta, que dictaba á un Secretario la descripcion de todas las circunstancias de todos los movimientos, y de todas las formas que tomaba sucesivamente el fenómeno terrible que iba á observar. Ya las cenizas caian á montones: ya las piedras venian volando: los movimientos que sufría la tierra debaxo de las aguas producian repentinamente escollos que detenian la embarcacion, y la tierra que rodaba de la montaña, prolongaba la orilla, y llenaba la entrada del Puerto. Suspenso entónces Plinio á vista de la gravedad del peligro, deliberó algunos momentos sobre si volveria atras, y el Piloto se lo aconsejaba; pero le arrebató el ánsia de saber, y de instruirse: "La fortuna,

*Muerte de  
Plinio el mayor.*

TITO.

»á Estabia , en donde se halla actualmente »Pomponiano.» Era este uno de sus amigos, que estaba disponiéndose para huir quando el viento , que era contrario , mudase de direccion , ó se aplacase. Plinio le abraza , le anima , y para disminuir el temor de su amigo con el exemplo de su seguridad , tomó el baño , se sentó despues á la mesa , cenó alegremente , ó lo que manifiesta no ménos fortaleza de ánimo , con todas las apariencias de alegría. Entretanto veian levantarse torbellinos de llamas , cuyo resplandor se aumentaba , y se hacia mas vivo con la espesa obscuridad de las tinieblas, en medio de las quales brillaban. Plinio para animar á los que le acompañaban, decia, que eran fuegos que las gentes del campo habian dexado con la precipitacion de su fuga , y que ardian las casas abandonadas. Acostóse , y durmió con un sueño tan profundo que se le oia roncar desde la puerta de su cámara. No obstante , como el patio de la casa se iba llenando de cenizas , y de piedras , como ántes diximos , le despertáron , y discurrió con los suyos sobre el partido que convendria tomar , porque las paredes y aposentos amenazaban ruina á impulsos de los repetidos vayvenes. Por otra parte eran temibles en campo raso las piedras que despedia el volcan ; pero sin embargo se determináron á salir , con la precaucion de ponerse cogines ó almoadas sobre la cabeza , atadas con cordones por debaxo de los brazos , á fin de evitar los golpes.

Era



Era ya de día en otras partes, pero al rededor de Plinio reynaba una negra noche, que era preciso vencer con la luz de las hachas. Pareció absolutamente necesario el alejarse, y se dirigieron ácia la costa para ver si el mar estaria navegable; pero estaba mas furioso que nunca, y Plinio se arrojó en tierra sobre un paño que tendieron: allí pidió y bebió sucesivamente dos vasos de agua fria, y en el instante se esparció un olor de azufre que anunciaba la llama, y esta siguió inmediatamente. Todos huyeron: Plinio se levantó sostenido por dos esclavos, y de repente cayó muerto, sofocado sin duda por el ayre encendido, á cuya impresion resistió ménos por estar enfermo del pecho, que tenia muy angosto, y siempre padecia de asma. Dos dias después fué hallado su cuerpo sin lesion alguna, y con sus vestidos, de suerte que solo parecia que estaba durmiendo.

Así pereció por un deseo ardiente de entender sus conocimientos uno de los mas grandes talentos, y al mismo tiempo uno de los mas sábios y laboriosos Escritores de la antigüedad. Las aventuras de su sobrino en este mismo lance tienen igual derecho á interesarnos, y en la relacion que él mismo nos conservó hallaremos nuevas circunstancias que darán una idéa mas completa del terrible suceso que vamos refiriendo.

Plinio el jóven habia quedado, como ya diximos, en Miseno para estudiar, y realmente no dexó el trabajo en todo el dia. La

Plin. VI. Ep.  
20.

*Peligro que corre Plinio el jóven.*

TITO.

noche turbó su sosiego , porque un terremoto que duraba ya algunos dias , y que en los principios causó poco susto por ser un accidente ordinario en la Campania , llegó á tanta violencia , que conmoviéndose hasta los cimientos con terribles vavenes la casa en que Plinio estaba con su madre , parecia que iba á arruinarse enteramente. La madre temblando corrió con precipitacion al quarto de su hijo , que en el mismo instante se levantó para ir á despertar á su madre , creyendo que dormia. Salen pues , y van á sentarse en una pequeña plaza entre su casa y la orilla del mar , y allí Plinio , que entónces tenia diez y ocho años , por una imprudencia propia de su edad , y cuyo motivo es muy loable , sacó un volumen de Tito Livio , le leyó , y hizo de él un extracto , segun lo tenia de costumbre. A este tiempo llegó un amigo de su tío , que viendo á la madre y al hijo sentados tranquilamente , y á este ocupado en leer , se irritó mucho , les reprehende su importuna seguridad ; pero sus razones aunque fuertes no pudieron vencer el encanto secreto que tenia á Plinio absorto en su libro.

Era la primera hora del dia : la luz débil y pálida alumbraba tristemente , y continuando el terremoto con la misma violencia , Plinio y su madre no se creian seguros en aquel parage , y resolvieron alejarse de todo edificio , y salir de la Ciudad. Seguíanlos la multitud de los habitantes , inquieta , consternada , incapaz de determinarse por sí , y haciendo

do cada uno lo que veia hacer á los otros. Plinio refiere en este lance una multitud de fenómenos tan singulares como espantosos. Los carros, aunque caminaban por un terreno muy unido, retrocedian, sin que bastase calzar las ruedas con piedras. El mar refluvia sobre sí mismo, y parecia que los movimientos de la tierra rechazaban las aguas, de suerte que retirándose estas repentinamente dexaban en seco los peces palpitando en la orilla. Por otra parte se descubria una nube negra y espantosa, que lanzaba por todas partes unas cullebrinas de fuego mas grandes y tan vivas como los relámpagos que preceden los truenos.

Ya era tiempo de huir, y sin embargo Plinio ni su madre no podian resolverse á ello, por la inquietud en que estaban sobre la suerte de su hermano y tio. "Si vive todavía, les dixo el amigo de que hemos hablado, desea que os liberteis: si ha muerto, su intencion fué que os pongais en estado de sobrevivirle: huid, pues no se debe perder un minuto. No, respondiéron acordes la madre y el hijo: no procuraremos nuestra seguridad mientras dudemos de la suya." Entónces el que los exhortaba á huir tomó para sí el consejo que les habia dado inútilmente, y partió con tanta diligencia que en breve le perdiéron de vista.

Un momento despues la nube baxó ácia la tierra, cubrió la superficie del mar, rodeó la Isla de Caprea, y ocultó el promontorio de Miseno. Entónces la madre de Plinio le pide,

---

---

**TITO.**

de, le insta, y le manda que se ponga en fuga á todo trance. "Yo, le decia ella, que estoy enferma, y con muchos años, tendré á dicha el morir, con tal que no sea causa de tu muerte." El hijo no ménos generoso, declaró que estaba resuelto á no vivir sin ella, y tomándola de la mano la obligó á doblar el paso, no sin molestia suya, y reprehendiéndose á sí misma la detencion que le causaba.

Las cenizas los alcanzaban ya, aunque todavía en lluvia clara, y Plinio mirando atras advirtió una densa obscuridad, que como un torrente corria por la tierra, y los seguia de muy cerca. Entónces fué quando se desvió del camino con su madre para que con las tinieblas no los atropellase la multitud de la gente que venia tras ellos. Apénas se habían sentado quando se obscureció, no como la noche mas tenebrosa en medio del campo quando no se vé la luna, ni las estrellas, sino como la que se experimenta en un quarto bien cerrado despues de apagadas las luces. No es necesario ponderar qual seria la consternacion y gritos lamentables de toda esta turba de fugitivos, hombres, mugeres y niños, que creian ser aquella su última hora, estando penetrados de la idea de un desastre general que amenazaba á toda la naturaleza. Plinio, á quien no se le escapó ninguna queja, ni suspiro en tan horrible peligro, atribuye su entereza á la opinion de que estaba preocupado como todos los demas. Era para él un consuelo, aunque triste, el pensar que perecia con el Univer-

so,

so, y que el Universo parecia con él. El Pueblo no exceptuaba aun á los Dioses de la suerte comun; y segun las baxas ideas que el Gentilismo tenia de la Divinidad, creían los mas que ya no habia Dioses, y que al caer el mundo los arrebatara en su ruina.

Estas espantosas tinieblas fuéron interrumpidas por un intervalo de luz, que no era la claridad del dia, sino el anuncio de una llama que iba á despedir la nube, como así sucedió; pero no llegó hasta el sitio donde estaba Plinio. Apagada esta volviéron las tinieblas, y la lluvia de cenizas en mas abundancia que ántes. Finalmente, disminuyéndose por grados la obscuridad, se disipó como el humo, ó como la niebla. Apareció el dia, y se descubrió el sol, pero pálido, y tal como suele quando está eclipsado en parte. Entónces hicieron uso de los ojos: cada uno reparaba la vista por los objetos que le cercaban: todo estaba mudado, y trastornado; y la tierra, cubierta de montones de cenizas, así como lo está de nieve en el invierno, presentaba el mas lamentable espectáculo. Plinio se volvió con su madre á Miseno, en donde pasaron una noche muy poco tranquila, porque aun no habia cesado del todo el terremoto. Sin embargo, ni el peligro que habian experimentado, ni el que tenian pudo determinarlos á abandonar una morada tan llena de sobresaltos, hasta tener noticias de aquel cuya suerte les daba mas cuidado que la suya propia. En breve las tuvieron bien tristes, como se ha

vis-

TITO.

TITO.

visto, y sus inquietudes sólo cesaron con el amargo dolor de haber perdido el digno objeto de su respeto, y de su ternura.

Vit. C. Plin.

Plin. Ep.

III. 5.

*Obras de  
Plinio el ma-  
yor.*

Plinio el mayor es una persona tan ilustre, que no podemos dexar sin referir lo que sabemos de su vida, de sus escritos, y sobre todo de su increíble pasión por el estudio. Era natural de Verona, y según la costumbre de los Romanos, unió al ejercicio de las armas el estudio de las letras, y los empleos civiles á los militares. Abogó en los Tribunales, sirvió en los exércitos, y obtuvo un empleo que podemos comparar al de Maestre de Campo. Fué también Intendente de los Césares en España, y quando murió obtenia, como se ha dicho, el mando de la flota de Miseno. En medio de estos empleos tan llenos de distracciones, compuso un número tan grande de obras, á que rara vez ha solido llegar un estudioso ocupado únicamente en las letras. Solo se ha conservado su *Historia Natural* dedicada á Tito, siendo Cesar, que hacia mucho aprecio del Autor. Esta es una obra inmensa que abraza toda la naturaleza, y para la qual fueron necesarias prodigiosas investigaciones. Se ha acusado á Plinio de haber adoptado muchas fábulas, y como habia leído mas que estudiado la naturaleza en sí misma, no dexa de tener algun fundamento esta censura. Sin embargo, los Naturalistas modernos le han justificado en muchos puntos, y han certificado la exáctitud y la verdad de su dicho en cosas que habian tratado de

de fábulas los que solo las habian examinado superficialmente.

Esta obra sola es suficiente para darnos à conocer la aplicacion de su Autor al trabajo ; pero compuso otras muchas de que su sobrino nos ha dado noticia. Siendo Oficial de caballería escribió un tratado sobre el exercicio proprio de las tropas de à caballo. Compuso la vida de Pomponio segundo , varon Consular, y Poeta trágico, de quien ya hicimos mencion, y este era un tributo que pagaba Plinio à la amistad con que Pomponio le habia singularmente favorecido. Escribió en veinte libros la Historia de las guerras de Germania, y tambien un tratado de Retórica, tomando, como despues lo hizo Quintiliano, al Orador en la cuna, y conduciéndole hasta la edad madura. En los últimos años de Neron, como todo mérito se hacia sospechoso, y qualquiera obra que indicase elevacion de espíritu despertaba la envidia, y los recelos del tirano, Plinio incapaz de vivir ocioso, y no queriendo tampoco atraer sobre sí la atencion, discurrió un medio, y fué el de dedicarse à la Gramática, escribiendo ocho libros sobre las frases dudosas de la lengua Latina. Despues de la muerte de Neron tomó un asunto mas digno de sus talentos, y compuso en treinta y un libros la Historia de su tiempo, comenzando donde la habia dexado un Historiador célebre entónces, llamado Aufidio Basso. Finalmente, la última de sus obras es la Historia natural.

Ademas de todos estos libros dados al público, dexó à su sobrino ciento y sesenta cartapacios, ò legajos que contenian los extractos de lo que habia leído, porque sacaba utilidad de todo, y solia decir que no hay libro tan malo que no tenga alguna cosa buena.

Es de admirar esta multitud y variedad de obras de la pluma de un hombre que vivia en medio del mundo, cargado de empleos, obligado à obsequiar à los Príncipes, y que murió sin cumplir los cinquenta y seis años de su edad. Juntaba Plinio una comprehension en extremo pronta, con una afición al estudio, que llegaba à ser excesiva. Estaba en cama muy poco tiempo, y despues de un sueño muy corto, hurtaba à la noche algunas horas de trabajo. Al amanecer iba à palacio à acompañar à Vespasiano miéntras se levantaba, porque este Príncipe vigilante, y laborioso, daba audiencia, y se ponía à trabajar muy de mañana. Despues desempeñaba Plinio las funciones de sus empleos, y el resto del dia, à excepcion de la hora del baño, lo dedicaba al estudio. Quando decimos la hora del baño, se debe entender solo aquellos instantes que pasaba en el agua, porque miéntras que sus esclavos le enjugaban, hacia que le leyesen algo, teniendo à su lado un Secretario para ir apuntando lo que hallaba digno de notarse. Durante su comida, cuya hora se habia fixado por una ley severa, y que en verano concluía ántes de ponerse el sol, y en invierno despues de anochecido, le leian



leían siempre, y hacia sus extractos. Tal era su vida en medio del tumulto de Roma; pero quando iba à pasar algunos dias al campo, en todo el dia dexaba el estudio, y lo mismo hacia en sus viages, en que llevaba consigo en su silla un Secretario que no cesaba de leer, y extractar miéntras duraba la jornada. Por la misma razon, y para no perder tiempo, iba siempre en silla en Roma. Dos rasgos que refiere su sobrino, nos pueden dar à entender hasta donde llegaba su estudianta economía. Un dia el que le leía miéntras comia, habiendo pronunciado mal algunas palabras, un amigo de Plinio que estaba presente, le detuvo, y le obligó à repetir las. Plinio dixo à su amigo: "Pero entendisteis lo que queria decir?" Y habiendo este confesado que sí: "Pues por qué, añadió, le habeis hecho repetir? Con esta interrupcion hemos perdido mas de diez líneas." En otra ocasion, viendo à su sobrino que se paseaba sin libro en la mano: "Bien podias, le dixo, no perder ese tiempo." Miraba como perdido todo instante que no se empleaba en el estudio.

No pienso que pueda haber un exemplo mas singular de aplicacion al estudio, y al trabajo. Plinio el jóven que nos ha conservado estos hechos, se trata à sí mismo de perezoso en comparacion de su tio. Todo es relativo, y el que aquí reprehende su pereza seria bien laborioso cotejado con la mayor parte de los hombres, y tal vez con muchos, cuya única profesion es la literatura.

TITO.

El estudio de la naturaleza no enseñó à Plinio el mayor à conocer y adorar à su Autor. Toda su obra está llena de máximas de irreligion, lo qual debe hacernos comprender quanta necesidad tiene el espíritu humano de ser conducido en las cosas de Dios por una luz superior á la razon. Plinio recogió un infinito número de hechos en que está escrita la providencia con caractéres mas luminosos que el sol; y no obstante se abandonó à la impiedad epicurea.

Plin. V. ep.  
8.

Habia adoptado à su sobrino, hijo de su hermana, el qual por esta causa tomó su nombre, y sostuvo su gloria en las letras, aunque en género diverso. Plinio el jóven vino à ser uno de los primeros Oradores de su siglo; y lo que es mucho mas estimable, unia à la eloqüencia una bella alma, una inclinacion benéfica, la fidelidad à todos los deberes de la sociedad, la generosidad aun en las ocasiones peligrosas, y sobrada fortaleza para aventurar su fortuna, y aun su vida ántes que faltar à sus amigos virtuosos. No nos faltará ocasion mas adelante de hacer frecuente mencion de su persona, y recogerémos con cuidado todos los rasgos que pueden caracterizar à un hombre, aun mas recomendable por sus virtudes, que por sus grandes talentos.

*Peste violenta.*

El incendio del Vesuvio tan funesto por sí mismo, acarreó otro nuevo azote. Las cenizas de que habia cubierto todo aquel pais, mezclándose con el ayre que se respiraba, al-

te-

teráron la constitucion de los cuerpos, y ocasionáron una peste tan violenta, que en un largo espacio de tiempo se contaban en Roma diez mil muertos por dia. Unos males tan grandes no podian ménos de traspasar un corazon como el de Tito. Sintiólos, no como Príncipe, sino como padre, y no perdonó cuidados, ni gastos para procurar todos los alivios posibles. Por lo que hace à la epidemia, se buscáron de su órden quantos remedios podian servir de preservativo; y para reparar los daños que la costa de Campania habia sufrido, consignó fondos suficientes, y con especialidad los bienes de los que perecieron en el incendio sin dexar heredero conocido, y cuya sucesion pertenecia de derecho al fisco. Dió comision à dos Consulares para que tomasen todas las providencias convenientes al alivio de este desgraciado pais, y queriendo acelerar los socorros con su presencia, se transportó él mismo à Campania en el año siguiente. Durante este viage, sobrevino una nueva calamidad en Roma. Prendióse fuego en la Ciudad con tal violencia que duró tres dias y tres noches. Consumió muchos edificios públicos, y entre otros el Panteon, la Biblioteca de Octavia, y el Capitolio que acababa de reedificarse. No es necesario advertir que el incendio consumió una infinidad de casas particulares. Pero Tito con una magnificencia digna de los mayores elogios, declaró por una Ordenanza que se fijó en público, que todos los daños eran de su cuenta. Con-

*Cuidados paternales de Tito en asistir à sus subditos.*  
Dio. et Suet.

An. Rom.  
831.  
*Incendio en Roma.*

TITO.

sagró à los Templos y obras públicas todos los adornos de sus casas de campo, y encargó à varios Caballeros Romanos la reparacion \* de todos los daños de los particulares, y la reedificacion de sus casas. Fué tan zeloso de esta gloria, que quiso reservársela à sí solo, y no admitió los dones que le ofrecieron las Ciudades, los Reyes, y aun los ricos particulares para disminuir el peso de tan enormes gastos. Pero la economía es un recurso muy fecundo para un Soberano, y en este fondo halló Tito lo suficiente, no solo para las urgencias del Estado, sino tambien para los placeres y diversiones del Pueblo.

*Magnificencia de Tito en los juegos y espectáculos.*

Nadie ignora que entre los Romanos los espectáculos eran un objeto muy importante, y uno de los resortes de la política de los Emperadores. Concluyó Tito el Anfiteatro comenzado por su padre, y en la dedicacion de este edificio, y de los baños que le agregó, dió unos juegos con una magnificencia nada inferior à la de sus predecesores. Era el Anfiteatro una obra tan suntuosa, que Marcial no teme decir que aventajaba à las piramides, y otras maravillas celebradas en la remota antigüedad; y los vestigios que aun subsisten en Roma, en nada desmienten esta idea. La eleccion misma del sitio donde se edificó tenia algo de popular. Para el anfiteatro y los ba-

Mart. de Espect.

\* Suetonio no habla individualmente de la reparacion de los daños que habian sufrido los particulares; pero la consecuencia y el enlace de su texto lo indica.

baños se tomó una parte del terreno que Neron habia encerrado dentro de su palacio. De esta suerte, dice Marcial, fué Roma restituida à sí misma, y lo que ántes servia à las delicias del tirano, vino à ser por la benevolencia de los Vespasianos padre è hijo, recreacion de los Ciudadanos.

Los juegos que dió para esta fiesta duraron cien dias, y reuniéron todas las diferentes especies de espectáculos que podian executarse en un anfiteatro, à saber combates de gladiadores, combates de fieras de todos géneros, batallas de tierra, y batallas navales. En un solo dia se matáron cinco mil fieras. Se hizo combatir grullas contra grullas, y elefantes contra elefantes, una muger combatió con un leon, y lo mató. Un mismo sitio ya seco, ya inundado presentaba esquadras, ò exércitos de tierra, que con nombres de Pueblos célebres antiguamente por sus guerras, Corcyreos y Corintios, Siracusanos y Atenienses, renováron la imágen de las batallas descriptas por Thucidides.

A estas diversiones, que solo eran para la vista, añadió Tito otra especie de juego que interesaba por la utilidad, y fué una lotería semejante à la de que hablamos en tiempo de Neron, que consistia en arrojar à la multitud unas cédulas ò boletas que cada una tenia su inscripcion, y el que cogia una acudia con ella al banco destinado para esto, y segun la suerte que le habia caido recibia manjares delicados, vestidos, y aun alhajas de  
pla-

TITO.

plata ù oro , y finalmente caballos , ganados y esclavos.

*Muerte de  
Tito.*

Se refiere que el último dia de estos espectáculos tan magníficos, y únicamente destinados al placer , derramó Tito abundantes lágrimas en presencia del Pueblo ; y parece que los Historiadores quieren que estas lágrimas fuesen un presagio de su cercana muerte ; pero debieran habernos indicado el motivo.

An. Rom.  
831.

Poco tiempo despues se transportó al pais de los Sabinos , de donde traia origen su familia , y advierte Suetonio que al partir iba algo triste. La supersticion ocasionaba su tristeza , pues formó mal augurio de dos acaecimientos muy simples y naturales , que fuéron haberse oido un trueno estando el cielo sereno , y haberse huido una víctima al tiempo de inmolarla. Este Príncipe daba crédito como su padre à los delirios de la adivinacion , y de la astrología , y refiere Suetonio que al tiempo que perdonó à los dos patricios que conspiráron contra él , habiendo averiguado su tema natalicio , les avisó que les amenazaba un gran peligro ; pero mas adelante , y no de parte suya.

Suet. Tito.9.

Id. ibid. 10.  
et Dio.

Aunque la distancia de Roma à Riete apenas es de doce leguas , hizo Tito esta jornada en dos dias , y en el primero se sintió con calentura. No por esto dexó de continuar su camino , y conociendo que se le iba agravando el mal , abrió su litera , y mirando al cielo , se lamentó de ser condenado à morir sin haber-

lo merecido. "Pues, añadió, solo tengo que reprehender en toda mi vida una sola accion." Puede ser que dixese verdad, no consultando mas que la providad humana, y prescindiendo de los desórdenes de su juventud; pero ignoraba que puede uno ser inocente à los ojos de los hombres, y muy culpable delante de Dios, y que ademas de los deberes con nuestros semejantes, hay otra clase de obligaciones mas sublimes, que se refieren al Sér Supremo, y que deben servir de basa à toda virtud verdadera.

Ignórase qual era esta culpa de que Tito se confesaba reo. Algunos conjeturaban que queria dar à entender su trato adúltero con Domicia su cuñada; pero Suetonio refuta esta sospecha con el testimonio de la misma Domicia, que negó constantemente el hecho, aunque por su carácter se hubiera gloriado de él si fuese cierto. Dion, poco feliz en conjeturas, se inclina à creer que el Emperador al tiempo de morir vituperaba la excesiva indulgencia con su hermano, y que se arrepentia de que habiéndole hallado reo de atentados contra su persona, no le hubiese hecho morir, libertando de este modo al Imperio del que habia de ser su verdugo; pero segun la juiciosa reflexion de Mr. de Tillemont, Neron mismo no hubiera tenido por delito el perdon concedido à un hermano. Conformémonos pues, con ignorar lo que ni es posible, ni importa mucho saber.

Su enfermedad no fué larga, y refiere Plutarco con referencia à los Médicos que asistiéron à Tito, que el mal que en su origen no era

TITO.

Dio. et Zonar.

de cuidado, se lo agravó el mismo Príncipe tomando el baño que la costumbre le había hecho como necesario. Algunos creyeron que su hermano le había dado veneno: sospecha que en nada repugna al genio de Domiciano, que acreditó con bastantes pruebas ser capaz de los mas grandes crímenes. Añaden que como Tito no moría tan pronto como él deseaba, con pretexto de que la enfermedad requería refrescos, le hizo meter en una cuba llena de nieve; y que aun sin haber espirado su hermano corrió à rienda suelta à Roma, para hacerse proclamar Emperador por los Pretorianos. Todos estos hechos no pueden rechazarse como improbables; pero es de admirar que Suetonio ninguna mencion haga de ellos.

Suet. Tit.

Murió Tito el dia trece de Setiembre en la misma casa de campo que su padre, cerca de Rieti, à los quarenta y un años de su edad, y habiendo reynado dos años, dos meses y veinte dias. Nació el treinta de Diciembre del año de Roma setecientos noventa y uno, el quarenta de Jesu-Christo; y en tiempo de Suetonio se enseñaba la casa y quarto en que Tito salió à luz, que era muy mediana, y muy desproporcionada à la grandeza à que despues llegó. Fué casado dos veces, la primera con Arricidia Tertula, hija de un Caballero Romano, antiguo Prefecto del Pretorio, y la segunda con Marcia Furnila, de ilustre nacimiento, en quien tuvo una hija, y la dió el nombre de Julia. Repudió despues à Marcia sin que sepamos la causa de este divorcio, que pudo muy bien no haber sido otra que la de sus amores con Berenice.



nice; y despues que despidió à esta Reyna no pensó en contraer nuevo enlace, aunque la razon de estado parecia exígirlo; pues no pudiendo dexar el Imperio à su hija, debió por el bien de sus Pueblos procurar tener un hijo que diese la exclusiva à Domiciano. Parece que por el derecho que tienen los malos de hacerse temer de los buenos, Domiciano habia llegado à dominar tanto à su hermano, que este no podía, ò no se atrevia à resistirle.

La Historia desde su elevacion al Imperio le llena de elogios sin mezcla de ninguna censura. Algunos han pensado que su temprana muerte aseguró su fama, y que así como fué útil à Augusto el vivir largo tiempo para hacer olvidar à los Romanos los males que les habia causado en sus primeros años, y para enseñarles poco à poco à amarle; Tito por el contrario, amado desde luego de todas las clases del Estado, fué feliz en haber vivido poco, porque le hubiera sido difícil sostener tan favorables principios; però esta especie de conjeturas malignas, que no se fundan en hechos positivos, deben desecharse por los jueces equitativos y sensatos.

Su muerte fué mirada como una calamidad pública; y desde el instante que llegó la noticia à Roma, el Senado sin esperar à convocacion corrió al palacio donde tenia costumbre de juntarse, y le tributó las mayores alabanzas, manifestándole un afecto mas tierno que quando este amable Príncipe presidia sus deliberaciones.

Fué Tito colocado en el número de los Dioses; y este fué el único honor que Domiciano hi-

Dio.  
  
Suet. Domit.

TITO.

hizo dar à la memoria de un hermano, que para él habia sido siempre un objeto de odio, y envidia, y cuya conducta tan diversa de la suya, no cesó de criticar en todas ocasiones.

*Fingido Nerón.*

En el Reynado de Tito se apareció otro falso Nerón. Era un hombre nacido en Asia: llamábase Terencio Máximo; y pareciéndose mucho en la persona, en el sonido de la voz, y en la afición à la música al Príncipe, cuyo nombre habia tomado, halló cierto número de sequaces, y un poderoso en la persona de Artabano, Rey de los Parthos, que entónces estaba desavenido con el Emperador Romano. Zonaras, que es el único que hace mencion de este impostor, no nos dice qual fué su suerte, y aun del Artabano de quien habla, no se tiene mas noticia en la Historia.

*Hazañas de Agricola en la Gran Bretaña.*

Agricola que habia sido enviado por Vespasiano à la Gran Bretaña continuó en el Reynado de Tito, haciendo la guerra con felices sucesos, que merecieron à su Príncipe el título de *Imperator*. Este General, que Tácito su yerno nos ha dado à conocer tan perfectamente, merece sin duda un lugar distinguido en la Historia de los tiempos que escribimos; pero suspenderemos hablar de él hasta el fin de sus expediciones, y de su empleo, que duró siete años enteros.

F I N.







